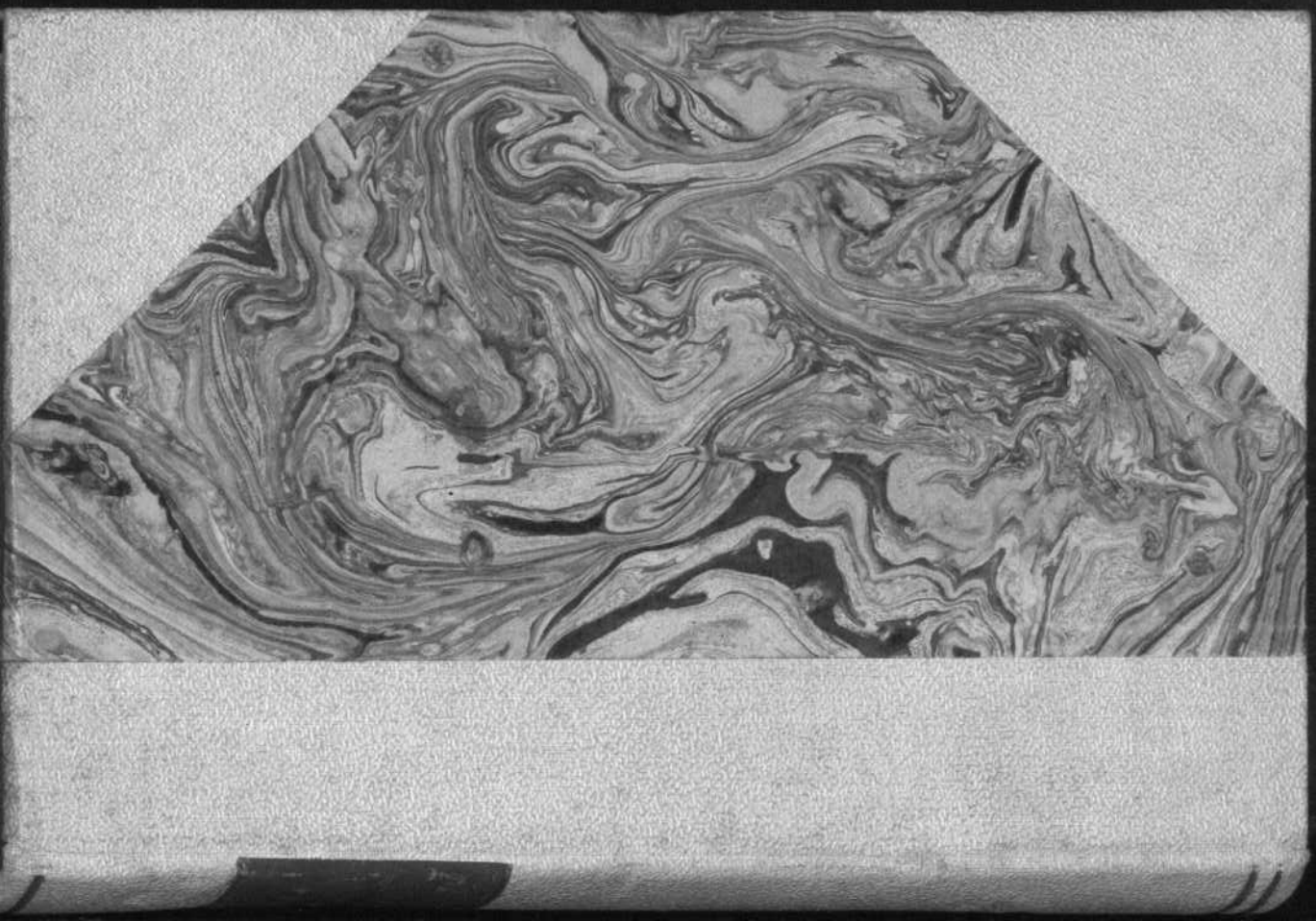

csm

C.

t: 1394968

HISTORIA

DEL EMPERADOR

CARLOS QUINTO.

Assaut de Romal

Mort de Connétable de Bourbon

Historia del Emperador
CARLOS QUINTO

POR

una sociedad de Literatos

Carlos Quinto en el Convento de Yuste

Barcelona

Imprenta y Librería de

D. MANUEL SAURI

HISTORIA

DEL EMPERADOR

CARLOS QUINTO,

INSIGUIENDO LA DE ROBERTSON.

Por una sociedad de literatos.

Traducida de la tercera edicion y corregida

P. D. A. T.

BARCELONA:
Imprenta de SAURI y de BERDEGUER.
1846.

8 179/81

PRÓLOGO.

Léjos de mirar el estudio de la historia como mero pasatiempo ó como alimento de una vana curiosidad, los hombres de concepcion elevada y juiciosa, dejando á los espíritus vulgares esa pueril satisfaccion, se proponen al estudiarla un fin mas noble y provechoso. Si la historia es la *maestra de los reyes*, no es menos útil y necesaria á los particulares, pues tambien estos tienen intereses que sostener, derechos que defender y deberes que cumplir.

Considerada bajo este concepto la Historia de Càrlos Quinto que ofrecemos al público puede ser de suma utilidad. En el fondo no es mas que una traduccion de la que Robertson ha publicado en inglés, pero mejorada con la modificacion de ciertos pasages en que dicho autor, por apreciable que sea, ha seguido las preocupaciones de su nacion. Robertson, al igual de los grandes historiadores, marca los hechos, describe, pinta y pone en escena los personages cuyas acciones esplica; pero no es filósofo, es historiador. La historia de Càrlos Quinto considerada en sí misma ofrece un interés enteramente peculiar; pues señor de un vastísimo imperio y dominando una porcion muy grande de Europa, su historia es al propio tiempo la de su siglo. Despejada de superfluas reflexiones, es como un vasto cuadro en que se ven retratados con sus facciones naturales los principales personages de la época: Francisco I, con ese ademan de franqueza y buena fé, tipo del carácter francés; el caballero Bayardo, que muere como héroe fiel á su Dios y á su rey; el Condestable de Borbon, traidor á su patria, enemigo del gefe de la Iglesia, sitiador de Ro-

ma, y muerto prematuramente al pié de las murallas de esta ciudad en justo castigo de su doble traicion; Lutero, que aparece cual cometa destructor, pero que antes de estinguirse degenera una gran parte de Alemania; Enrique VII, primeramente ardoroso defensor de la fé católica, pero transformado despues en ardiente reformador de las islas británicas; Calvino, que espía con una muerte afrentosa la fuerza de su talento, y lega á la ciudad de Ginebra su profunda reforma; la princesa Maria, hija legítima de Enrique VIII, que reanima el valor y las esperanzas de los católicos, y trata en vano de anular la reforma establecida por su padre; por último la reina Isabel, celosa defensora de la Iglesia anglicana.

En la historia de Cárlos Quinto ocurren una tras otra variadas escenas: ansioso de asegurar á la casa de Austria la preponderancia europea, pugna Cárlos sin cesar para debilitar el poder de la casa de Francia, y de ahí se originaron las guerras casi continuas que entre él y Francisco I existieron, teniendo por principal teatro la Italia, que era el blanco de su comun ambicion. Soliman, con ánimo de sacar partido

de esas diferencias y de las que suscitára entre los príncipes de Alemania la reforma de Lutero, se adelanta con un ejército numeroso y brillante hasta las puertas de Viena; Cárlos á fin de reunir un ejército capaz de contrastar al osado Sultan, solicita la cooperacion de los príncipes luteranos, y con ella la Europa cristiana se libra de ser presa de los sectarios de Mahoma. Tambien Argel dispertó la ambicion de Cárlos Quinto, pero á pesar de la brillante espedicion que él en persona capitaneó, vióse obligado á abandonar sus proyectos de conquista africana, dejando para la Francia la gloria de sojuzgar un dia aquella ciudad reputada hasta entonces como inespugnable.

Si son tales los atractivos y el interés que ofrece la historia de Cárlos Quinto considerada en sí misma, tomada bajo un punto de vista mas estenso como el fundamento de la historia moderna propiamente dicha, no tan solo es interesante, sino necesaria. Lo mas apetecible en historia es hallar la razon de los hechos; y para ello preciso es poseerlos de por junto, remontar á las fuentes y á ciertos principios generales que esplican acontecimientos, facilitando

al historiador el enlace de los sucesos del mismo modo que el filósofo enlaza los raciocinios, pues no dejan de tener su lógica los hechos. Puede decirse que la historia de Cárlos Quinto abre la puerta de la historia moderna, pues presenta ciertos hechos generales por medio de los cuales pueden esplicarse la mayor parte de los sucesos ocurridos posteriormente en Europa.

En tiempo de Cárlos Quinto, elévase la casa de Austria hasta ser dominadora de Europa. A fin de conservar esta preponderancia, pugna por rebajar y humillar la Francia, que queria disputársela; y esta lucha entre la Francia y el Austria para lograr la supremacia en Europa, es la razon de la mayor parte de los grandes sucesos políticos que se han sucedido y forman la historia de los tiempos modernos.

Entre los acontecimientos que ocurrieron en tiempo de Cárlos Quinto, ninguno hay tan importante por sus resultados como la reforma protestante y por esto interesa conocer sus principales autores, á quienes miran los protestantes como sus gefes y maestros, Lutero, Calvino y Enrique VIII.

Los frutos que pueden sacarse de esta historia de Cárlos Quinto nos dan motivo para confiar que será bien acogida del público, y particularmente de la juventud estudiosa.

HISTORIA

DEL EMPERADOR

CARLOS QUINTO.

LIBRO PRIMERO.

Nacimiento de Cárlos Quinto. — Origen de sus dominios. — Felipe y Juana, padres suyos, pasan á España. — Felipe regresa á los Paises-Bajos. — Nacimiento de Fernando, hermano de Cárlos. — Muerte de Isabel. — Felipe y Juana son reconocidos por reyes. — Muerte de Felipe. — Fernando es reconocido por regente. — Su muerte. — Educacion de Cárlos. — Ximenez regente de Castilla. — Su retrato. — Cárlos toma el título de rey. — Su venida á España. — Muerte de Ximenez. — Córtes de Castilla, Aragon y Cataluña. — Muerte de Maximiliano. — Lucha entre Cárlos y Francisco I. — Cárlos electo emperador. — Su partida para Alemania. — Descontento de los Españoles.

Cárlos Quinto nació en Gante á 24 de febrero de 1500. Su padre Felipe el Hermoso, archiduque de Austria, era hijo del emperador Maximiliano y de Maria, hija única de Cárlos

el Atrevido, último príncipe de la casa de Borgoña. Su madre Juana era hija del rey Fernando de Aragon y de la reina Isabel de Castilla.

Por una larga série de faustos acontecimientos, este jóven príncipe vino á ser heredero de unos señoríos mas dilatados que los que hubiese poseido monarca alguno de Europa despues de Carlomagno. Los reinos y provincias que habian adquirido sus mayores, les vinieron en virtud de muy remotos derechos de herencia.

Isabel, hija de Juan II de Castilla, muy agena de codiciar la importante herencia que habia de dejar á su nieto, pasó los primeros años de su vida en la indigencia y el retiro; pero irritados los castellanos contra su hermano Enrique IV, luego despues de la muerte de este príncipe pusieron en el trono á Isabel en lugar de su hija Juana por disputarle la legitimidad.

Fernando debió la corona de Aragon á la muerte imprevista de su hermana mayor, y se apoderó de los reinos de Nápoles y Sicilia con violacion de la fé de los tratados y de todos los derechos de la sangre. Cristobal Colon, por el mas osado y feliz arranque de valor é ingenio que recuerden los anales del género humano, añadió á todos esos reinos un nuevo mundo, cuyas riquezas fueron la fuente principales del poder y grandeza del rey de España.

Habiendo los reyes Fernando é Isabel visto fallecer á la flor de su edad á su hijo único Don Juan, y á su hija mayor la reina de Portugal,

cifraron todas sus esperanzas en Juana y su posteridad; mas como quier que el archiduque su esposo fuese un estraño para los españoles, juzgóse prudente aconsejarle que se viniese á España, á fin de que viviendo algun tiempo en medio de los pueblos que estaba llamado á gobernar pudiese instruirse en sus leyes y hacerse á sus costumbres.

(1502) Pasaron efectivamente á Castilla Felipe y Juana; pero como la etiqueta grave y reservada de la corte de España no cuadrára á Felipe, que era príncipe jóven, alegre y amigo de la sociedad y los placeres, determinó volverse á su patria, sin que fuesen parte para contenerle los consejos é instancias de Isabel.

Juana se quedó en España, pero la pesadumbre que le causó la ausencia de su esposo acabó de trastornarle la razon, que ya tenia muy flaca y sujeta á frecuentes desvaríos; quedó sumida en una sombría y profunda melancolía, y en semejante estado parió á su segundo hijo Fernando. Al año siguiente fué á juntarse con su marido en Bruselas, donde recobró algun tanto el sosiego de espíritu.

Desde entonces ya Felipe no tomo al parecer parte alguna en los asuntos de España, esperando tranquilo que la muerte de Fernando ó Isabel le abriese el camino á uno de sus tronos. No tuvo que esperar mucho tiempo, pues ya Isabel iba perdiendo gradualmente la salud y las fuerzas, y despues de penar algunos me-

ses murió en Medina del Campo á 26 de noviembre de 1504. Habia hecho el testamento algun tiempo antes de morir, y como estuviese muy descontenta de Felipe, nombró á Fernando regente de Castilla, hasta que su nieto Cárlos llegase á la edad de veinte años.

No sin mucha dificultad pudo Fernando lograr que reconocieran su nombramiento las Córtes de Castilla. Tambien hubo agitacion en los Paises Bajos; pues Felipe pretendia ser, en calidad de padre, tutor natural de su hijo.

A poco desembarcó en España conduciendo una poderosa escuadra; y toda la nobleza castellana se le unió, viéndose obligado Fernando á retirarse en sus estados hereditarios de Aragon, y contentarse con el título de gran maestro de las órdenes militares de Castilla y la renta que Isabel le dejára.

(1506) Entró Felipe en posesion de su nueva autoridad con la embriaguez propia de la juventud. Quiso hacer declarar la incapacidad de Juana para el gobierno, pero las Córtes negaron constantemente una declaracion que miraban como injuriosa en la sangre de sus reyes. Este fué casi el único suceso memorable de la administracion de Felipe; pues terminó su vida de resultas de una fiebre dimanada de demasiado ejercicio á la edad de veinte y ocho años, sin haber podido gozar ni siquiera tres meses cumplidos de los honores reales que tanto codiciara.

Quedó Juana con esta muerte señora absoluta de Castilla; pero recibió su alma tal sacudida con una pérdida tan inesperada, que acabó de trastornársele la razon y quedó enteramente incapaz de gobernar.

En semejante estado, una muger era poco á propósito para gobernar un gran reino, y con todo Juana se obstinaba en no querer nombrar regente, ni siquiera firmar los documentos necesarios á la ejecucion de las leyes y seguridad de la monarquía. Por fin, merced al apoyo que le prestó el arzobispo de Toledo Jimenez, obtuvo Fernando la eleccion de regente. La sabiduría que desplegó en el ejercicio de su autoridad corrió parejas con la ventura que se la habia devuelto: supo mantener sus estados en perfecta tranquilidad y sosiego, y al propio tiempo engrandeció los Estados hereditarios de Cárlos con adquisiciones muy importantes. Oran y otras plazas de Berbería fueron agregadas á la corona de Castilla por el cardenal Jimenez, que con brío nada comun capitaneó una armada contra los moros de aquella costa africana, costeando con sus propios caudales todos los gastos de la espedicion. Ademas espulsó Fernando del trono de Navarra á su legítimo soberano Juan de Albret, y estendió los límites de la monarquía española desde los Pirineos hasta los confines de Portugal.

Empero Fernando consideraba al jóven Cárlos mas bien como un rival que como un nieto

por cuenta de quien tan solo guardaba la administracion; y de ahí dimanó el escesivo gozo que tuvo cuando Germana de Foix, con quien casó despues de la muerte de Isabel, le dió un hijo que debia quitar á Cárlos las coronas de Aragon, Nápoles, Sicilia y Cerdeña. La prematura muerte de este hijo le sumió luego en la desesperacion, y le hizo contraer una tristeza habitual y un abatimiento de ánimo que le imposibilitaban de aplicarse formalmente al despacho de los negocios. No por ello menguaba la envidia que tenia del archiduque, antes le impulsó á firmar un testamento en que conferia la regencia de todos sus reinos á Fernando, hermano de Cárlos, que siempre habia permanecido en España, y le daba al propio tiempo la dignidad de gran maestre de las tres órdenes militares. Sin embargo las representaciones de sus mas fieles consejeros, que temian ver de nuevo encendida la guerra civil, fueron parte para que revocase aquellas disposiciones algunas horas antes de su muerte, que tuvo lugar en enero de 1516.

Cárlos, que con esta muerte heredaba tan pingües señoríos, rayaba entonces á los diez y seis años. Habia residido hasta esta época en los Paises Bajos cuya soberanía le habia dejado su padre. Su tia Margarita de Austria y Margarita de York, hermana del rey Eduardo IV de Inglaterra y viuda de Cárlos el atrevido, ambas princesas dotadas de muchos talentos y vir-

tudes, habian tenido á su cargo la direccion de su infancia. Cuando murió Felipe los Flamencos entregaron el gobierno de los Paises Bajos á su padre el emperador Maximiliano, con el título mas que con la autoridad de regente; y Maximiliano nombró á Guillermo de Croy, señor de Chievres, para dirigir la educacion del jóven Cárlos su nieto. Reunía este caballero en grado eminente todos los talentos necesarios para su empleo tan importante, y le desempeñaba con todo esmero y puntualidad. Adriano de Utrecht fué elegido para maestro del jóven príncipe, cuyo destino le valió las mas altas dignidades á que pueda aspirar un eclesiástico, sin que fueren parte para ello su nacimiento que era muy oscuro, ni su influjo. porque no se mezclaba nunca en las intrigas de la corte; solamente lo debió á la opinion de entendido que supo grangearse entre sus compatriotas. Empero, un sabio acostumbrado á la soledad de un colegio y sin práctica del mundo, no era muy á propósito para inspirar aficion á las letras á un jóven príncipe; de ahí es que Cárlos ya muy temprano mostró aversion á las ciencias, y por el contrario estremada aficion á los ejercicios violentos y militares que en aquella época eran casi lo único que los nobles estudiaban y en que cifraban toda su gloria. Entreteníale Chevres en esta disposicion, era con el fin de captarse el afecto de su pupilo, ora que él mismo diese poca estima á los conocimientos

literarios; con todo, instruyóle afanosamente en la ciencia de gobernar, haciéndole aprender la historia tanto de los paises de su dominacion como de los estados que con los suyos tenian alguna relacion. Tan pronto como Cárlos tomó las riendas del gobierno de Flandes, en 1515, Chievres le hizo aplicar al trabajo, induciéndole á leer todos los papeles concernientes á los negocios públicos, asistir á las deliberaciones de sus consejeros privados y proponerles él mismo los puntos en que necesitaba de su consejo. Este género de educacion hizo contraer al jóven príncipe un hábito de gravedad y reserva que cuadraba mal á primera vista con sus pocos años; pero los primeros partos de su ingenio no indicaban aquella superioridad que con los años se manifestó, ni en su juventud se notó aquella fogosidad que suele preceder al vigor y madurez de una virilidad activa y emprendedora; antes bien su contínua deferencia á los consejos de Chievres y demas favoritos distaban mucho de anunciar aquella vasta y firme capacidad que dirigió mas tarde los negocios de la mitad de Europa. Sus vasallos empero, seducidos por lo agraciado de su figura y la varonil agilidad que desplegaba en todos los ejercicios del cuerpo, juzgaban de su carácter con aquella prevencion favorable con que suelen mirarse los príncipes mozos, y lisongeábanse de que diera todavía mas brillo á las coronas que heredó con la muerte de Fernando.

Hallábanse en aquella época los reinos de España en una situacion que reclamaba no ménos vigor que discrecion por parte del gobierno. Fernando en su larga administracion habia sabido evitar los inconvenientes que suele traer consigo el sistema feudal: la superioridad de su ingenio le suministrára medios tanto para refrenar la inquieta turbulencia de los caballeros, como para moderar las pretensiones de las comunidades (municipios); pero despues de su muerte, el espíritu de faccion y descontento estalló con tanta mayor violencia y ferocidad cuanto mas tiempo habia estado reprimido.

En prevision de semejantes disturbios, habia tomado Fernando la cuerda precaucion de nombrar en su testamento al arzobispo Ximenez único regente de Castilla hasta la llegada de su nieto á España. El carácter singular de este hombre y las raras cualidades que le adornaban para desempeñar un cargo de tanto peso, merecen que nos detengamos un tanto en su descripcion. Descendia de una familia honrada, aunque de poca fortuna. Su particular inclinacion, su piedad y la elevacion de sus sentimientos, le llevaron á abrazar el estado eclesiástico, donde temprano obtuvo grandes beneficios, que le abrieran el camino para las primeras dignidades de la Iglesia. El de improviso renunció á tantos honores, y sujetándose á los ejercicios de un severísimo noviciado, entró en un monasterio de frailes observantes de la órden de

San Francisco, que es de los mas rígidos de la Iglesia romana, distinguiéndose allí con ejemplar austeridad de costumbres. Reconociendo su superioridad, los religiosos de su órden pronto le hicieron provincial; y no tardó la fama de santidad que habia adquirido en procurarle el nombramiento de confesor de la reina Isabel, que él aceptó con la mayor repugnancia. En la corte conservó la misma austeridad de costumbres que le distinguiera en el claustro: hacía todos sus viages á pié como ántes, vivia de limosnas, y sujetábanse á duras mortificaciones y penitencias no ménos rigurosas que en el convento. Isabel estuvo tan contenta de su eleccion, que á poco nombró á Ximenez para el arzobispado de Toledo, que es la primera dignidad de la Iglesia de España, y en aquel entonces era codiciada y solicitada por las principales casas del reino. Primero rehusó aquel honor con modestia y resolucion, y solo cedió á la órden espresa que recibió del papa para que le aceptase. Pero su elevacion no alteró en manera alguna sus costumbres, y por mas que en público se viese obligado á ostentar la magnificencia que á su rango correspondía, jamás se relajó de la severidad monástica. Viósele llevar constantemente debajo de los vestidos pontificales el hábito modesto de San Francisco, remendándoselo con sus propias manos cuando estaba roto: no usaba nunca ropa blanca, y acostábase con el hábito puesto,

durmiendo casi siempre en el suelo ó sobre tablas, y casi nunca en la cama. No probaba ninguno de los manjares delicados que en su mesa se servian, contentándose con el frugal alimento que prescribia la regla de su órden.

Apesar de todo esto, tenia un conocimiento profundo de los negocios, y luego que fué llamado á la administracion por la ventajosa opinion en que le tenian Fernando é Isabel, desplegó tantos talentos que igualaron la reputacion de su ingenio á la de su piedad. Todas sus miras eran altas, nuevas y osadas: su conducta política participaba de las virtudes y los defectos de su carácter; su vasto ingenio producia planes grandiosos y magníficos; protegió siempre á los sabios, pues él lo era mucho, pero todavía daba la preferencia á los hombres de bien. En todos los actos de su vida observó una probidad incorruptible, y era tanto lo que odiaba la injusticia, que ninguna consideracion fué bastante para hacérsela disimular alguna vez, ni privarle de castigarla cuando estuvo en su mano. Finalmente, tenia una devocion sin disfraz y un celo tan activo como ilustrado. Con todo, se le han atribuido algunos defectos, entre otros el de que tenia cierta aspereza de genio que dió lugar á que se le acusára de altivez y apego demasiado á su propia opinion.

Tal era el hombre á quien Fernando confió las riendas de la regencia de Castilla. Por mas que tuviera á la razon el cardenal muy cerca de

ochenta años, y que conociese perfectamente las dificultades y el trabajo inseparables de aquel alto puesto, su natural intrepidez y su ardiente celo por el bien público le impelieron á aceptarle sin vacilar. Sin embargo, Adriano de Utrecht, enviado á España pocos meses antes de la muerte de Fernando, produjo plenos poderes del archiduque para tomar el nombre y la autoridad de regente despues de la muerte del rey; mas los españoles tenian tal aversion al gobierno de un estrangero, y ecsistía tal desnivel entre los talentos de ambos competidores, que las pretensiones de Adriano desde luego hubieran sido desechadas, si Ximenez por deferencia á su nuevo soberano no consintiera á reconocerle por regente y partir con él la administracion. Empero Adriano solo tuvo los honores de regente pues Ximenez dado que le trató con todo miramiento y aun con respeto supo reservarse toda la autoridad.

Aunque precario el poder de Ximenez, sin que por su edad avanzada pudiese prometerse gozar de él mucho tiempo, no dejó por ello de trabajar con sumo calor á fin de aumentar el poder del monarca y rebajar los privilegios de los nobles.

Alarmados los señores con aquellas reiteradas tentativas, trataron de oponerse á las reformas; mas él supo contenerlos, y á parte algunos movimientos insignificantes ninguna alteracion sufrió el sosiego de Castilla.

Tambien hallaba el cardenal oposicion á sus proyectos por parte de los ministros flamencos de Cárlos, envidiosos que eran de sus talentos é independencia : lograron que el rey le agregase dos nuevos regentes, que fueron La Chaux, gentilhombre flamenco, hombre de juicio recto y sutil, y Amerstoff, noble holandes conocido por la firmeza de su carácter. Ximenez acogió á estos cólegas con los honores debidos á su clase, pero no les dejó tomar parte alguna en el manejo de los negocios, y en esto le secundaron los españoles, que ni la idea podian sufrir de ser gobernados por estrangeros.

Al propio tiempo Ximenez tenia que sostener la carga de dos guerras estrangeras, la una de ellas en Navarra donde acababa de invadir Juan de Albret. A este príncipe pronto le hubo repelido; mas no fué tan venturoso en Africa, en la guerra que sostuvo contra el famoso aventurero Horue Barbaroja, que de simple corsario que era, logró con su denuedo y habilidad hacerse rey de Tunez y Argel. Fueron vencidos los Españoles, y casi todos los que no quedaron en el campo perecieron en la retirada. El cardenal sobrellevó aquella desgracia, la única que hasta entonces hubiese esperimentado, con una fortaleza y conformidad que dieron nuevo crédito á su carácter.

La sórdida avaricia que empañaba las bellas cualidades de Chievres, primer ministro del jó-

ven rey, no tardó en dar justos motivos de descontento á los españoles: todo en la corte de los Paises Bajos se hacía á peso de oro, y los empleos y honores se daban al mayor postor. Ximenez, que habia mostrado siempre el mas puro desinterés, elevó enérgicamente al rey el descontento de sus vasallos, suplicándole al mismo tiempo que sin tardanza se viniese á España á fin de disipar con su presencia la tempestad que en el reino se formaba.

(1517) No se le ocultaba á Cárlos que ya habia diferido demasiado el venir á tomar posesion de sus estados en España, aunque estaba ocupado en la guerra que en Italia habia encendido la liga de Cambrai. Embarcóse por fin acompañado de Chievres y una numerosa comitiva de caballeros flamencos, y apostó en Villaviciosa donde fué recibido con las mas patentes demostraciones del gozo popular. Ximenez que miraba la presencia del rey como la ventura mayor que la España pudiese esperar, salió á su encuentro con toda la prontitud que le permitiera su salud quebrantada. Este varon estraordinario jamas, en todo el tiempo que duró su regencia, dejó de ejercer sobre su persona frecuentes y durísimas mortificaciones, que agregadas al continuo y penoso trabajo que tenia, bastáran para acabar al hombre mas robusto: cada dia destinaba varias horas á pios ejercicios, celebraba la misa y dedicaba algun tiempo al estudio; y con todo, nunca faltaba al consejo,

recibia y se enteraba de todos los papeles que llegaban, dictaba cartas é instrucciones y presidia al despacho de todos los negocios civiles, eclesiásticos ó militares. Todos los instantes del dia tenia ocupados en alguna cosa seria, y no se daba otro solaz que el discutir con otros religiosos sobre algun punto dificultoso de teología escolástica. Trabajado su cuerpo con este género de vida, y debilitado por los años, diariamente padecia nuevos achaques.

Y en semejante estado emprendió el viage para recibir á su soberano: así, sobrevínole en Boceguillos un mal violento acompañado de síntomas estraordinarios, que los que en aquel viage le seguian atribuyeron al veneno, aunque no sabian si debian imputar aquel crimen á la venganza de los nobles españoles ó á la rivalidad de los ministros flamencos. Forzado con este accidente á suspender su marcha, escribió Ximenez á Cárlos para aconsejarle, con la franqueza que acostumbraba, que despidiese todos los estraños de su séquito, cuyo número y valía había dado ya recelos á los Españoles, y pronto serían parte para hacerle perder el afecto de todo el pueblo. Asimismo solicitaba una entrevista con el rey para darle cuenta del estado de su nacion y de la disposicion de sus súbditos. Pero concertáronse no tan solo los flamencos sino tambien los grandes españoles, para impedir aquella entrevista, empleando todo género de astucias para que Cárlos se apartára de Aranda, donde

se habia mandado llevar al cardenal. Por sus instancias todos los planes que este recomendó fueron desechados, y púsose todo el esmero en darle á conocer, no ménos que á toda la nacion, que su poderío ya se hallaba en su ocaso. No sobrellevó Ximenez aquel trato con el valor acostumbrado: la conviccion que tenia de su propia integridad y saber le daban esperanzas de mas agradecimiento por parte de un príncipe á quien entregaba un reino mas floreciente que nunca, y una autoridad mas lata y mejor cimentada que la de sus mas ilustres antecesores. El cardenal no pudo abstenerse de dar en varias ocasiones desahogo á su indignacion y sus resentimientos, lamentándose por la suerte de la patria y pronosticando todas las calamidades á que iba á ser entregada por la insolencia, rapacidad é ignorancia de los estrangeros. Miéntras su ánimo estaba mortificado con tales cuidados, recibió de Cárlos una carta, en que, á parte algunas frías espresiones de aprecio, le permitia retirarse á su diócesis para que en el descanso terminára la que le quedaba de una vida tan laboriosa. Este mensage acabó á Ximenez: su alma era sin duda demasiado altiva para sobrevivir al disfavor, ó tal vez su generoso corazon no pudo sobrellevar la idea de los males que iban á descargar sobre su patria. Sea como fuere, lo cierto es que murió algunas horas despues de haber leido la carta del rey. Cuando se consideran la variedad, la gran-

deza y el resultado de las empresas de este gran ministro, en solos veinte meses de regencia, dúdase si ha merecido mas encomio por su habilidad en el consejo, por su prudente conducta ó por su audacia en la ejecucion. En España todavía se venera la memoria no tan solo de su ingenio, sino de su piedad; es el único ministro á quien sus contemporáneos hayan dado los honores de Santo.

(1518) Poco despues de la muerte de Ximenez verificó Cárlos con toda pompa su entrada pública en Valladolid, donde había mandado se reuniesen las córtes de Castilla. Aunque en todas ocasiones habia tomado el título de rey, las córtes jamás se lo habian reconocido, porque correspondía á su madre Juana, en tanto que no ecsistía algun acto auténtico que la declarase incapaz de reinar. Sin embargo la asamblea determinó declararle rey, juntamente con Juana, con la reserva de que el nombre de Cárlos se pondría en todos los actos públicos despues del de su madre, y que si mas tarde Juana recobraba la razon volveria á ejercer sola la autoridad real. Al mismo tiempo votaron las cortes un donativo de 600,000 ducados pagaderos en tres años, cuya cantidad era la mayor que jamas se hubiese otorgado á rey alguno de Castilla

No obtante esta condescendencia, cundía en todo el reino un general descontento, quejándose los pueblos de que el rey estaba enteramente

sometido á la autoridad de Chievres y siempre rodeado de flamencos, sin que se le pudiesen casi llegar los españoles, cuya lengua ademas apenas conocia.

Cuando era mas general la irritacion, salió Cárlos de Castilla para Zaragoza á tener las cortes de este reino, despidiendo en el tránsito á á su hermano Fernando, á quien envió á Alemania so pretesto de que su presencia fuera grata á su abuelo Maximiliano. Quizás debió Cárlos á esta precaucion la conservacion de su corona, pues Fernando era el ídolo de toda la nacion, y no le faltaba ambicion para aceptar el poder que sin duda los Españoles le hubieran ofrecido.

Los aragoneses todavía no habian reconocido á Cárlos por rey, y solo al través de mucha resistencia y de largos debates pudo obtener este título juntamente con su madre, pero empeñándose con juramento solemne, que siempre los Aragoneses ecsigian de su rey, á no violar jamas alguno de sus fueros y derechos. En cuanto á la propuesta de un donativo voluntario, las córtes tambien se mostraron muy indóciles, sin querer conceder mas que 200 mil ducados que debian invertirse en el pago de antiguas deudas de la corona, en términos que no mas que una corta cantidad quedó á la disposicion del rey. En seguida pasó Cárlos á Cataluña, donde fueron aun mayores los obstáculos que halló, y menor la cantidad de di-

nero que obtuvo. Al mismo tiempo las ciudades de Segovia, Toledo, Sevilla y otros principales de Castilla, se concertaron para hacer presentar al rey sus quejas sobre la mala administracion de los favoritos. Cárlos hizo de ello poco caso, y sin embargo aquella confederacion fué el orígen de la union de las comunidades de Castilla que no tardó en alterar la tranquilidad de todo el reino, haciendo bambolear el trono y llegando á punto de destruir la misma constitucion.

(1519) En Barcelona supo Cárlos la muerte del emperador Maximiliano, con la que quedaba vacante esta importantísima dignidad, cuya jurisdiccion se estendia en Italia con preeminencia sobre todos los príncipes cristianos. Maximiliano mientras vivia intentó en vano dejar asegurada al rey de España aquella preciosa herencia; pero despues de muerto, Cárlos pidió abiertamente aquel puesto, y al propio tiempo se presentó á disputársele Francisco I de Francia. Esta rivalidad llamó la atencion de toda Europa. Cárlos fundaba sus pretensiones en la posesion que del trono imperial desde mucho tiempo disfrutaba la casa de Austria, en la favorable situacion de sus estados hereditarios de Alemania, que formaban en el imperio una barrera natural contra las empresas de la potencia otomana; ademas, con el empeño de asegurar el éxito de su causa se valió de todas las prácticas imaginables, prodigando

el oro, negociando con todo género de astucias, captándose con presentes los sufragios de todos los que quisieron venderse, sacando de escrúpulos de unos, respondiendo á las objeciones de otros, y finalmente amedrentando á los débiles con amenazas.

Igual fervor mostraba Francisco I y no menos confianza en la justicia de su causa. Decia que ya era tiempo de probar á los príncipes de la casa de Austria que la corona imperial era electiva y no hereditaria; que un príncipe jóven é inesperto no se hallaba en estado de entrar en liza con los Otomanos, acaudillados por Selim, al paso que la caballeria francesa, junto con la infanteria alemana, formaría el ejército mas poderoso que jamás hubiese ecsistido. En fin los embajadores de Francia prodigaban las dádivas y ofertas, y viajaban con un tren de caballos cargados de oro, lujo de corrupcion poco decoroso para el príncipe á quien pertenecia, y afrentoso para aquellos á quienes iba destinado.

Los demas príncipes de Europa tambien tomaron cartas en aquella gran contienda; pero el papa Leon X fué el solo monarca de aquel siglo que observase los manejos de ambos pretendientes con atencion verdaderamente ilustrada. Sostuvo que la eleccion de uno de los dos monarcas sería funesta á la independencia de la Santa Sede, á la paz de Italia y tal vez á la libertad de Europa; y en consecuencia ec-

sortó secretamente á los príncipes de Alemania para que eligiesen en su propio cuerpo un sucesor al imperio, con tanto mas motivo que algunos de ellos eran dignos de ocupar honrosamente el trono.

Reunióse la dieta segun costumbre en Francfort; el derecho de elegir el emperador le poseian desde mucho tiempo siete príncipes poderosos, ya conocidos con el título de electores. Estos príncipes, fieles á la mácsima fundamental en virtud de la cual jamás se habia elevado al imperio á un soberano que ya estuviese en posesion de mucho poderío y de grandes señoríos, se concertaron todos para ofrecer la corona á Federico duque de Sajonia; cuyo saber y virtudes le habian merecido la reputacion de sabio. Pero este príncipe rehusó la oferta con desinterés digno de admiracion, y manifestó al mismo tiempo que si en dias tranquilos podia convenir á los pequeños Estados de Alemania tener un emperador que no abarcase demasiado poder para usurparles sus privilegios, no así en tiempos de peligros, en que debia elegirse un príncipe bastante fuerte para cuidar de su seguridad; y designó á Cárlos como aquel de quien la Alemania debia esperar mayores ventajas.

Estas importantes pláticas, que tenian la Europa en espectacion, terminaron por fin cinco meses despues de la muerte de Maximiliano, y Cárlos fué elevado al imperio por el voto uná-

nime del colegio electoral. Empero los electores, con el fin de precaver el abuso que en lo sucesivo pudiese hacer de su poder usurpando los privilegios del cuerpo germánico, formularon una capitulacion en que se enumeraron todos los privilegios de cada uno de los miembros que le componen, y Cárlos del modo mas solemne prometió respetarlos. La nueva de esta eleccion llegó en nueve dias de Francfort á Barcelona, y Cárlos la recibió con indecible alborozo, concibiendo desde aquel instante los vastos proyectos de gloria que tuvieron cautivada su imaginacion todo el tiempo que duró su reinado. Con esta ocasion tomó el título de *Magestad*, que hasta entonces ningun soberano de Europa habia tomado.

Aceptó Cárlos la corona imperial y manifestó desde luego su intencion de pasar á Alemania para posesionarse de la nueva dignidad; cuya resolucion descontentó mucho á los Españoles, por temor de caer bajo la tiránica dominacion de un virey y su consejo.

(1520) Habíanse promovido serios disturbios en el reino de Valencia, tomando el pueblo las armas para sacudir la autoridad de los señores; y como quiera que Cárlos estaba ofendido de la nobleza por haberle negado los subsidios so pretesto de que el rey no fué á presidir en persona las córtes de aquel reino, como en las demas partes de España, autorizó el alzamiento del pueblo, que con el nombre de

Germanada ó *Hermandad* formó una asociacion contra los nobles, de que se originaron males sin cuento.

Poco ménos sosegada estaba á la sazon Castilla. Habia mandado Cárlos juntar las córtes en Campostela, y pidió una nueva ayuda de dinero con que pudiese presentarse con decoro en Alemania; pero varias ciudades se negaron á enviar sus diputados, y Valladolid se alborotó al acto de pasar el rey, de modo que con dificultad se libraron del furor popular los cortesanos flamencos. En fin á fuerza de manejos é intrigas, pudieran tener los ministros mayoría de votos á favor del donativo pedido por el rey

No teniendo ya obstáculo su partida, confirió Cárlos la regencia de Castilla al cardenal Adriano, arzobispo de Lieja, el virreinato de Aragon á D. Juan de Lanuza y el de Valencia á D. Diego Mendoza, conde de Melito. Muy grata fué á los Castellanos la eleccion de los dos últimos, pero el nombramiento de Adriano, sin embargo de ser el único Flamenco á quien conservaran algun afecto, no hizo mas que enconar su rencor contra los estrangeros. Protestóse enérgicamente contra su nombramiento; pero era tal el anhelo que tenia Cárlos de llegar á Alemania, y tan impacientes estaban los Flamencos por salir de España, que sin reparar en las murmuraciones de los Castellanos, ni avisar siquiera á impedir un alzamiento que en Toledo se preparaba, el cual tuvo funestísimas consecuencias,

embarcóse aquel príncipe en la Coruña y dió la vela á los 22 de mayo. Con la precipitacion de su partida para ir á recibir una nueva corona, se espuso á perder otra de muchísimo precio de que ya era posesor.

LIBRO II.

Rivalidad entre Cárlos Quinto y Francisco I. — Enrique VIII rey de Inglaterra. — Su ministro Wolsey. — Cárlos pasa á Inglaterra. — Entrevista de Enrique VIII y Francisco I. — Coronacion del Emperador. — Soliman el Magnífico. — Dieta de Worms. — Orígen de la Reforma. — Lutero y su carácter. — Su Excomulgacion. — Protégele el elector de Sajonia. — Principio de las hostilidades en Navarra. — Guerra de los Paises Bajos. — Bayardo. — Congreso de Calés. — Enrique VIII se concierta contra Francia. — Hostilidades en Italia. — Muerte de Leon X. — Eleccion de Adriano. — Los Franceses pierden el Milanès. — Enrique VIII declara la guerra á Francia. — Los Ingleses entran en Francia. — Su retirada. — Conquista Soliman la isla de Rodas.

Al salir á la palestra Cárlos y Francisco para disputarse la corona imperial, se ofrecieron guardarse recíprocamente toda suerte de consideraciones, y no sufrir que muestra alguna de enemistad deshonrase á tan nobles rivales. Fácil les era á dos príncipes jóvenes y generosos animados igualmente de la esperanza del triunfo formar aquella noble resolucion; mas pronto vieron que

se habian prometido mas desinterés y moderacion de lo que tolera la flaqueza humana. La preferencia que obtuvo Cárlos á la faz de toda Europa zahirió mortalmente el amor propio de Francisco, y otras mil circunstancias que ademas ponian sus intereses en pugna los tuvieron en continua hostilidad. Mas como el primer rompimiento entre dos tan poderosos adversarios debia forzosamente ser fatal y sin esperanza de conciliacion, ambos manifestaron tener sus consecuencias, y se aprestaron con tiempo para reunir fuerzas y asegurarse aliados.

La mira principal de Cárlos y Francisco era de ganar á su partido al rey de Inglaterra Enrique VIII, cuya alianza les prometia socorros mas prontos y eficaces que los que podian esperar de los príncipes italianos. Habiendo logrado Francisco tener de su parte al cardenal de Wolsey, primer ministro del rey de Inglaterra, que ejercia grande influencia sobre el ánimo de su soberano, éste convino á instancias suyas en devolver Tournai á los Franceses, concluir un tratado de matrimonio entre el delfin y la princesa Maria su hija, y finalmente tener una entrevista con el rey de Francia.

Observaba Cárlos los progresos de aquella union con la mayor envidia. Tambian habia él intentado ganar á Wolsey estimulando su vanidad y avaricia, pero viendo que no podia impedir las vistas de los dos soberanos, cuyos preliminares estaban ya definitivamente concertados,

adoptó cuando menos el partido de trabajar para que no redundáran en provecho de Francisco. A este fin, despues de su embarque en la Coruña, que ya hemos visto, fuese directamente á desembarcar en Inglaterra, con gran sorpresa de Enrique VIII, entregándose enteramente á su discrecion. Mucho lisonjeó la vanidad del rey de Inglaterra la visita de Cárlos y aquella prueba de ilimitada confianza; y aunque el Emperador no estuvo mas que cuatro dias en Inglaterra, halló medios para lograr que el cardenal Wolsey se hiciese de su parte, aumentándole la pension que ya le hacia y prometiéndole emplear todo su valimiento para hacerle obtener mas tarde los honores de la tiara.

Las vistas de Enrique VIII y Francisco I tuvieron lugar inmediatamente despues en una gran llanura situada entre Guine y Ardres, donde los dos reyes y sus comitivas desplegaron toda su magnificencia, con tal rivalidad y profusion que hicieron apellidar aquel llano *el Campo del paño de Oro*. La favorable impresion que hicieran en el ánimo de Enrique los finos modales de Francisco y su condicion franca y confiada, pronto quedó borrada con las artes de Wolsey y la entrevista que tuvo Enrique con el Emperador en Gravelines. Cárlos ostentó allí ménos lujo y pompa que Francisco junto á Guine, pero avisó mucho mas á sus intereses políticos, adelántandose hasta ofrecer al rey de Inglaterra someter á solo su arbitrio las diferencias que entre él y Fran-

cisco pudieren suscitarse. Nada en apariencia anunciaba mas llaneza y moderacion que elegir para juez al amigo comun de los dos adversarios; pero como el Emperador tenia ya á Wolsey de su parte, aquella proposicion era en el fondo á no poder mas insidiosa y funestísima para el rey de Francia, como lo probaron los sucesos ulteriores.

No obstante la predileccion que tenía Cárlos por los Paises Bajos, permaneció allí muy poco tiempo, y pasó rapidamente á Aquisgran (Aix-la-Chapelle), ciudad designada por la bula de Oro para la coronacion de los emperadores. Allí, en presencia de una asamblea numerosa y solemne, la corona de Carlomagno ciñó las sienes de Cárlos V, con toda la pompa y esplendidez que los Alemanes acostumbran dar á sus públicas ceremonias, por creerlas inherentes á la dignidad imperial.

Casi al mismo tiempo vióse subir al trono otomano á un rival obstinado y temible para el Emperador; tal era Soliman el Magnífico, el príncipe turco que ha reunido mas grandes cualidades, intentado mas empresas y obtenido mas victorias. La gloria de aquellos tiempos se funda en haber engendrado los monarcas mas ilustres que se hayan conocido en Europa. Si Leon X, Cárlos V, Francisco I, Enrique VIII y Soliman hubiesen florecido en diferentes siglos, sus talentos repartidos hubieran bastado para ilustrar la época en que cada uno de ellos viviera; pero el

conjunto de todos esos príncipes contemporáneos apareció como una constelacion de brillo estraordinario que alumbró el siglo XVI.

El primer acto de la administracion del Emperador, fué convocar una dieta imperial en Worms para el dia 6 de enero de 1521. En las circulares que al efecto dirigió á los varios príncipes, informóles que el objeto de aquella junta era concertarse con ellos acerca los medios que debieran adoptarse para cortar el progreso de las nuevas y peligrosas opiniones que amenazaban alterar la paz de Alemania y destruir la religion de sus padres: aludía Cárlos á los dogmas que Lutero y sus discípulos estaban propagando desde el año de 1517. La religion católica habia civilizado todas las naciones de Europa, y en aquella época le ofrecia aun nuevos beneficios contribuyendo á la restauracion de las artes y ciencias. La unidad religiosa constituirá todos los pueblos en una gran familia. Pocos siglos atrás hubo lugar de admirar la poderosa eficacia de esta unidad religiosa, cuando, al saber los peligros que corrian los cristianos de Oriente, la Europa entera se levantára como un solo hombre para marchar contra el enemigo comun de la cruz, los feroces discípulos de Mahoma. Esta unidad, está á punto de romperse; el espíritu de reforma va á introducir en la sociedad un gérmen de division, y preparar á las edades venideras los mas trascendentales sucesos. Y tamaña empresa fué acometida por un fraile audaz.

Martin Lutero nació en Eisseben de Sajonia, y su padre, aunque simple operario, le dió tan buenos estudios que muy temprano adquirió gran fama de elocuente y erudito. Tomó por vocacion contra la voluntad de sus padres el hábito de la órden de San Agustin. Su infatigable aplicacion le proporcionó el doctorado y una cátedra de teología en la universidad de Wittemberg, recientemente fundada por el elector Federico de Sajonia, que se preciaba de colocar allí á hombres de mérito, y tomó una aficion estraordinaria á Lutero.

Tenia treinta y cinco años, cuando desde la alta esfera de reputacion que habia ya alcanzado en Wittemberg levantó osadamente el estandarte de la reforma para no retroceder jamas, y avanzar cada dia con mas resuelta audacia al través de toda suerte de escollos y precipicios.

Suspenso Leon X mucho tiempo por la aparente sumision de Lutero, vióse por fin obligado á tomar serias medidas para defender la Iglesia de un ataque que ya habia adquirido demasiada gravedad; y á este fin, mandó intimar á Lutero la órden de comparecer en Roma en el plazo de sesenta dias, ante el oidor de la cámara, encargado de examinar su doctrina y juzgarla. Al propio tiempo escribió Leon X al elector de Sajonia rogándole que no protegiese á un hombre cuyos sentimientos heréticos y profanos tenian escandalizados á los fieles, y ordenó al provincial de Agustinos que se valiese de su autoridad para

refrenar la temeraria insolencia de un religioso que deshonraba toda la órden, y trastornaba toda la Iglesia. Sin embargo, á efecto de las instancias de la universidad de Wittemberg, del elector y del mismo Lutero, que le escribió una carta llena de sumision, consintió el papa en que su doctrina fuese ecsaminada en Alemania por el cardenal Cayetano, dominico distinguido por su saber. En consecuencia, Lutero pasó á Augsburgo, donde despues de haberle cordialmente acogido, el cardenal le intimó, en virtud de los poderes apostólicos de que estaba invertido, que abjurase los errores que habia publicado acerca las indulgencias y la naturaleza de la fe, y se abstuviese en lo sucesivo de publicar opiniones nuevas y peligrosas, Lutero, que se habia prometido trabar una discusion de controversia con un prelado tan distinguido, viendo que no queria entrar en disputa, salió secretamente de la ciudad de Ausburgo, y se volvió á su patria, despues de haber apelado ante el Papa bien informado contra el Papa mal informado.

Indignado el cardenal Cayetano de la fuga precipitada de Lutero, escribió al elector de Sajonia rogándole que le mandase preso á Roma, ó le desterrase de sus estados; mas aquel príncipe, si bien con protestas de aprecio por el cardenal y de respeto por el Papa, alegó varios pretestos para dejar de cumplir las instancias del cardenal.

Sin embargo los jueces de Roma ante quienes habia sido citado Lutero le condenaron como herético, y éste apeló á un concilio general que representase la Iglesia católica. Al propio tiempo el Papa espidió una bula amenazando de la mas grave escomunion á los que sostuvieren ó enseñaren las doctrinas de Lutero. Semejante decision hubiera podido suspender los progresos de la reforma, si la muerte del emperador Maximiliano que á la sazon tuvo lugar no hubiese hecho confiar el vicariato de aquella parte de Alemania al elector de Sajonia; luego ocupó todos los ánimos la idea de la eleccion de un emperador, cuyas circunstancias valieron á Lutero una prórroga de diez y ocho meses, y dieron tiempo á este innovador para aumentar el número de sus sectarios. Disturbios de igual naturaleza ocurrieron en otras localidades, particularmente en Suiza donde los religiosos encargados de publicar las indulgencias hallaron en la persona de Zuingle un adversario tan ardiente como Lutero. La osadía de este último iba tambien creciendo diariamente, habiendo ya llegado hasta atacar públicamente el orígen y la divinidad de la autoridad pontificia.

Convencióse por fin Leon X que ya no habia esperanza de reducir por medios suaves á Lutero, y con fecha de 15 de junio de 1520 salió la famosa bula que condenaba cuarenta y una proposiciones estractadas de las obras de Lutero, como heréticas, escandalosas y contrarias á las

buenas costumbres; prohibíase á toda persona la lectura de sus escritos bajo pena de escomunion, mandándose á todos los que tuviesen ejemplares de ellos que los echasen al fuego; y si dentro del plazo de sesenta dias Lutero no se habia retractado públicamente de sus obras, se le declaraba herético obstinado, se le escomulgaba, y se mandaba á todos los príncipes que capturasen su persona.

Lutero reiteró su apelacion ante el concilio, y en unas observaciones que publicó sobre la bula de escomunion, hasta llegó á decir que el Papa era el Antecristo cuya aparicion anunciaba el Nuevo Testamento. Despues de haber reunido los profesores y estudiantes de la universidad de Wittemberg, en presencia de muchísimos espectadores y con grande aparato, arrojó á las llamas los libros del derecho canónico juntamente con la bula de escomunion.

Tales eran los adelantos que habia hecho Lutero y el estado de su partido cuando Cárlos llegó á Alemania. La dieta de Worm tuvo una larga deliberacion, y por fin decidió que Lutero seria emplazado para venir á declarar si se adheria ó no á las opiniones que le habian acarreado las censuras de la Iglesia. Enviáronsele los salvo conductos necesarios, y no vaciló ni un instante en obedecer. Confesó ante la dieta que habia usado demasiada acritud y vehemencia en sus escritos de controversia, pero se negó á retractarse, á no ser que se le probase la fal-

sedad de sus opiniones. Dejósele partir sin ejercer con él violencia alguna; pero algunos dias despues de su salida de Worms se publicó en nombre del emperador y de la dieta un edicto severo en que se le declaraba criminal obstinado y escomulgado, se le despojaba de todos los privilegios de que gozaba como súbdito del Imperio, prohibiendo á todos los príncipes darle asilo ó proteccion, y mandando á todos que se juntasen para asegurar su persona tan luego como hubiese espirado el plazo del salvo conducto.

Este vigoroso edicto no tuvo efecto alguno, en parte por haberse atravesado á su ejecucion la multiplicidad de negocios que al Emperador suscitaron los disturbios de España, las guerras de Italia y de los Paises Bajos, y en parte por las precauciones que tomó el elector de Sajonia, protector fiel y constante de Lutero. Cuando éste regresaba de Worms, al pasar cerca de Alteinsten en Turingia, una partida de hombres á caballo enmascarados salieron de improviso de un bosque donde los habia mandado apostar el elector, envolvieron á Lutero y los que le acompañaban, y despues de despedir á éstos le llevaron á un castillo inmediato llamado de Wurtburg. Dispuso el elector que se le proporcionase todo lo que necesitase ó apeteciese, pero se guardó secreto sobre el lugar de su retiro, hasta que algun cambio en las cosas de Europa hubiese aplacado la tempestad contra él levanta-

da. Nueve meses permaneció en aquel retiro, desde donde escribió varios tratados que reanimaron el valor de sus sectarios, en un principio atónitos y desalentados con la súbita desaparicion de su caudillo.

Saboreaba Lutero en su retiro los progresos que hacia en su patria su doctrina; pero este gozo fué compensado por dos sucesos que al parecer oponian obstáculos insuperables á la propagacion de sus principios en los dos reinos mas poderosos de Europa. Fué el primero la condenacion de su doctrina por su decreto solemne de la universidad de Paris, que era la mas antigua y respetable sociedad de sabios que en aquella sazon florecia en Europa; el segundo fué la respuesta que publicó Enrique VIII á su libro sobre la cautividad de Babilonia. Este jóven monarca juzgó que no le bastaba desplegar su autoridad real contra las opiniones del reformador, y quiso combatirle tambien con las armas escolásticas. A este fin dió á luz su tratado de los siete sacramentos, obra ya olvidada, aunque no falta de habilidad y sutileza polémica. La lisonja cortesana la ensalzó hasta las nubes, y el papa dió á Enrique VIII el título de *defensor de la fé*. Respondió Lutero al decreto de la universidad de Paris y al tratado del rey de Inglaterra con estilo tan violento y acerbo como si refutára á su mas ínfimo antagonista.

A la sazon veíase obligado el Emperador á dedicar toda su atencion á otros asuntos. Esta-

ba á punto de romperse la guerra entre él y Francisco I, en Navarra, los Paises Bajos é Italia, y necesitaba ó mucha habilidad para desviar el peligro, ó muchas precauciones para prepararse á una buena defensa. Chievres hacia diferir cuanto podia al Emperador el rompimiento; mas no eran tan pacíficas las disposiciones de Francisco y sus ministros. Enrique VIII, á cuya mediacion solian acudir los dos monarcas, ya no guardaba el espíritu de imparcialidad que correspondia á su carácter de árbitro, pues Wolsey le había completamente apartado del rey de Francia, y no esperaba mas que la ocasion de juntar las armas de Inglaterra con las del Emperador. Tambien el Papa concertó secretamente una alianza con el Emperador, cuyos principales artículos fueron que las fuerzas del Papa se unirían con las del Emperador para espulsar á los Franceses del Milanés, donde se colocaría á Francisco Sforcia, hijo de Luis el Moro; que serian devueltos á la Iglesia los ducados de Parma y Plasencia, y que el Emperador secundaria al Papa en la conquista de Ferrara. Este tratado formó la base de la grandeza de Cárlos V en Italia. Cuando Chievres tuvo noticia que un negocio de tanta importancia se habia concluido sin su participacion, juzgó que habia perdido el ascendiente que hasta entonces habia tenido en el ànimo de su discípulo, y esperimentó por ella tal pesar, que se cree fué causa de haber precipitado su muerte, con la

que se perdió toda esperanza de evitar un rompimiento con la Francia.

Mientras que el Papa y el Emperador, conforme á lo estipulado en la alianza secreta que acababan de formar, se aprestaban para invertir á Milán, principiaron en otra parte las hostilidades. Los hijos de Juan de Albret rey de Navarra habian pedido repetidas veces la devolucion de su patrimonio en virtud del tratado de Noyon; pero Cárlos siempre habia hallado pretestos para eludir su reclamacion, y Francisco, en virtud del mismo tratado, se creyó autorizado para socorrer aquella familia desgraciada. Sin embargo, con el fin de evitar, en cuanto fuese posible, ofender al Emperador ó al rey de Inglaterra, en vez de levantar tropas y principiar la guerra por su cuenta, lo hizo en nombre de Enrique de Albret. El mando de las tropas se dió á Andres de Foix de Lesparre, jóven sin talento ni esperiencia, aunque pariente del príncipe destronado cuya causa iba á sostener. Como no halló en campaña ejército alguno capaz de contrastarle, en pocos dias se apoderó de todo el reino de Navarra, sin hallar en su marcha mas obstáculo que la ciudadela de Pamplona. Poco mereciera ser mencionada en la historia la débil resistencia que hizo esta fortaleza, si en ella no fuera gravemente herido el gentil-hombre vizcaino Ignacio de Loyola. Durante su larga enfermedad, Loyola no tuvo mas solaz que leer vidas de santos, cuya lectura hizo tal im-

presion en su espíritu, que obrando la gracia en su alma, sintióse inspirado de un ardiente deseo de imitar aquellos cuyas obras no podía abstenerse de admirar; siendo tan generosas las resoluciones que tomó en aquellas circunstancias, que no tardó en asombrar el mundo con su heroismo y sus virtudes. Animado de un santo celo por la gracia de Dios y la salud del prójimo, buscó los medios de conseguirlo con mas ventaja, y se determinó á establecer una sociedad de varones apostólicos. Tal fué el origen de la sociedad que tan célebre llegó á ser con el tiempo, conocida con el nombre de Compañia de Jesus, y que tanto mal y tanto bien ha hecho á la humanidad.

Si despues de la rendicion de Pamplona se contentára Lesparre con tomar las debidas precauciones para asegurar su conquista, el reino de Navarra pudiera haber quedado reunido á la corona de Francia; pero, llevado por el ardor juvenil y alentado por Francisco, harto fácil de dejarse deslumbrar por los triunfos, arriesgóse á traspasar los confines de Navarra, y fué á poner sitio á Logroño. Entonces sacudieron los Castellanos la indiferencia con que habian mirado los adelantos de los Franceses, y poco tardó el ejército español en forzar al general frances á abandonar su empresa; luego le derrotó en una batalla que Lesparre tuvo la temeridad de presentar, donde quedó prisionero con sus principales oficiales. Ménos

tiempo aun le costó á España recobrar la Navarra que á los Franceses el ganarla.

Al paso que Francisco pretendia justificar la invasion de Navarra, haciéndola en nombre de Enrique de Albret, valiase de un artificio semejante para atacar en otro punto el territorio del Emperador. Roberto de la Marck, señor de Bullon, habia dejado el servicio de Cárlos para vengarse de su pretendido atentado del consejo áulico contra su jurisdiccion, y puéstose á disposicion de la Francia. En el calor del resentimiento, siguió el consejo que se le insinuó de enviar un heraldo á Worms para declarar la guerra al emperador; y al frente de un cuerpo de tropas levantadas en Francia entró en el Luxemburgo, donde taló todo el pais llano, y despues fué á poner sitio en Vireton. Quejóse Cárlos de la violacion del tratado de paz de 1518, y Francisco contestó que él no podia ser responsable de los actos de Roberto. Pero Enrique VIII hizo tan poco caso de esta escusa, que el rey de Francia, temeroso de enconar á un príncipe que aun confiaba atraer á su partido, mandó órden á Roberto de la Marck para que licenciase sus tropas.

Al entretanto reunia el Emperador un ejército para castigar la insolencia de Roberto, cuyo reducido territorio vióse repentinamente atacado por veinte mil hombres mandados por el conde de Nassau, apoderándose en pocos dias de todas sus plazas, á escepcion de Sadan. Ade-

lantóse Nassau enseguida hácia las fronteras de Francia, apoderóse de Monzon, y fué á cercar Mezières. Afortunadamente para la Francia, habia confiado el rey la defensa de esta plaza al caballero Bayardo, conocido con el nombre de caballero sin miedo y sin tacha. Este soldado, cuyo valor y galanteria, recuerdan á los héroes de la antigua caballeria, desplegó en la defensa de aquella ciudad todos los talentos que constituyen un gran capitan. Supo prolongar el sitio, y por fin con su valor y prudencia le hizo levantar afrentosamente á los Imperiales con pérdida de mucha gente. Acudió Francisco con un poderoso ejército, y pronto se volvió á posesionar de Monzon; entró en los Paises Bajos, y junto á Valenciennes desperdició la ocasion de cortar la retirada al ejército imperial. Todavia cometió la falta mas grave de descontentar al condestable de Borbon, que salió de su servicio, por una injusticia que le hizo á favor del duque de Alenzon.

Mientras duraba esta campaña, celebróse en Calés un congreso bajo la mediacion de Enrique VIII. Si las intenciones que abrigaba este príncipe se hubiesen conformado con sus protestas, las conferencias no podian dejar de producir buenos resultados; pero Wolsey pasó á Bruges para verse con el Emperador, y en vez de encaminarse al tratado de paz, concluyó una liga contra Francisco I. Convínose que Cárlos atacaria la Francia por el lado de España, y Enrique

por la Picardía, cada cual con un ejército de cuarenta mil hombres; y con intento de cimentar la union de ambos príncipes, concertóse el casamiento de Cárlos con la princesa María, hija única de Enrique y presunta heredera de sus Estados.

(1521) Por otra parte la alianza formada por el Papa y el Emperador producia grandes sucesos en Italia, y habia convertido la Lombardía en principal teatro de la guerra. El genio altivo, imperioso y avariento del gobernador de Milán, Odelde Foix mariscal de Lautrec, habia irritado en gran manera á los Italianos contra la dominacion francesa. Habia desterrado á muchos ciudadanos principales, y otros muchos se habian ausentado voluntariamente. Estos desterrados habian ido á refugiarse en Reggio, y el hermano de Lautrec, que gobernaba en su ausencia, con el fin de prender de un solo golpe todos los enemigos de la dominacion francesa, no vaciló en violar el territorio del Papa, cuya tentativa á mas de salir frustrada dió á Leon. X un pretesto plausible para romper con la Francia.

Al mismo tiempo entraron en campaña las tropas imperiales á las órdenes de Colonne, y Lautrec, falto de dineros y soldados, no pudo hacer mas que inquietarlos evitando presentar la batalla. Componiase de Suizos el grueso de su fuerza, y estos se le desertaron, con lo que se vió precisado á retirarse en Milán; esta ciu-

dad fué vendida al enemigo por la faccion gibelina, y Lautrec tuvo que huir precipitadamente á tierra de Venecia con los restos de su ejército. Las demas ciudades del Milanesado siguieron la suerte de la capital; Parma y Plasencia se vieron agregadas á los Estados Pontificios, y los Franceses no conservaron de todo lo conquistado en Lombardía mas que la ciudad de Cremona, el castillo de Milán y algunas fortalezas de poca consideracion.

Al saber esta série de felices y rápidos sucesos, Leon X esperimentó unos arrebatos de alegria tan violentos, segun dicen los historiadores, que le ocasionaron una calentura que, por haberla mirado con indiferencia en un principio, vino á ocasionarle la muerte en 2 de diciembre de 1521, en lo mas florido de su edad y cuando se hallaba en el colmo de la gloria. Otros suponen que fué envenenado. Este accidente imprevisto rompió la union de los confederados y suspendió sus operaciones; mas como Lautrec carecia de hombres y recursos, tuvo que contentarse con algunas tentativas de poca importancia.

(1522) Reinó la division en el cónclave que se tuvo á consecuencia de la muerte de Leon X; el cardenal Julio de Médicis habia reunido quince votos, cuyo número era insuficiente, y no podia saberse cuanto duraria aquel interregno. Médicis y sus allegados se presentaron un dia al escrutinio, que segun es costumbre tiene lugar

todos los dias, y votaron por el cardenal Adriano de Utrecht, que á la sazon gobernaba en España á nombre del Emperador. No llevaban mas objeto con aquella votacion que ganar tiempo; mas como el partido contrario se reunió á ellos instantáneamente, vieron con grande asombro suyo y de toda la Europa que un estrangero desconocido en Italia, aun de los que por él habian votado, subió por eleccion unánime al trono de San Pedro.

Inmensa ventaja era para Cárlos Quinto que el poder pontificio estuviese en manos de su antiguo maestro; y Francisco I al sentir, con toda la envidia que su rivalidad le inspiraba, la superioridad que Cárlos con aquel nombramiento obtenia, resolvió hacer nuevos esfuerzos para recuperar lo que en Italia habia perdido. Los Suizos, con intento de lavarse de la afrenta y la pérdida que le ocasionaron con la defeccion de sus tropas, le permitieron levantar en su pais hasta diez mil hombres. Con este refuerzo, y algun dinero que recibió Lautrec, sorprendió algunas plazas del Milanesado y adelantóse hasta pocas millas de su capital. El ejército de Colona no se hallaba en disposicion de resistirle, pero la insolencia y versatilidad de los Suizos fueron otra vez funestos á la Francia, pues con motivo de faltarles muchos meses de paga, se amotinaron obligando á Lautrec á atacar el campamento enemigo, que era inespugnable por la naturaleza y el arte. Apesar del impetuoso

denuedo con que atacaron los atrincheramientos, perdieron sus mas valientes oficiales y mejores soldados, y abandonaron el campo de batalla mas bien rechazados que vencidos.

Al siguiente dia los Suizos que no perecieron en aquella jornada se marcharon á su tierra; y Lautrec, no pudiendo ya hacer frente al enemigo se volvió á Francia, despues de haber puesto guarniciones en Cremona y algunas otras plazas, las que no tardaron en rendirse á Colona, escepto la ciudadela de Cremona. El territorio de Génova, que todavia estaba sometido á la Francia, cayó tambien en poder del general italiano.

El sentimiento que tales desastres ocasionaron á Francisco I se aumentó con la llegada de un heraldo ingles que, en nombre de su soberano, vino á declararle la guerra. Con el fin de procurarse recursos para hacer frente á este nuevo adversario, creáronse nuevos empleos, que se pusieron en venta; enagenáronse los bienes de la corona, y hasta se hechó mano de una balaustrada de plata maciza con que Luis XI habia mandado ceñir el sepulcro de San Martin en Tours.

Por su parte Cárlos Quinto ningun medio perdonaba para sacar partido del poderoso aliado que se le ofrecia en el rey de Inglaterra. Siendo necesaria su presencia en España, quiso de paso visitar á Enrique VIII, que quedó muy ufano con aquel acto de deferencia. Al mismo

tiempo el Emperador tuvo ocasion de estrechar los vínculos que le unian con Wolsey, que seguia ambicionando la tiara, y ahora fundaba sus esperanzas en la edad avanzada de Adriano. Finalmente, para captarse el agrado de la nacion inglesa, eligió Cárlos para primer almirante al conde de Surrey.

Impaciente por dar pruebas de su celo, Surrey tomó la mar desde luego, y taló las costas de Normandía; luego verificó un desembarco en Bretaña, donde saqueó é incendió Morlaix y algunas otras plazas de menor cuantía. Enseguida volvió á Calés para tomar el mando del grueso del ejército que se componia de diez y seis mil hombres, y reunido con las tropas flamencas al mando del conde de Buren, metióse en Picardía. Mucho distaba Francisco de tener tropas suficientes para contrarrestar aquel ejército; pero, merced á la prudencia de Vendome su general, sin que Surrey pudiese tomar pueblo alguno importante, vióse en la necesidad de retirarse con su ejército, notablemente disminuido por el cansancio, la falta de víveres y las pérdidas que en varios encuentros de poca menta habia esperimentado.

Mientras que unos contra otros iban consumiendo sus fuerzas los príncipes Cristianos, habia penetrado en Hungria Soliman el Magnífico y apoderádose de Belgrado. Alentado con esta victoria, volvió sus armas victoriosas contra la isla de Rodas, donde á la sazon se hallaban es-

tablecidos los caballeros de San Juan de Jerusalen. Doscientos mil hombres y una armada de cien velas se presentaron delante de una ciudad donde no habia mas que cinco mil soldados y seiscientos caballeros acaudillados por Villiers de l'Ile-Adam. Tan enconados estaban entre sí los reyes cristianos, que las súplicas del gran maestre, los avisos del Papa y su propio interés no fueron parte para que acudieran á socorrer la isla de Rodas, que en aquella época era considerada como el baluarte de la cristiandad. Despues de haber hecho prodigios de valor y sufrimiento por espacio de seis meses que duró el asedio, vióse precisado el gran maestre á aceptar una capitulacion honrosa y entregar la ciudad, que no era ya mas que un monton de ruinas. Cárlos y Francisco, corridos de haber ocasionado tan grave pérdida á la cristiandad por las reyertas de su ambicion, se achacaban mutuamente la culpa de aquel desastre; mas la Europa se la dió á los dos á un tiempo. Por via de compensacion, el Emperador cedió á los caballeros de San Juan la pequeña isla de Malta, donde fijaron su residencia.

LIBRO III.

Guerra civil en Castilla. — Los comuneros gobiernan en nombre de la reina Juana. — Medidas que tomó el Emperador contra los descontentos. — Los reales se apoderan de Tordesillas. — Victoria de Padilla. — Es derrotado y ajusticiado. — Destruccion de las comunidades. — Doña Maria Pacheco en Toledo. — Alzamiento en Valencia, Aragon y Mallorca. — Magnanimidad del Emperador. — Nueva liga contra Francisco I. — Sus aprestos de defensa. — Conspiracion del condestable de Borbon. — Los Franceses invaden el Milanesado. — Muerte de Adriano VI. — Eleccion de Clemente VII. — Los Franceses son arrojados del Milanés. — Muerte de Bayardo. — Resoluciones de la dieta de Nuremberg.

Despues de haber tenido la satisfaccion de ver principiada la guerra entre Francia é Inglaterra, despidióse Cárlos de Enrique, y llegó á España el dia 17 de Junio de 1522. Ya principiaban á sosegarse las alteraciones que desoláran el reino durante la ausencia del Emperador, de que daremos una corta narracion.

No bien supo el pueblo que las cortes de Galicia habian concedido al Emperador un donativo

sin haber obtenido satisfaccion de sus desafueros, cuando fué general la indignacion en todo el reino. Los ciudadanos de Toledo, que blasonaban de ser los depositarios de los fueros de las comunidades de Castilla, acudieron á las armas y se posesionaron de las puertas y el castillo de la ciudad. Establecieron una forma de gobierno popular, compuesto de diputados de cada parroquia, y levantaron tropas para defenderse. El principal caudillo del pueblo en aquel levantamiento fué don Juan de Padilla, hijo mayor del comendador de Castilla, gentil hombre mozo que á mas de un alma noble y un valor sin igual reunia todos los talentos y la ambicion necesarios en tiempos revueltos y de guerra civil para alcanzar un grado eminente de poder y autoridad.

En Segovia, Burgos, Zamora y otras ciudades y pueblos, fueron inmolados por el furor popular los representantes que habian votado por la concesion del donativo y los que lograron fugarse fueron colgados en estatua y sus casas arrasadas.

Adriano, que á la sazon era regente de España, envió á Ronquillo á poner cerco á Segovia; pero un ejército de comuneros mandado por Padilla le forzó á retroceder, quitándole la caja militar.

Despues de este descalabro, Adriano mandó á Antonio de Fonseca, gefe principal de las tropas de España, para que verificase el asedio de la ciudad en debida forma; pero los vecinos de

Medina del Campo se opusieron á que se llevase un tren de artilleria que allí estaba depositado, llegando hasta el estremo de emplear la fuerza para repeler las tropas que querian tomarla. No confiando Fonseca poderlos domar, mandó pegar fuego á algunas casas, con el fin de obligar á los vecinos á salir de las murallas para ir á salvar sus familias y efectos; pero vióse de nuevo burlada su esperanza, pues los sitiados se enfurecieron mas y mas y le repelieron con mas brio, al tanto que prendiendo las llamas de una á otra calle dejaron cási toda la ciudad reducida á cenizas. Esta ciudad era de las mas importantes de España y el principal depósito de los artefactos de Segovia. Un desastre tan grande llevó á su colmo la irritacion de los Castellanos, y hasta los habitantes de Valladolid, que era el asiento del gobierno se sublevaron, eligieron nuevos magistrados, y pegaron fuego á la casa de Fonseca. Viendo el cardenal la imposibilidad de refrenar aquellos disturbios, desaprobó la conducta de Fonseca, destituyóle y licenció sus tropas.

Los gefes de los descontentos juntaron las varias ciudades y villas en una especie de asociacion que se llamó la *Santa liga*. Padilla se apoderó de la persona de la reina Juana que residia en Tordesillas, y la junta de la liga fué á instalarse allí mismo. La reina dió muestras de salir de un profundo letargo, y recibió muy bien á los diputados, asistiendo á las juntas que

en aquella ocasion se dieron; habia prometido ponerse al frente de los negocios, pero luego volvió á caer en el primer estado de profunda melancolía, y no fué dable obtener una sola firma suya. Sin embargo la liga seguia obrando en su nombre, y el pueblo, que reverenciaba la memoria de Isabel, estaba arrebatado de alegria con la milagrosa curacion de su hija. Padilla se fué á Valladolid, cuyos habitantes le recibieron como un libertador, y apoderóse de los archivos públicos y los sellos del reino, permitiendo que Adriano residiese en la ciudad como simple particular.

Cárlos Quinto recibia en Flandes frecuentes noticias de los sucesos que ocurrian en España, y conoció cuan importante hubiera sido poder regresar pronto á esta parte preciosa de su señorio que estaba á punto de escaparle; pero los intereses de su corona imperial y sus reyertas con Francisco 1.° le impedian pasar á Castilla. En consecuencia, determinóse á escribir á las principales ciudades para ecsortarlas, en términos muy benignos y con las mas alhagüeñas promesas á deponer las armas; al propio tiempo se dirigió á los nobles para inducirlos á defender vigorosamente sus propios fueros y los de la corona. Nombró para regentar el reino juntamente con Adriano al primer almirante don Fadrique Enriquez, y el condestable de Castilla don Iñigo de Velasco, ambos sujetos de mucho mérito, á quienes envió plenos poderes.

Las comunidades, cuyas pretensiones se aumentaban á medida que se iba fortaleciendo su poder, formularon sus quejas en una larga representacion que abarcaba todas las partes del gobierno y la administracion. Enviaron los confederados dos diputados á Alemania para presentar al rey su esposicion; pero habiendo sabido que peligraba la vida de estos embajadores si llegaban á la corte, los volvieron á llamar, y determinaron reunir todas sus fuerzas para oponer una vigorosa resistencia á la union de la nobleza y el rey, conjurados contra sus libertades.

Pusiéronse en campaña con veinte mil hombres, y desde luego suscitáronse vivas querellas entre ellos sobre el mando del ejército. El sufragio del pueblo y de los soldados era á favor de Padilla; mas confirióse á don Pedro Giron hijo mayor del conde de Uruena, que habia entrado en el partido de la liga por resentimientos personales contra el Emperador. Los regentes habian juntado en Rioseco su ejército menos fuerte en número que el de los Comuneros, pero mucho mas en valor y disciplina. Mientras que Giron dirigia sus fuerzas hácia Villapanda, donde tenian el principal depósito de provisiones los enemigos, el conde de Haro, que mandaba á los reales, se enderezó apresuradamente á Tordesillas, la ganó á viva fuerza, enseñoreóse de la persona de la reina, prendió á varios miembros de la liga, y volvió á recoger el gran

sello y demas insignias de la autoridad real.

Fatal golpe fué este para la liga, pues con él perdió su autoridad el prestigio de que gozaba con obrar en apariencia solo á las órdenes de la reina, y los nobles que todavia estaban indecisos se juntaron luego con las fuerzas de la regencia, viéndose acusado Giron de traidor por los mismos Comuneros y obligado á renunciar el mando.

Los miembros de la liga que pudieron salvarse se recogieron en Valladolid, aprocsimándose igualmente á esta ciudad el ejército puesto á las órdenes de Padilla. La principal dificultad consistia en procurarse dinero, y para obtarlo, doña Maria Pacheco, esposa de Padilla, propuso echar mano de los ricos y magníficos ornamentos de la catedral de Toledo. A fin de quitar á este acto la apariencia de impiedad, doña Maria y las personas de su casa se dirigieron á la iglesia en procesion solemne, vestidas de luto y golpeándose el pecho, y prosternadas de rodillas imploraron el perdon de los santos cuyos altares iban á despojar.

No eran menores los apuros que tenian los regentes para procurarse los recursos necesarios á la manutencion de sus tropas: tambien se vieron en la necesidad de echar mano de las joyas de la reina y la vagilla de plata de los nobles, y por fin obtuvieron una corta suma en calidad de préstamo del rey de Portugal.

Repugnábales á los nobles llegar á las manos

con los comuneros, pues participaban del mismo aborrecimiento que tenian á los flamencos y temian que á favor de estas disensiones intestinas el poder real no usurpase á la par la independencia de los nobles y los privilegios de los municipios. Esta disposicion de la nobleza dió lugar á las frecuentes negociaciones y propuestas de paz que no cesaron de tratarse mientras duraron las operaciones militares. Pero algunas ventajas que obtuvo Padilla en varios encuentros de poca monta inspiraron harta confianza á la liga, y las ciudades se dejaron dominar de tal modo por el rencor que abrigaban contra la nobleza, que llegó el caso de ser imposible toda avenencia.

A fin de no tener inactiva su gente, Padilla puso cerco á Torrelobaton, ciudad mas fuerte é importante que todas las que hasta entonces se habían ganado; y no obstante la vigorosa defensa de la guarnicion, tomóla por asalto y la dió al saqueo. Si acto continuo se hubiese dirigido con su ejército victorioso sobre Tordesillas, donde estaba el cuartel general de los realistas, no podia menos que lograr un gran triunfo; mas opusiéronse á este paso decisivo la irresolucion é imprudencia de la liga, que sin ser capaz de continuar la guerra ni de hacer la paz, escuchó nuevas proposiciones de arreglo, y adhirió á una corta suspension de armas. Al entretanto la regencia reunió sus fuerzas, el ejército de Padilla por el contrario se desbandó, y cuando Haro vino á atacarle tuvo que retirarse hasta Villalar,

donde le alcanzó la caballeria realista. Poco aguerridos todavía los soldados comuneros, sorprendidos en una posicion desventajosa, y en una retirada que mas parecia una derrota, echaron á correr, sin oponer la menor resistencia y en completa dispersion. En vano hizo Padilla toda clase de esfuerzos para rehacerlos, mostrando en sello un valor y actividad estraordinarios; mas viendo que de nada servian sus órdenes, no quiso sobrevivir á las desgracias de aquella jornada, y arrojóse en medio de los enemigos, quedando pronto desmontado, herido y prisionero con lo mas florido de sus oficiales entre ellos Bravo y Maldonado.

Al dia siguiente Padilla fué condenado á muerte, sin forma de proceso. Vió llegar la hora fatal con la mayor tranquilidad y fortaleza. Permitiósele escribir á su esposa y á la comunidad de Toledo, lugar de su nacimiento: la primera carta está llena de un cariño varonil y virtuoso, y la segunda respira la satisfaccion y el entusiasmo que esperimenta el que muere mártir de la libertad de su patria. Despues de haber escrito estas dos cartas, sometióse á su suerte con la resignacion de un verdader cristiano.

La victoria de Villalar fué tan completa como decisiva. Valladolid, que era la mas entusiasta de las ciudades coaligadas, abrió desde luego sus puertas á los vencedores, y la benignidad con que la trataron los regentes indujo á Medina del Campo, Segovia y otras á seguir su

ejemplo. Aunque pocos dias despues el ejército real tuvo que marchar hácia Navarra para contrarestar á los Franceses, nada pudo sin embargo reanimar el valor de las comunidades de Castilla.

Debe esceptuarse solamente la ciudad de Toledo, alentada por la heroina doña María Pacheco, viuda de Padilla, la cual en lugar de verter estéril llanto por la muerte de su esposo, aprestábase á vengarle y sostener la misma causa de que él habia sido mártir. La consideracion que se tributaba á su secso, ó mas bien la admiracion que su valor inspiraba, y la veneracion que se conservaba á la memoria de Padilla, transmitieron á la viuda todo el ascendiente que tuvo en vida su marido sobre el pueblo. La prudencia y energía de sus actos justificaron la confianza que en ella se tuvo. Escribió al general francés de Navarra llamándole á Castilla; enviaba emisarios á todas partes, levantaba tropas y ningun medio perdonaba á fin de alentar y entusiasmar al pueblo. Mandó que sus soldados llevasen crucifijos en lugar de banderas, lo mismo que si tuviesen que pelear contra infieles y enemigos de la religion. Recorria las calles de Toledo enseñando á todos su hijo de tierna edad, vestido de luto, montado en una mula y precedido de un pendon en que estaba pintado el suplicio de su padre.

Despues de haber espulsado á los Franceses de Navarra, volvió á Castilla una parte del ejér-

cito y puso cerco á Toledo. No por ello se alteró el denuedo de la intrépida María, pues defendió valerosamente la ciudad, y sus tropas vencieron á los realistas en varias salidas. Pero habiendo ocurrido la muerte del arzobispo de Toledo Guillermo de Croy, y nombrado el rey un castellano para su sucesor, el clero, que no tenia mas motivo de queja sino el que un estrangero poseyese aquel arzobispado, se separó de doña María, que á poco se vió tambien abandonada por el pueblo, cansado ya de tan largo sitio. Viéndose forzada á salir de la ciudad, refugióse en la ciudadela y defendióla cuatro meses con valor admirable, hasta que reducida al último apuro, todavia tuvo astucia para evadirse disfrazada, y se retiró á Portugal, donde tenia varios parientes. La ciudadela no se rindió hasta despues de su fuga, con la que se restableció la tranquilidad en Castilla.

Mientras duraba la guerra civil de Castilla, el reino de Valencia estaba playado de facciones aun mas violentas. La liga que se habia formado en la ciudad de Valencia en 1520 con el nombre de hermandad (*Germanada*), siguió despues de haber salido de España el Emperador; y so pretesto de impedir los desembarcos de los corsarios berberiscos, se negó á deponer las armas y las volvió contra la nobleza, acusándola de infinitas ecsacciones y de una insolencia insoportable. Los *Germanats* arrojaron los nobles de casi todas las ciudades, saquearon sus casas, ta-

laron sus tierras y atacaron sus palacios y castillos. Vinieron á las manos nobles y artesanos, y llegó la animosidad de los dos partidos al mayor estremo. Despues de la victoria de Villalar la regencia envió á la nobleza de Valencia un socorro de caballeria, con la cual pronto se desbandó el ejército de los sublevados. Los caudillos de los Germanats fueron ajusticiados y condenados á todos los tormentos que el furor nacido de recientes agravios pueda hacer inventar á enemigos crueles.

Tambien asomaron en Aragon algunos síntomas del espíritu de sedicion y descontento que reinaba en España, pero el virey supo sofocar en su orígen aquellos gérmenes de discordia. No sucedió lo mismo en la isla de Mallorca, donde el pueblo, cansado de la opresion en que le tenia la tiránica jurisdiccion de la nobleza, acudió á las armas, depuso al virey, y esterminó todos los señores que cayeron en su poder. Solo despues de haberse sosegado lo restante de España pudo ponerse un freno á esos isleños, que fueron tan obstinados en su rebelion como habian sido violentos los motivos que escitaron su furor.

La llegada á España del Emperador difundió la alarma en todos los súbditos que contra él habian empuñado las armas; pero él se apresuró á calmar aquellas crueles zozobras por medio de un acto de clemencia, nacido no ménos de su prudencia que de su generosidad. En una rebe-

lion tan general en que eran tantos los comprometidos, no quiso castigar con la última pena mas que á unos veinte; cuya aparente magnanimidad (tal debia parecer en aquella época), agregada al esmero que puso en evitar todo lo que habia irritado el amor propio de los Castellanos en su primera venida, y á su aptitud en adoptar sus costumbres y hablar su lengua, le dió pronto sobre ellos un ascendiente que jamas habian tenido los demas soberanos, y los dispuso á secundarle en todas sus empresas con tal entusiasmo y valor que á ello principalmente fueron debidos sus triunfos y grandeza.

Al mismo tiempo que Cárlos apostó en España, salió del reino Adriano para Italia á fin de tomar posesion de su nueva dignidad. Mucho tiempo habia que el pueblo romano esperaba con impaciencia su llegada; pero cuando vió á este nuevo soberano, no pudo abstenerse de manifestar sorpresa y descontento. Acostumbrados los Romanos al regio fausto de Julio II y á la corte brillante de Leon X, no se hallaban en disposicion de apreciar el mérito de un anciano de porte humilde y sencillo, de ásteras costumbres, enemigo de la ostentacion, sin gusto por las artes, y privado de todas las cualidades esteriores é imponentes que siempre el vulgo se promete hallar en los hombres elevados al primer puesto.

(1523) Aunque Adriano era adicto al Emperador, esmerábase sin embargo en tomar el

carácter de imparcialidad que correspondia al padre comun de la cristiandad, y ningun medio perdonaba para reconciliar á los príncipes divididos y llevarlos á unirse contra Soliman; pero esta empresa era superior á sus fuerzas. Sus instancias y una bula que al efecto publicó, fueron de bastante efecto para que las cortes de España, Francia é Inglaterra enviasen á sus embajadores poderes para tratar de este asunto; pero al tanto que estos ministros pasaban el tiempo en infructuosas negociaciones, aprestábanse los soberanos para la guerra.

Los Venecianos, hasta allí fieles á la alianza que con Francisco habian contraido, viendo mal parados sus negocios en Italia se concertaron contra él con el Emperador; y á instancia del rey de Nápoles el papa Adriano tambien entró en la misma liga. Era de esperar que una coalicion tan poderosa iba á sujetar á Francisco I á mantenerse en la defensiva, pero tal era el genio de este príncipe, que la vista del peligro no hacia mas que estimular su intrepidez. Antes de que sus enemigos hubiesen podido ejecutar proyecto alguno, él habia ya juntado un numeroso ejército que él mismo resolvió acaudillar para invadir el Milanesado. Ya la vanguardia se hallaba á las puertas de Lyon, cuando se vió repentinamente en la necesidad de hacer alto y mudar de plan, por haberse descubierto una conspiracion intestina que puso al reino á punto de perecer.

El autor de esta trama peligrosa era el condestable de Francia, Cárlos, duque de Borbon. Su alta cuna, sus inmensas riquezas y la autoridad que le daba su destino le hacian el hombre mas poderoso del reino, así como era el mas ilustre por sus vastos talentos, tanto en el consejo como en la guerra, y por los importantes servicios que habia prestado á la corona. Su inclinacion y sus cualidades le hicieron primero allegar al rey, pero el rencor que abrigaba Luisa, madre de Francisco, contra la casa de Borbon, la envidia que sus proezas inspiraron al rey, y la afrenta que le hicieron en la campaña de 1521 confiando el mando de la vanguardia al duque de Alenzon, fueron causa de que él se apartára de la corte, y le inclinaron á entablar relaciones con los ministros del Emperador. Una causa inícua que se le formó, en virtud de la cual sus bienes fueron secuestrados, colmó la medida de su desesperacion, y le arrojó en brazos de los enemigos de su patria. Ofreció á Cárlos Quinto que le reconoceria por su soberano, y le quedaria para conquistar la Francia. Cárlos y el rey de Inglaterra, á quien se confió el secreto, no perdonaron ofertas ni alhagos para sostenerle en su resolucion: el Emperador le ofreció en matrimonio su hermana Eleonor, viuda del rey de Portugal, con una dote cuantiosa; prometiéronle los condados de Provenza y el Delfinado con el título de rey; El emperador se obligaba á entrar en Francia por los Pirineos, y

Enrique á invadir la Picardía con los Flamencos; 12000 Alemanes costeados en comun debian penetrar en la Borgoña y obrar de concierto con Borbon, que tomó á su cargo levantar 6,000 hombres en el interior del reino, entre sus amigos y vasallos. Aplazóse la ejecucion de esta trama para el momento en que el rey de Francia pasaria los Alpes con el único ejército que hubiera podido defender sus Estados.

Sin embargo, dos criados del condestable dieron al rey algunos avisos de la correspondencia secreta que su amo tenia mucho tiempo habia con un confidente de Cárlos Quinto. El rey pasó al instante á Moulins, donde se habia puesto en cama el condestable para no marchar á Italia, y le declaró llanamente lo que le habian comunicado; pero habiendo este protestado de su inocencia mediante juramento y con toda apariencia de buena fé, el rey que era harto franco para no dejarse persuadir, no quiso mandarle prender como se lo aconsejaban y prosiguió su marcha para Lyon. Fingió seguirle el condestable, pero pasó el Ródano y no paró hasta Italia.

Francisco tomó las mayores precauciones para evitar los efectos de aquella desercion, puso guarniciones en todas las fortalezas situadas en tierras del condestable, mandó prender á los caballeros sospechosos, y temiendo que en su ausencia no estallase algun movimiento en Francia, renunció al intento de conducir en persona su

ejército á Italia, confiándole al mando del almirante Bonnivet.

Colona tenia á su cargo la defensa del Milanesado pero sin tropas ni dinero no pudo oponerse al paso del Tesino, que verificó Bonnivet sin hallar resistencia. Con igual facilidad hubiera podido el general frances apoderarse de Milán, si no suspendiera su marcha, dando á Colona suficiente lugar para reparar las fortificaciones de dicha ciudad, con lo que pudo sostenerse hasta que el frio obligó á Bonnivet á replegarse en sus cuarteles de invierno.

En aquel intérvalo murió el papa Adriano. Al punto renovó sus antiguas pretensiones el cardenal de Médicis, y entró á formar parte del cónclave con las mayores esperanzas de triunfar. Sin embargo cincuenta dias transcurrieron ántes que pudiese reunir la mayoria necesaria, siendo finalmente elegido y tomando el gobierno de la Iglesia bajo el nombre de Clemente VII. Tambien Wolsey habia reproducido sus pretensiones á la tierra, y este segundo desaire le inspiró contra el Emperador un ardiente deseo de venganza, pues no obstante sus pasadas ofertas habia éste favorecido la eleccion del cardenal de Médicis. Sin embargo fingió estar muy satisfecho con la elevacion de Clemente.

En la presente campaña, Enrique habia hecho todos los esfuerzos para cumplir los compromisos que habia contraido con el Emperador; pero las dificultades que suscitó el parlamento

para concederle los subsidios necesarios retardaron mucho el rompimiento de las hostilidades, y la estacion estaba ya muy avanzada cuando su ejército entró en campaña á las órdenes del duque de Suffolk. Avanzó este general hasta muy cerca de Paris, llenando de espanto á esta capital, pero La Tremouille tuvo la gloria de contener con un puñado de hombres á un ejército poderoso, y arrojarle con afrenta del territorio frances. Tampoco tuvieron buen resultado las tentativas que hizo el Emperador hacia Borgoña y la Guyena.

(1524) Los sucesos con que se dió principio á la siguiente campaña fueron adversos á la Francia, pues perdió á Fuenterrabía, y los aliados apretaron vivamente á Bonnivet para espulsarle del Milanesado. El papa Clemente principiaba á tener recelos del poder del Emperador, y trabajó con empeño para reconciliar á los dos bandos, pero fué en vano. Habia reunido el Emperador en Milán un cuantioso ejército cuyo mando se confió al virey de Nápoles Launoy, despues de muerto Colona; pero Borbon y el marqués de Pescara tenian á su cargo la direccion particular de las operaciones. Bonnivet, á quien á mas de las fuerzas competentes le faltaba la capacidad para resistir á un enemigo tan poderoso, se vió en el caso de intentar su retirada por el valle de Aoste; y mientras pasaba el rio Sessia, vióse cargado á retaguardia con grande ímpetu, cayó herido de gravedad

desde el principio de la accion y confió el mando de la retaguardia al caballero Bayardo. Este valiente soldado se puso al frente de los gendarmes, y obró con tal denuedo, que cubrió la retirada del grueso del ejército. Recibió una herida que pronto sintió era mortal, y no pudiendo ya permanecer á caballo, mandó á un escudero que le arrimase á un árbol con la cara vuelta al enemigo; y fijando la vista en la guarnicion de su espada, que tenia elevada á manera de crucifijo, dirigió á Dios fervientes preces, esperando tranquilo la muerte en aquella postura digna á la par de su carácter guerrero y cristiano. Borbon, que acaudillaba las tropas enemigas, hallándole en aquella situacion le manifestó interés y compasion: « No os aflijais por mí, le contestó el valeroso caballero, yo muero como hombre de honor cumpliendo mi deber; afligíos sí por los que pelean contra su rey, su patria y sus juramentos. » Pescara mandó embalsamar el cuerpo de Bayardo, y le envió á su familia; y el duque de Saboya le hizo tributar los honores debidos á un rey en las ciudades de sus Estados por donde pasó.

Bonnivet condujo á Francia los restos de su ejército, y en una tan corta campaña quedó Francisco I desposeido de todo lo que habia ganado en Italia, donde no le quedó ningun aliado.

En tanto disfrutaba la Alemania de profunda paz muy propicia á la reforma religiosa, que

seguía diariamente progresando. Mientras que Lutero estuvo retirado en el castillo de Wurtburg, Carlostad, discípulo suyo, propagó unas opiniones tan estravagantes que en muchas ciudades se amotinó el populacho, invadió furibundo las iglesias, y derribó y rompió las imágenes que las adornaban. Temiendo Lutero que tamaños desmanes no separasen de su causa al elector, salió repentinamente de su retiro, y sofocó con su presencia aquel esceso de fanatismo.

Aquel mismo año publicó una parte del Nuevo Testamento que acababa de traducir, cuya version, fué acogida con grande estima. En la misma época Nuremberg, Francfort, Hamburgo y otras varias ciudades de Alemania, adoptaron abiertamente la reforma; el elector de Brandeburgo, los duques de Brunswick y de Luneburgo, y el príncipe de Anhalt, se declararon protectores de la doctrina de Lutero y la mandaron predicar en sus Estados.

Mucho se alarmó la corte de Roma con aquella defeccion, que iba en aumento todos los dias; y el primer cuidado de Adriano luego que llegó á Italia fué deliberar con los cardenales acerca los medios de corregirla. El breve que espidió á la dieta del Imperio, reunida en Nuremberg, condenaba enérgicamente las opiniones de Lutero, y reprehendia severamente á los príncipes de Alemania por haber permitido que este novator propagase sus dogmas, y descuidado el cumplimiento del edicto de la dieta de Worms en que

se les ordenaba que si Lutero no abjurase inmediatamente sus errores fuese tratado como un miembro gangrenado é incurable. Los miembros de la dieta, en lugar de mandar perseguir rigurosamente á Lutero, pidieron la reunion de un concilio general, y los príncipes seglares dirigieron al soberano pontífice una larga memoria con el título de *Centum gravamina*, porque contenía cien quejas.

Clemente VII nombró al cardenal Campegio, hábil diplomático y recomendable por su virtud y ciencia, para que en calidad de nuncio se presentára ante la dieta del Imperio, nuevamente reunida en Nuremberg. Este amonestó vivamente la asamblea para que ejecutase con vigor el edicto de Worms, como el único remedio para estirpar la heregía de Lutero. El embajador del Emperador secundó vivamente al cardenal en reclamar medidas rigurosas contra Lutero; pero la resolucion de la dieta fué concebida casi en los mismos términos que la de la precedente, sin añadir declaracion alguna de severidad contra Lutero y su partido.

LIBRO IV.

Cárlos ataca la Francia. — Cuerdas medidas de Francisco. — Sitio de Pavia. — Francisco I cae prisionero. — Ambiciosos proyectos de Cárlos. — Conducta de la regente. — Francisco es conducido á España. — Enrique VIII se liga con la Francia. — Trato riguroso que Francisco sufre en España. — Negociaciones para su libertad. — Tratado de Madrid. — Francisco I vuelve á Francia. — Casamiento del Emperador con Isabel de Portugal. — Liga contra el Emperador. — Transaccion entre el Papa y el Emperador. — Borbon invade el territorio de la Iglesia. — Pone cerco á Roma. — Su muerte. — Toma y saqueo de Roma. — El Papa prisionero.

Contaban los Italianos que la derrota de los Franceses, espulsados á un tiempo del Milanesado y de los Estados de la república de Génova, pondria término á la guerra del Emperador y el rey de Francia; y como no vieran otra potencia capaz de oponerse al Emperador en Italia, principiaron á tener recelos del acrecentamiento de su poder y á suspirar por el restablecimiento de la paz. Mas, embriagado el Emperador

con sus triunfos, escitado por Borbon que solo anhelaba ocasion de vengarse, y violentamente arrastrado por su propia ambicion, despreció los avisos de las potencias de Italia á los que se unieron sus ministros, y declaró que estaba resuelto á disponer que su ejército pasase los Alpes y atacar la Provenza. El rey de Inglaterra contribuyó á los primeros gastos de la empresa, y ofreció continuar los socorros pecuniarios ó entrar él mismo en Picardía al frente de un numeroso ejército.

(1524) El Emperador confió el mando de su ejército, que solo constaba de diez y ocho mil hombres, el marques de Pescara recomendándole oyese con la mayor diferencia los consejos de Borbon. Pescara salvó los Alpes sin hallar resistencia, penetró en Provenza y fué á poner sitio á Marsella. Dióse prisa el rey de Francia en hacer talar las tierras adyacentes, á fin de privar de vituallas al enemigo; arrasó los arrabales de la ciudad, aumentó las fortificaciones, y puso en la plaza una fuerte guarnicion con gefes esperimentados. Nueve mil habitantes se agregaron á las tropas, y empuñaron las armas para defender la plaza; y asi reunidos triunfaron de la ciencia militar de Pescara y del activo resentimiento de Borbon. Al entretanto juntaba Francisco numerosas fuerzas cerca de Aviñon, y cuando emprendió la marcha hácia Marsella, estenuados ya los Imperiales por las fatigas de cuarenta dias de sitio, debilitados por

las enfermedades y prócsimos á carecer de provisiones, retiráronse precipitadamente la vuelta de Italia.

Si se contentára el rey de Francia con haber preservado á sus súbditos de aquella terrible invasion, hubiérase terminado aquella campaña con toda la honra de su parte; pero como el valor de este príncipe era mas el de un soldado que el de un general, dejábase deslumbrar harto facilmente por el triunfo. Hallábase al frente de uno de los mas brillantes ejércitos que jamás hubiese tenido la Francia, y repugnábale, licenciarle sin sacar alguna ventaja de sus fuerzas. En consecuencia, no obstante lo adelantado de la estacion, y la oposicion que le hicieron sus mas avisados consejeros, resolvió invadir el Milanesado, contribuyendo mucho á esta funesta determinacion la opinion de Bonnivet, que tenia el mismo genio ardiente é impetuoso de su señor. Al punto se puso en marcha Francisco I, nombrando á su madre Luisa de Saboya regente del reino.

Atravesó el Francés los Alpes por el monte Cénis, y como el buen écsito de su empresa dependiera de su diligencia, caminó á marchas forzadas. Tambien Pescara verificó sus movimientos con gran celeridad, y llegó á Milán ántes que el ejército de Francisco; pero hallando esta plaza en la mayor consternacion, renunció defenderla, y dejando guarnecida la ciudadela salió por una puerta al mismo tiem-

po que Francisco entraba por la otra.

Muy adversa era la situacion en que se hallaban los Imperiales si bien poseia Cárlos los Estados mas estensos que principe alguno hubiese jamas reunido bajo su señorío, era muy limitada la autoridad que sobre sus súbditos ejercia, pues no podia imponer contribucion alguna sin su consentimiento, y por esto la falta de dinero estorbaba todas sus empresas. Halló se de golpe su ejército sin paga, municiones, víveres ni vestidos; empero el virey de Nápoles, Lanoy, empeñó todas las rentas de su reino para obtener algunos recursos; Pescara empleó toda la influencia que ejercia sobre las tropas españolas para que no reclamáran el sueldo, y Borbon á impulsos del rencor implacable que le animaba, empeñó todas sus alhajas por una suma cuantiosa, y partió por Alemauia á fin de activar el alistamiento de tropas por cuenta del Emperador.

Francisco cometió una falta irreparable dando tiempo á los capitanes del Emperador para hacer todos aquellos preparativos, pues se detuvo en frente de Pavía que tenía cercada, y estaba defendida por una fuerte guarnicion capitaneada por Antonio de Leyva. El rey apretaba el sitio con un vigor análogo á la temeridad con que lo habia emprendido, y por espacio de tres meses puso en juego para reducir la plaza todos los medios que podian suministrar la ciencia de aquella época y el denuedo de los

soldados; mas los sitiados por su parte desplegaron una vigilancia y valor admirables, levantando Leyva detras de las brechas que abria la artilleria francesa nuevas obras que parecian tan sólidas como las primeras fortificaciones, atrasando los progresos del enemigo con frecuentes salidas, y rechazándole en todos los asaltos. El mal tiempo hacia muy penosa la situacion de los sitiadores, y en un solo dia vió Francisco destruidas por una inundacion las obras inmensas que á costa de muchas penas y dispendios habia hecho su gente para desviar la corriente del Tesino.

No obstante la lentitud del asedio, nadie dudaba que por fin la ciudad tendria que rendirse. Juzgando el Papa que el ejército frances era como dueño de Italia, quiso de todos modos negociar una paz que asegurase á Francisco I la posesion del Milanesado y á pesar de la negativa de Cárlos, concluyó con el rey de Francia un tratado de neutralidad en que fué comprendida la república de Florencia. Este tratado era muy ventajoso á Francisco, y le inspiró el pensamiento de atacar el reino de Nápoles, que estaba sin defensa, enviando al efecto seis mil hombres al mando del duque de Albania Juan Estuardo. Entendiendo los capitanes del Emperador que la suerte de la campaña dependía de los sucesos del Milanesado, ningun caso hicieron de aquella diversion, y concentraron todas sus fuerzas para atacar al rey, que tan intempestivamente ha-

bia disminuido las suyas con la segregacion de un cuerpo tan considerable.

La guarnicion de Pavía estaba ya reducida á los últimos apuros, y los Alemanes, que formaban su mayor número, daban muestras de querer entregar la ciudad. Conocian los Imperiales la necesidad de llevar socorro á la plaza, y ya se hallaban en disposicion de verificarlo, pues Borbon habia traido á Pescara un refuerzo de doce mil Alemanes. Todavia faltaba dinero, pero los generales tuvieron el arte de señalar á sus tropas los despojos de los Franceses como un botin no menos precioso que de fácil conquista, y con tal cebo los soldados pidieron impacientes la batalla. No dió lugar Pescara á que se enfriase aquel ardor, antes marchó directamente hácia el campo frances. Convocó el rey un consejo de guerra, y sus capitanes mas avisados le aconsejaban que evitase la batalla contra un enemigo desesperado, que por falta de dinero tendría que licenciar sus tropas dentro de algunas semanas; pero dejándose llevar de nuevo por el dictámen de Bonnivet, el rey determinó esperar el enemigo y arriesgar el combate.

(1525) Los generales de Cárlos hallaron el campamento de los enemigos tan bien fortificados, que estuvieron mucho tiempo vacilando; pero los apuros á que se veia reducida la ciudad, y las murmuraciones de los soldados les obligaron á correr los azares de una batalla.

Nunca se han visto dos ejércitos trabar una accion con mas furia; nunca de una y otra parte se presintieron con mas vehemencia los resultados de la victoria ó la derrota; nunca los combatientes fueron mas animados por la emulacion, la antipatía nacional, el mútuo resentimiento y todas las pasiones que pueden ecsaltar el denuedo hasta el último punto. Sin embargo, los Imperiales no pudieron resistir el primer ímpetu de los franceses, y sus batallones mas resueltos principiaban á cejar; mas pronto volvió la cara la fortuna. Los Suizos que servian en el ejército frances, echando en olvido la reputacion que habia adquirido su nacion por su valor y fidelidad, abandonaron el puesto cobardemente. Antonio de Leyva en lo mas empeñado del combate hizo una salida con su guarnicion, y atacó con tal furia la retaguardia de los Franceses, que la desordenó completamente; al mismo tiempo el marques de Pescara cargó la caballeria francesa con la alemana en la que habia hábilmente mezclados infantes españoles, armados con los pesados mosquetes que en aquel tiempo se usaban, y rompió aquel formidable cuerpo con ese nuevo método de ataque muy inesperado para los Franceses. Fué general la dispersion, no quedando ya mas punto de resistencia que el que ocupaba el rey, donde ya no se peleaba por la honra ó la victoria, sino por su propia seguridad. Debilitado por varias heridas que habia recibido, y derribado de su caballo que cayó muerto, se-

guia aun defendiéndose á pié con heróico valor. Habianse juntado en torno suyo muchos de sus oficiales mas resueltos, quienes hacian descomunales esfuerzos para salvar la vida de su rey á costa de las suyas, y uno tras otro iban sucumbiendo á sus pies; uno de ellos fué Bonnivet, autor de aquel gran desastre, cuya muerte fué la ménos sentida. El rey, estenuado de fatiga; sin poder ya defenderse, se quedó casi solo, espuesto al furor de algunos soldados españoles irritados por la resistencia obstinada de aquel guerrero, cuya clase no conocian. En aquel momento llegó un gentil-hombre frances llamado Pomperant, qne en compañia de Borbon habia tomado partido por el Emperador, y colocándose al lado del monarca contra quien se habia rebelado, protegióle de la violencia de los soldados suplicándole al mismo tiempo que se rindiese al duque de Borbon que estaba cerca de allí. Apesar del peligro inminente que de todas partes rodeaba á Francisco, desechó con indignacion la idea de una accion que hubiera sido un motivo de triunfo para un súbdito rebelde; pero viendo casualmente á Lanoy, llamóle y entrególe su espada. Prosternóse Lanoy para besar la mano del rey recibió su espada con profundo respeto, y sacando la suya se la presentó, diciéndole que no convenia aun tan gran monarca quedar desarmado en presencia de un súbdito del Emperador.

Diez mil hombres perecieron en aquella ba-

Francisco 1.º en Pavia

Recibió su espada con profundo respeto.

talla, una de las mas fatales que hubiese tenido la Francia. En ella sucumbió la mayor parte de la nobleza francesa, que prefirió la muerte á una fuga afrentosa, y hubo ademas una multitud de prisioneros, entre ellos el malhadado rey de Navarra Enrique de Albret. Salvóse un pequeño cuerpo de la retaguardia mandado por el duque de Alenzon. Al saber esta derrota la corta guarnicion de Milán se retiró por otra vía, aun antes de ser atacada, y quince dias despues de la batalla ya no quedaba un solo frances en Italia.

Lanoy trataba á Francisco con todas las atenciones honoríficas debidas á su calidad y carácter; pero al mismo tiempo le tenia guardado con suma vigilancia, y al dia siguiente de la batalla le condujo al castillo de Pizzighitone junto á Cremona, poniéndole bajo la custodia de Don Fernando Alarzon. Francisco anhelaba con ansia que le informase á Cárlos de su situacion, no dudando que por generosidad ó noble compasion le pondria desde luego en libertad y los generales del Emperador no estaban menos impacientes que él por enviar á su señor la noticia de su victoria; como en aquella estacion la vía mas corta y segura era la de tierra, Francisco dió al comendador Peñalosa, encargado de llevar el mensage, un pasaporte para pasar por Francia.

Cárlos recibió la inesperada noticia del gran triunfo que habian obtenido sus armas con una

moderacion que le hizo mas honor que la misma victoria; sin proferir una sola palabra que denotase el mas leve sentimiento de orgullo ni destemplado alborozo, encaminóse acto contínuo á su capilla, y despues de pasar una hora entera en tributar al cielo acciones de gracias, volvió á la sala de audiencia donde le esperaban para felicitarle muchísimos grandes de España y embajadores estrangeros. Recibió con ademan modesto sus felicitaciones, y compadeció la desgracia del rey prisionero. Prohibió todo regocijo público, diciendo que se reservasen para celebrar la primera victoria que alcanzase contra infieles; y por fin solo manifestó alegrarse de la ventaja obtenida por que con ella se hallaria en disposicion de volver la paz á la cristiandad. Motivos hay para sospechar que la ambicion, mas bien que la generosidad, le inspiraba aquella conducta, y que solo fingia tanta moderacion para ocultar á los demas príncipes de Europa sus verdaderas intenciones.

En tanto el reino de Francia estaba sumido en la mayor consternacion. El mismo rey envió la noticia de su derrota en una carta que Peñalosa entregó á su madre, y que solo contenia las siguientes palabras: «*Madame, tout est perdu, fors l'honneur.*» (Señora, todo se perdió, menos el honor.) La Francia, privada de su rey, sin dinero en las arcas públicas, sin ejército ni oficiales capáces de mandar, asediada de todos lados por un enemigo activo y victorioso, estu-

vo al borde de su total ruina; pero en aquella ocasion las grandes cualidades de la regente salvaron el reino, cuya seguridad ella misma habia espuesto tantas veces con la violencia de sus pasiones. Recogió los restos del ejército de Italia, pagó el rescate de los prisioneros, y acudió á la defensa de las fronteras; dedicose particularmente á calmar el resentimiento y captarse la amistad del rey de Inglaterra, y de este lado del horizonte salió el primer rayo de esperanza que reanimó el espíritu abatido de los Franceses.

Al recibir Enrique VIII la noticia del gran desastre que acababa de tener la Francia, con que al parecer quedaba anonadado su poder, principió á tener la estension demasiada de la preponderancia de su aliado el Emperador. En consecuencia, prometió sigilosamente no prestar mas su apoyo para oprimir aquel reino, pero ecsigió de la regente que jamás consentiria en desmembrarle, aun cuando fuese para dar libertad á su hijo. Sin embargo mandó celebrar regocijos públicos por el triunfo del Emperador, y envió una embajada á Madrid para felicitarle, y pedirle invadiese la Guiena para darle su señorío; reclamaba tambien en virtud del tratado de Brugues que Francisco fuese puesto en su poder. Con tales proposiciones Enrique no tenia mas objeto al parecer que buscar un pretesto para declararse á favor de Francia contra el Emperador.

En aquel tiempo, las tropas Alemanas que tan

valerosamente habian defendido Pavía se amotinaron, y Lanoy tuvo que licenciarlas. Tal era la constitucion de los Estados de Cárlos V, que en el mismo acto en que todos sus vecinos le sospechaban de querer invadir la Europa, ni siquiera se hallaba en estado de pagar el sueldo de un ejército victorioso, que no pasaba de viente y cuatro mil hombres.

El Emperador calculaba el mejor partido que podria sacar del cautiverio de Francisco, pues su carácter no era bastante generoso para tratar de grangearse su amistad y reconocimiento poniéndole en libertad sin condicion alguna; por otra parte el estado de sus rentas no le permitia atacar pronta y vigorosamente Francia é Italia, y prefirió por consiguiente la via de las negociaciones que le era mas familiar. Envió al rey el conde de Roeux para anunciarle el precio que queria de su libertad, á saber: devolucion de la Borgoña al Emperador, cesion de la Provenza y el Delfinado para formar un reino independiente á favor del Condestable de Borbon; satisfaccion al rey de Inglaterra sobre todas sus pretensiones á la Guiena, y por fin renuncia de todas las de los reyes de Francia sobre Nápoles, Milán y demas Estados de Italia. Francisco, que se habia prometido que el Emperador le trataria con la generosidad que un gran príncipe debe esperar de otro, no pudo oir aquellas proposiciones sin dejarse llevar de una tan violenta indignacion, que, desenvainando repentinamen-

te la espada, esclamó: «Mas le valiera á un rey morir de este modo!» Sobresaltado Alarzon con aquel arrebato, cogió la mano del rey, que pronto se sosegó, pero declarando de la manera mas solemne que primero se quedaria prisionero toda la vida ántes que comprar la libertad á costa de tanta deshonra.

Al conocer las intenciones del Emperador, acrecentóse de un modo sensible la impaciencia y el disgusto que esperimentaba Francisco por su cautiverio. Persuadióse sin embargo que adelantaria mucho mas por medio de una entrevista con el Emperador que con largas negociaciones en que interviniesen personas subalternas. Dominóle en tales términos esta idea, que él mismo aprontó las galeras necesarias para el viage, pues en aquella sazon Cárlos no se hallaba en estado de poner escuadra alguna en la mar. Ayudóle mucho Lanoy á tomar semejante resolucion, y le hizo embarcar sin comunicar su proyecto á Pescara ni á Borbon. El viento llevó la escuadrilla cerca de las costas de Francia, y el desgraciado Francisco pasó delante de su reino hácia el cual mil veces su corazon y sus miradas se dirigieron con dolor. En pocos dias llegaron á Barcelona, y luego despues á Madrid, donde el Emperador mandó alojar á Francisco en el Alcázar Real, bajo la custodia del vigilante Alarzon.

Algunos dias despues de la llegada del rey de Francia á Madrid, donde pudo convencerse de

lo poco que debia esperar de la generosidad del Emperador, Enrique VIII concluyó con la regente un tratado que dió esperanzas á Francisco de recobrar la libertad por otra vía.

Mientras que la defeccion de un aliado tan poderoso daba á Cárlos crueles zozobras, urdíase en Italia una conspiracion secreta que le amenazaba de una pérdida todavia mas funesta. Esta trama era parto del genio turbulento é intrigante de Morou, canciller de Milan, el cual, opinando que el Emperador no queria francamente devolver á Esforcia aquel ducado, habia formado el pensamiento de separar su patria de la dependencia del Imperio; pero Pescara, que en un principio adheria á esta conspiracion, la descubrió á Cárlos é hizo prender á Morou. Al mismo tiempo el Emperador declaró que Esforcia habia perdido todo derecho al ducado de Milán, por haber entrado en una conspiracion contra el soberano á quien le debía, y por órden suya Pescara se posesionó de todas las plazas del Milanesado, á escepcion de Cremona y Milán que el malhadado duque quiso defender, y que pronto quedaron bloqueadas por las tropas imperiales.

Esta conspiracion, aunque frustrada, persuadió al Emperador de la necesidad que tenia de hacer un arreglo con el rey de Francia, á fin de evitar que cayesen sobre él todas las fuerzas de Europa recelosas de los progresos de sus armas. Hasta entonces el trato que habia dado á Fran-

cisco distaba mucho del que era debido á su calidad, pues le tenia confinado en un viejo alcázar, bajo la custodia de una rígida guardia, cuya vigilancia severa y minuciosa le hacia aun mas pesado el cautiverio, no permitiéndole mas ejercicio que montar en una mula, rodeado de gente armada de á caballo. So pretesto de asistir á las Córtes de Toledo, Cárlos habia trasladado su corte á esta ciudad, y transcurrieron muchas semanas sin que concediese á Francisco la entrevista que con tanto empeño solicitaba. Tamañas indignidades dieron al real prisionero un mal humor profundo al que pronto siguió una calentura de cuidado. Por fin los médicos avisaron al Emperador que desconfiaban de la vida de Francisco si no le concedia la demanda que tan preocupado le tenia; y deseoso de conservar una vida de la cual se cifraban todas las ventajas de su victoria', vino finalmente á visitarle á Madrid. Las vistas fueron muy cortas, porque la suma debilidad de Francisco no le permitia sostener una larga plática; el Emperador le habló en términos muy afectuosos, y le prometió darle pronto la libertad; creyóle Francisco, y desde aquel entonces principió á mejorarse su salud.

No tardó este príncipe en tener el disgusto de ver que habia sido otra vez harto ligero en confiar del Emperador. Este, que por tanto tiempo se habia negado á visitar al rey de Francia, tributó al rebelde Borbon, que acababa de llegar á España, los honores mas distinguidos, salió á re-

cibirle fuera de las puertas de Toledo, le abrazó con afecto, y colocándole á su izquierda le acompañó con solemnidad hasta su alojamiento. Estos miramientos afectados por el de Borbon eran otras tantas afrentas para el monarca prisionero, que tuvo por ello gran sentimiento. Sin embargo la nacion española no pensaba del mismo modo que su rey, pues habiendo éste pedido al marques de Villena que alojase á Borbon en su palacio, éste contestó que no podia negarle lo que deseaba, pero que tan pronto como el condestable saliese de su casa la quemaria hasta los cimientos, porque un hombre de honor no podia habitar en un lugar manchado con la presencia de un traidor.

Muy apurado se veia Cárlos en elegir la recompensa que debia dar á Borbon, pero la muerte prematura de Pescara vino muy á tiempo para sacarle de su indecision. Murió este general á la edad de treinta y seis años, con fama de haber sido un gran capitan y uno de los políticos mas hábiles de su siglo. El Emperador confirió á Borbon el mando del ejército de Italia con la soberanía del ducado de Milán, confiscado á Esforcia.

El óbice principal que diferia la libertad del rey de Francia era la restitucion de la Borgoña: Cárlos declaraba que no soltaria su prisionero sin ver cumplida esta condicion preliminar, y Francisco repetia que jamas consentiria en desmembrar su reino, y que aun cuando olvidase

los deberes de un monarca hasta el punto de consentirlo, las leyes fundamentales de su reino no le daban tal poder. Como esta dificultad parecia insuperable, Francisco tomó de repente la resolucion de resignar la corona con todos sus derechos á favor de su hijo el Delfin, con ánimo de terminar sus dias en prision. Esta resolucion estraordinaria produjo una viva impresion en el ánimo de Cárlos, que al cabo temió se le frustrase su objeto por esceso de rigor.

Ocurrió al mismo tiempo que un criado del rey de Navarra, con estraordinaria fidelidad, valor y destreza, facilitó á su señor los medios de evadirse del encierro en que se hallaba desde la batalla de Pavía; cuya evasion convenció al Emperador que la astucia ó el valor de Francisco pudiera tambien burlar la vigilancia de sus oficiales. Estas consideraciones y la impaciencia cada dia mayor de Francisco, produjeron el tratado firmado en Madrid á 14 de enero de 1526.

En virtud de este tratado Francisco se obligaba á devolver el ducado de Borgoña, pero como Cárlos ponia al rey en libertad antes de que se consumase esta restitucion, estipulóse que en el acto de su soltura Francisco pondria en poder del Emperador como rehenes á sus dos hijos el Delfin y el duque de Orleans, ó en lugar de este último doce señores principales del reino, á eleccion de Cárlos. Contenia ademas el tratado otros muchos artículos onorosísimos, renuncia de Francisco de sus pretensiones sobre Italia;

restitucion de Borbon y sus partidarios, en el plazo de seis semanas despues de la soltura, de todos sus bienes, muebles é inmuebles, con entera indemnizacion de las pérdidas que la confiscacion les habia causado; casamiento de Francisco con la hermana del Emperador, reina viuda de Portugal, y por último debia el rey de Francia luego de cumplidas todas estas condiciones enviar á la corte de Madrid al duque de Angulema su tercer hijo, á fin de manifestar y cimentar la amistad que en lo sucesivo debia reinar entre ambos monarcas.

Algunas horas antes de firmar el tratado reunió Francisco todos los consejeros que tenia en Madrid, y despues de ecsigirles el secreto bajo la fé de un juramento solemne, les hizo una larga relacion de los rateros artificios y tratos tiránicos que habia puesto en juego el Emperador para seducirle é intimidarle, y en consecuencia hizo una protesta formal, en poder de notarios, contra el asentimiento que iba á dar al tratado, por ser un acto involuntario que debia reputarse nulo y de ningun valor. Con semejante artificio contó Francisco dejar á cubierto su honor y conciencia, firmando con una mano el tratado y reservándose con la otra pretestos para violarle.

Al tanto se prodigaban los dos monarcas todas las muestras esteriores de confianza y amistad, pero con todo los centinelas de Francisco no le perdian de vista un instante. Un mes despues se tra-

jo de Francia la ratificacion del tratado por la regente, que envió en rehenes á su hijo segundo con el Delfin, juzgando muy cuerdamente que el reino no padeceria ningun menoscabo con la ausencia de un niño, al paso que quedaría indefenso con la falta de los principales hombres de Estado y mas hábiles generales que Cárlos sagazmente incluyó en el número de los rehenes.

Por fin despidiose Francisco del Emperador, y dió principio á aquel viage tan suspirado, con escolta de un cuerpo de caballeria mandado por Alarzon, cuya vigilancia y cuidado se aumentaban á medida que se aprocsimaban á las fronteras de Francia. Cuando la comitiva llegó al rio Bidasoa, que separa los dos reinos, Lautrec se presentó á la orilla opuesta con una escolta de caballería igual en número á la de Alarzon. En medio del rio estaba amarrada una barca vacía; las dos fuerzas se formaron enfrente una de otra en ambas orillas, y en el mismo acto Lanoy se avanzó de la orilla española con ocho caballeros, y Lautrec de la orilla francesa con otros tantos; llevaba el primero en su barca al rey, y el segundo al Delfin y el duque de Orleans en la suya; reunieronse en la barca desocupada, y en un instante quedó hecho el cange. Despues de haber rápidamente abrazado á sus dos hijos, el rey de Francia pasó de un salto á la barca de Lautrec, y saltó á la orilla de Francia. Al punto montó en

un caballo turco, y echó á correr á todo escape, agitando la mano por encima de la cabeza, y gritando muchas veces con arrebatos de gozo y con toda la ligereza de un frances: *Todavia soy rey!* Ocurrió este suceso el dia 18 de marzo de 1526, un año y veinte y dos dias despues de la batalla de Pavía.

En cuanto el Emperador se hubo despedido de Francisco, salió para Sevilla á celebrar sus bodas con Isabel, hija del rey Manuel de Portugal, y hermana de Juan III que debia sucederle en el trono. Esta princesa estaba dotada de suma belleza y prendas muy señaladas. Celebráronse estas bodas con toda la magnificencia y regocijo que correspondian á un jóven y poderoso monarca. Cárlos vivió con Isabel en la mas perfecta union, y en todas ocasiones la trató con el mayor miramiento y distincion.

Muy ocupado habia estado Cárlos en España para poder atender como debia á las cosas de Alemania, trabajada por facciones que amagaban las mas funestas consecuencias. Todavia estaba sometido el pueblo de Alemania al sistema feudal, y en ciertas comarcas el labrador estaba anecso á la tierra y formaba parte de las propiedades del señor; cuyos rigores, aumentados con los tributos estraordinarios que requeria la guerra, los embravecieron y llevaron á rebelarse. Primero se alzó la bandera de la insurreccion en las inmediaciones de Ulm en Suabia, y pronto se propagó de una á otra provincia el espíritu

de sedicion, armándose en todas partes las gentes del campo, saqueando los monasterios, demoliendo los palacios y sacrificando sin piedad á todos los nobles que tenian la desgracia de caer en sus manos.

La reforma de Lutero en las provincias donde estaba planteada, dió mas consistencia á la insurreccion, porque ella alentaba la osadía y el espíritu de novedades; por esto en la provincia de Turingia, sometida al elector de Sajonia, cuyos habitantes habian casi todos abrazado el luteranismo, la rebelion tomó una nueva forma y se presentó mucho mas terrible.

Tomas Muncer, discípulo de Lutero, no proponia nada menos que borrar toda distincion entre los hombres, abolir toda propiedad, y volver la especie humana al estado de igualdad primitiva en que cada cual tomase de un fondo comun lo necesario á la subsistencia. Numerosas partidas de labriegos acudian de todas partes para alistarse en aquella rara empresa; pero su caudillo y profeta Muncer, con tener la estravagancia de los fanáticos, carecia del valor que suele acompañarlos, y cuando se vió atacado por tropas regimentadas, echó á correr al frente de los suyos, sufriendo con afrentosa cobardia el último suplicio á que fué condenado. Con su muerte se puso fin á aquellas revueltas de labradores, pero las ideas fanáticas que habia difundido en Alemania produjeron algun tiempo despues efectos todavia mas estravagantes y memorables.

En este mismo año se celebró el tan célebre matrimonio de Lutero con Catalina Boria, religiosa hija de padres nobles, que habia dejado el velo y huido del convento; cuyo casamiento suscitó una reprobacion general contra el gefe de la reforma: sus enemigos lo trataban de incesto y profanacion, y sus mas aficionados lo miraban como un acto indecente, en una época en que su patria estaba trabajada por tantas calamidades. Perdió aquel año la reforma á su principal protector Federico, elector de Sajonia. Su sucesor Juan mostró el mismo celo, aunque no el mismo talento, en defensa de la misma causa.

Luego que el rey de Francia hubo regresado á sus estados, escribió desde Bayona á Enrique VIII para darle las gracias de los vivos y afectuosos cuidados que por él se habia tomado. Al dia siguiente los embajadores del Imperio le requirieron para que diese las órdenes necesarias á fin de que tuviese pronta y plena ejecucion el tratado de Madrid. Contestóles Francisco que no podia hacer cosa alguna antes de haber consultado los estados de su reino, y que ademas necesitaba algun tiempo para hacer conformar á sus pueblos con las condiciones rigorosas que él habia aceptado. Con semejante respuesta ya no quedó duda que el rey trataba de eludir el tratado, y que solo aguardaba una ocasion favorable para vengarse de las afrentas recibidas.

Esforcia seguia sitiado en Milán por los Imperiales, y estaba al parecer á punto de rendirse.

El Papa y los Venecianos, temiendo que despues de la rendicion de Milán el ejército victorioso no se estendiese por su territorio y les impusiera contribuciones, estaban muy impacientes por hacer alianza con Francisco I, y este por su parte tambien deseaba con ansia sacar partido de las fuerzas con que aquellos aliados podrian robustecer su poderio. Concluyóse el tratado en Cognac á 21 de mayo, y quedó secreto algun tiempo. Los principales artículos eran obligar al Emperador á poner en libertad al hijo del rey de Francia, pagando un rescate razonable, y restablecer á Esforcia en posesion del ducado de Milán. El rey de Inglaterra fué nombrado protector de esta liga, á que se dió el título de santa, porque su gefe era el Papa; y á fin de empeñar á Enrique con medios mas eficaces, se le prometió un principado en el reino de Nápoles con una renta de treinta mil ducados anuales, y á su favorito Wolsey, tierras por valor de diez mil. Luego que estuvo formada esta alianza, Clemente en virtud de la plenitud de su autoridad pontificia, ecsoneró á Francisco del juramento que habia prestado de cumplir el tratado de Madrid.

En cuanto conoció el Emperador que Francisco abrigaba el proyecto de eludir la ejecucion del tratado, sobresaltóse en gran manera, pues no podia ocultársele que el rigor con que habia tratado á su prisionero y las miras ambiciosas que habia dejado traslucir, le habrian in-

dispuesto con todas las cortes de Europa, y conoció toda la imprudencia que habia cometido soltando, sin haber sacado ningun provecho, á un príncipe valeroso é irritado que seria un terrible caudillo de sus enemigos. Con todo persistió en reclamar la estricta ejecucion del tratado, y al efecto nombró á Lanoy y Alarzon embajadores para ir á la corte de Francia á intimar formalmente á Francisco que cumpliese sus compromisos ó volviese á constituirse prisionero en Madrid. En lugar de responderles, Francisco en su presencia dió audiencia á los diputados de los de Borgoña, quienes le hicieron presente que habia escedido los poderes de rey de Francia, y declararon que estaban resueltos á morir antes que se sometiese á una dominacion estrangera. Volviéndose entonces hácia los embajadores, manifestóles Francisco la imposibilidad en que se hallaba de cumplir su promesa, y ofrecióles en lugar de la Borgoña pagar al Emperador dos millones de pesos. Conociendo Alarzon y el virey que la escena que habian presenciado no era mas que una comedia concertada entre el rey y sus súbditos, le declararon que su rey estaba firmemente decidido á no hacer la mas leve concesion de lo convenido en el tratado; y con esto se retiraron. Antes de salir de Francia, tuvieron el disgusto de ver publicar con la mayor solemnidad la Santa liga que recientemente se habia formado contra el Emperador.

Luego que supo Cárlos aquella alianza, quejóse alta y amargamente de Francisco, tratándole de príncipe sin fé ni honor, y de Clemente, acusándole de ingrato y ambicioso, mas de lo que convenia á su carácter. Al mismo tiempo desplegaba un vigor y actividad estraordinarios para mandar á Italia nuevas tropas y caudales. Los esfuerzos de los confederados no correspondieron á la animosidad que mostráran contra Cárlos al formar su alianza; Francisco habia perdido al parecer su fogosidad y desconfiaba de la fortuna, y todos los aliados anduvieron con tal tibieza, que dejaron á Borbon que continuara el sitio de Milán y ganára esta plaza, viéndose Esforcia en la necesidad de dejarle en tranquila posesion de aquel ducado.

Cárlos Quinto logró con sus manejos que el Papa se viese atacado en el mismo centro de su poder, el cardenal Pompeyo Colona, gefe principal de una de las primeras familias romanas, tuvo tratos con el embajador español, y en ocasion que Clemente se hallaba en la mas completa seguridad, un cuerpo de tres mil hombres se apoderó de una de las puertas de Roma, quedando apenas al Papa el tiempo necesario para refugiarse en el castillo de Sant-Angelo, que al punto quedó sitiado. El palacio del Vaticano, la iglesia de San Pedro, y las casas de los ministros y empleados del Papa fueron dados á saco, sin que lo restante de la ciudad padeciese daño alguno. Faltando á Clemente

todo lo necesario para defenderse, y aun para subsistir, vióse pronto forzado á pedir capitulacion, y Moncada que entró de parlamentario en el Castillo, le impuso con la altivez de un conquistador condiciones humillantes que él no podia dejar de aceptar. La principal de ellas fué que el Papa conservaria su gracia y favor á los Colonas, y retiraria desde luego del ejército de los confederados todas las tropas que él pagaba.

Al mismo tiempo se engrosaron las tropas imperiales con grandes refuerzos procedentes de España y Alemania; pero todavia quedaba la dificultad de poder pagar aquellas tropas. Borbon se vió tan apretado por las reclamaciones de sus soldados, reclamaciones que mas bien parecian amenazas, que tuvo necesidad de ecsigir fuertes multas de los vecinos de Milán, y despojar las iglesias de sus adornos, para imponer silencio á la soldadesca. A fin de procurarse dinero, concedió por veinte mil ducados la vida y la libertad á Moron que estaba preso desde que se le descubrió la conspiracion, y condenado á muerte por el tribunal español: tal era el talento y la astucia de este hombre, y tal el ascendiente que ejercia sobre todos los que le trataban, que en pocos dias volvió á ser el mas íntimo confidente de Borbon, y su consultor en todos los negocios de importancia.

(1527) Reproducianse sin cesar las ecsigencias de los soldados, y casi nada mas podia

sacarse de un pais enteramente arruinado, por lo que era indispensable llevar el ejército á tierra de enemigos para hacerle subsistir. La familia de los Colonas promovió disturbios en Roma cuando ménos el Papa lo esperaba, y por la mediacion de Moncada se habia reconciliado con ellos Clemente VII; pero como cosa de un mes despues, Vespasiano Colona se concertó secretamente con Moncada para enseñorearse de Roma. Súpolo el Pontífice con la mayor indignacion, y Moncada le obligó á firmar treguas con el Emperador. Poco tiempo despues recibió Clemente VII socorros del rey de Inglaterra, y rompió los pactos que habia hecho con los Colonas. En estas circunstancias el duque de Borbon determinó ir á atacar á Roma, y se puso en campaña en lo mas crudo del invierno, con un ejército de veinte y cinco mil hombres de naciones, usos y lenguas diferentes y sin dinero, almacenes ni artilleria.

Temeroso el papa Clemente tanto por Florencia como por Roma, concluyó un tratado con el virey de Nápoles Lanoy, para una suspension de armas por ocho meses. Tranquilizado el Papa con este acuerdo, y creyéndose libre de las dificultades del momento, despidió sus tropas, escepto las necesarias á la guardia de su persona, Lanoy envió aviso de este tratado á Borbon. aconsejándole que volviese sus armas contra los Venecianos; pero eran otros los proyectos del condestable, y sin hacer ningun caso del men-

saje de Lanoy, siguió talando los Estados pontificios y avanzando la vuelta de Florencia. Sus soldados por otra parte no querian oir hablar de treguas, y pedian con amenazas el cumplimiento de las que se les habia prometido. Como Florencia se pusiera en estado de defensa, Borbon determinó ir á atacar á Roma, cuyo plan le ofrecia la ventaja de humillar á Lanoy á quien odiaba, contentar á los soldados con el botin que hallarian en aquella capital, aumentar su reputacion, y tal vez contaba echar con esta empresa los cimientos de un poder independiente.

Sea como fuere, ejecutó su proyecto con una intrepidez igual á la osadia que necesitó para concebirle. Sorprendido el Papa con aquella imprevista tormenta, mandó hacer algunos preparativos incompletos de defensa, armando á los artesanos y criados de los cardenales, reparando las brechas de las murallas, y fulminando una escomunion contra Borbon y sus tropas, hecho lo cual esperó al enemigo, aun que hubiera podido evitarle si con tiempo hubiese querido retirarse.

Conociendo Borbon la necesidad de no perder tiempo alguno, marchó con tal celeridad que se adelantó al ejército de Venecianos que venia á socorrer á Roma, y el dia 5 de mayo sentó sus reales en los llanos que hay enderredor de esta capital. Señalando desde allí á sus soldados los palacios é iglesias de la ciudad, donde con

los siglos tantas riquezas se habian juntado, díjoles que tomasen descanso aquella noche para estar preparados á dar el asalto al siguiente dia, prometiéndoles en premio de su valor todos los tesoros que dentro de Roma estaban reunidos.

Borbon se hallaba resuelto á hacer aquel dia memorable ó por écsito de su empresa ó bien por su muerte; así luego que despuntó el dia se presentó al frente de sus tropas armado de todas armas, con un vestido blanco encima de su armadura, á fin de que le viesen mejor tanto los suyos como los contrarios, y como todo dependia del vigor del ataque, acto continuo al frente de sus soldados se enderezó á escalar las murallas. Dióse el asalto por tres puntos distintos con un arrojo sin igual; al principio los sitiados le repelieron con no menor denuedo, particularmente los guardias suizos del Papa y los soldados veteranos que habia podido juntar se mostraron dignos defensores de la mas famosa ciudad del mundo. Ya principiaban á flaquear las tropas de Borbon, cuando él mismo apeándose de un salto, cogió una escala, llególa al muro y empezó á subir alentando á los suyos con voz y ademanes para que le siguiesen. Pero en aquel mismo instante un tiro de arcabuz disparado de las murallas le hirió mortalmente, y él sin embargo conservó bastante serenidad para encargar á los que cerca tenia que le cubriesen el cuerpo con una capa, á fin de que no se desalentasen con su muerte los soldados; y al-

gunos instantes despues espiró con un valor que hubiera dado gran lustre á su hombre si hubiese muerto en defensa de su patria, y no al frente de sus enemigos.

No pudo tenerse mucho tiempo oculto aquel funesto accidente, pero en vez de desmayar las tropas al saberlo, trocóse mas bien su denuedo en furor: sedientos de venganza, asaltaron de nuevo los muros, y penetraron en Roma con irresistible violencia. Es imposible describir ni siquiera imaginar los desastres y horrores que tuvieron lugar en aquella entrada: todo lo que puede tener una ciudad ganada por asalto de la iracundia y el desenfreno de una soldadesca brutal, todos los escesos á que pudo dar lugar la ferocidad de los Alemanes, la ira de los Españoles y la licencia de los Italianos, todo tuvieron que pasarlo los malhadados vecinos de Roma; Iglesias, palacios, casas particulares, todo fué saqueado sin distincion, sin que pudiesen guarecerse de los mas crueles ultrages ni la edad, ni el sexo, ni las categorias. Los Imperiales permanecieron en Roma varios meses, y en todo aquel tiempo no se aplacó la insolencia y brutalidad del soldado. Es indudable el botin que recogieron.

Mientras duró el combate el Papa permaneció al pié del altar de San Pedro, hasta que viendo perdida toda esperanza, se retiró con trece cardenales, embajadores y algunas personas de distincion en el castillo Sant-Angelo,

asilo que ya debiera haberle probado su última desgracia que no ofrecia toda seguridad. El príncipe de Orange Filiberto tomó el mando del ejército despues de la muerte de Borbon, y tuvo sumo trabajo para separar del saqueo suficiente número de soldados para cercar aquel postrer refugio de Clemente, que confiaba poderse sostener hasta que llegase el ejército confederado. Efectivamente presentóse á la vista de las murallas á los pocos dias, pero el duque de Urbano que la mandaba prefirió satisfacer la enemiga que tenia con la familia de los Médicis antes que tener la gloria de salvar la capital de la cristiandad y el gefe de la Iglesia, diciendo que era empresa demasiado árdua, por lo que se retiró precipitadamente. Privado Clemente de todo recurso, y reducido por hambre á comer carne de asno, sometióse á pagar cuatrocientos mil ducados al ejército, devolver al Emperador todas sus fortalezas, y permanecer prisionero hasta la completa ejecucion del tratado, bajo la custodia de Alarzon, que por una rara casualidad se halló haber guardado los dos personages mas ilustres que en el trascurso de muchos siglos hubiesen caido prisioneros en Europa.

La noticia de un suceso tan estraordinario llenó de gozo al Emperador, pero disimuló sus sentimientos, porque los Españoles se manifestaban sentidos de los escesos que sus compatriotas habian cometido; Cárlos fingió hasta el estremo de vestirse de luto, y, con una hipocresia

que á nadie engañó, mandó que se hiciesen rezos y procesiones en toda España para obtener la libertad del Papa, siendo así que en su mano estaba dársela desde luego con una órden que espidiese á sus generales.

No se mostraba menos favorable la fortuna á la casa de Austria en otra parte de Europa. Soliman acababa de ganar la batalla de Mohacz, en que sucumbieron el rey de Hungría, la flor de su nobleza y mas de veinte mil hombres; y como el rey de Hungría murió sin sucesion, el archiduque Fernando se aprovechó de esta circunstancia para apoderarse de aquella corona que luego hizo hereditaria en su familia, y que tanto contribuyó al engrandecimiento de los príncipes de la casa de Austria.

Cárlos V hubiera podido grangearse la fama de príncipe religioso, si á mas de manifestar sentimiento por el cautiverio del Papa, hubiese mandado ponerle en libertad; mas en lugar de ello, túvole preso todavia seis meses, hasta que le hubo reducido á lo que queria, haciéndole aceptar todas las condiciones que le impuso. Mientras se estaba tratando el arreglo, el emperador queria llevar al Papa á España, contando que fuera muy honorífico para él haber tenido en el término de dos años dos prisioneros tan ilustres, un rey de Francia y un Papa, y traídolos á Madrid como en triunfo.

LIBRO V.

Liga contra el Emperador. — Francisco I desafia á Carlos. — Los Imperiales salen de Roma. — Los Franceses bloquean á Nápoles. — Rebelion de Andres Doria. — Paz de Cambrai. — El Emperador pasa á Italia. — Dieta de Spire. — Protesta de los sectarios de Lutero. — Confesion de Augsburgo. — Liga de Smalkalde. — Fernando, hermano del Emperador electo rey de Romanos. — Campaña del Emperador en Hungria. — Entrevista del Papa y Francisco I. — Muerte de Clemente VII, eleccion de Pablo III. — La secta de los anabaptistas. — Espedicion del Emperador á Africa. — Saqueo de Tunez.

Los pormenores del trato inhumano que al Papa se dió, llenaron toda Europa de asombro y horror. La audacia inaudita de un Emperador cristiano, á quien su propia dignidad imponia el deber de proteger y defender la santa sede, y en vez de ello atentaba con violencia al representante de Jesucristo en la tierra, teniendo su persona sagrada en riguroso cautiverio, pareció á todos un acto de impiedad que merecia una

ruidosa venganza, y requeria la pronta reunion de todos los hijos fieles de la Iglesia contra el culpable. Francisco y Enrique tenian ya concertado atacar al Emperador en los Paises Bajos, pero determinaron dirigir sus armas á Italia, cuya resolucion se tomó en una conferencia habida entre Francisco y Wolsey en Amiens, donde el ministro inglés fué recibido con régia magnificencia. En esta ocasion, Enrique hizo renuncia formal de todas las antiguas pretensiones de los reyes de Inglaterra sobre la corona de Francia, y aceptó á título de indemnidad una pension de cincuenta mil escudos.

Al entretanto seguia el Papa bajo la rígida custodia de Alarzon, por no poder cumplir las condiciones de la capitulacion. En cuanto supieron los de Florencia las desgracias de Roma, declaráronse Estados libres, restableciendo su antigua forma de gobierno popular. Los Venecianos se apoderaron de Ravena, y cada cual queria su parte en los despojos de un Pontífice que parecia perdido sin remedio. Lanoy quiso tambien sacar algun provecho de aquel estado de cosas, y al efecto pasó á Roma con todas las tropas que pudo reunir, cuyos nuevos huéspedes llenaron la medida de las desgracias de la ciudad, saqueando lo que habian dejado los Alemanes y Españoles.

En este tiempo el rey de Francia y los Venecianos formaron una liga para libertar la Italia, entrando en Florencia en la confederacion; Lau-

trec fué nombrado gefe de sus fuerzas. En un principio todo le anduvo prósperamente, pues secundado por Andres Doria, que fué el primer marino de aquel siglo, se apoderó de Génova, Alejandría, y ganó Pavía por asalto, dándola á saco.

Los triunfos de los confederados, y la urgente necesidad de dinero que tenia el Emperador, le movieron por fin á dar libertad al Papa mediante un cuantioso rescate: Clemente tuvo que anticipar de contado una suma de cien mil pesos para pagar el ejército, prometiendo aprontar igual suma dentro de quince dias, y otra de cien y cincuenta mil en el plazo de tres meses; ademas debia hacer entrega al Emperador de varias ciudades. Cuando hubo satisfecho la primera paga de su rescate, fijóse el dia en que se le pondria en libertad, mas temiendo que se suscitasen nuevos estorbos, por la noche se disfrazó, y aprovechando la tibieza que ponia Alarzon en vigilarle desde la conclusion del tratado, se escapó sin ser conocido. Al dia siguiente desde Orvieto escribió á Lautrec dándole las gracias como principal autor de su libertad.

(1528) Durante este tiempo pasaron á Madrid embajadores de Francia é Inglaterra para obtener alguna modificacion en el tratado en virtud del cual Francisco habia sido puesto en libertad. El Emperador se manifestó dispuesto á ceder algo de sus pretensiones, pero Francisco se engrió tanto con las ventajas que habian obte-

nido sus armas en Italia; que no pudo hacerse avenencia alguna á causa de sus desmedidas ecsigencias, y los embajadores se despidieron del rey. Al dia siguiente, dos heraldos que habian acompañado á los embajadores sin dar á conocer su carácter, se presentaron en la corte del Emperador con sus atributos, y le declararon la guerra en nombre de sus señores el rey de Inglaterra y el de Francia. Cárlos aceptó el reto del monarca ingles con una firmeza templada por ciertas manifestaciones de consideracion y respeto; pero la respuesta que dió al rey de Francia rebosaba de espresiones agrias que le infundia una rivalidad personal, enconada con el recuerdo de varios y recíprocos ultrages: encargóle al heraldo francés que declarase á su amo que en adelante solo le trataria como á un vil infractor de la fé pública, ageno á los sentimientos de honor y probidad que distinguen á un caballero. Irritado Francisco con aquel insulto, envió nuevamente al heraldo con un cartel en regla, en que daba al Emperador un mentís formal, le desafiaba á hacer campo con él de persona á persona, intimándole que fijase el tiempo y lugar del combate y dándole á escoger las armas. Cárlos, que nada tenia de blando ni cobarde, aceptó el desafio sin vacilar, pero despues de varios mensages enviados de una y otra parte para arreglar todas las circunstancias del duelo, mensages en que se mandaban nuevos insultos é injurias, el proyecto de aquel desafio, que mas

era propio de dos héroes de novela que de los dos mas grandes monarcas del siglo, quedó enteramente olvidado, sin tener mas resultado que propagar mas y mas el uso funesto del duelo. (*)

En tanto proseguía Lautrec su marcha la vuelta de Nápoles, y el terror que inspiraba fué parte para que las tropas imperiales saliesen de Roma, que tenian oprimida diez meses habia. Empero del ejército brillante que entrára en la ciudad, á penas la mitad subsistia, pues la otra mitad fué víctima de sus propios escesos, y destruida por la peste y otras enfermedades originadas por una larga inaccion, la destemplanza y la disolucion. En semejante estado llegó á Nápoles el ejército que habia sido de Borbon, sin que Lautrec pudiese atacarle en el tránsito. El pueblo de este reino recibió á los Franceses con los brazos abiertos, y á escepcion de Gaeta, Nápoles y algunas otras plazas, nada mas quedó en poder de los Imperiales, Gaeta se defendia por si misma á causa de las fortificaciones fuertes por naturaleza, y en Nápoles estaba concentrado todo el ejército imperial. Lautrec se presentó delante de Nápoles, pero no viendo posi-

(*) He aqui como esplica Mariana el desenlace de este desafio, que por cierto hace muy poco honor al que le provocó: «Respondió el Emperador á veinte y cuatro de Junio con sus cartas, en que aceptaba el desafio y señalaba lugar; *pero el Francés fué mas recatado, que ni quiso abrir las cartas, ni dar audiencia al rey de armas que para este efecto iba desde España, por razones que no le debieron faltar.*»

bilidad de ganarla, tuvo que bloquearla, contando por este medio reducirle; dióle para ello mas fundadas esperanzas la victoria que obtuvo contra los Imperiales la escuadra veneciana que bloqueaba el puerto, al mando de Doria, pues habiéndola atacado el virey con sus mejores tropas, fué muerto, y su escuadra casi enteramente destruida.

Muchas circunstancias se reunieron para burlar la esperanza que aquellos triunfos hicieran concebir á Lautrec. Queriendo el Papa reconquistar á Florencia, y no pudiendo para lograrlo contar con Francisco porque habia hecho alianza con la nueva república, estaba negociando secretamente con Cárlos y se inclinaba mucho mas á la parte de su enemigo que á la de su bienhechor. Los Venecianos veian con recelo los adelantos del ejército frances; y finalmente el mismo Francisco descuidaba el envio de los fondos que necesitaba Lautrec para sostener su ejército. Para calmar la desgracia de los Franceses, Doria se declaró repentinamente á favor del Emperador, y llegó á Nápoles, no ya para tener bloqueado su puerto, sino para socorrerla y libertarla.

Poco acostumbrado Doria á las contemplaciones de las cortes, habia repetidas veces enviado reclamaciones muy duras al rey de Francia, y últimamente casi eran amenazas las que le dirigió con motivo de los reparos que se hacian por la parte de Francia en el puerto de Savona, que

amenazaba de una competencia perjudicial al de Génova, que era la patria de Doria. Fueron sus quejas aun mas acibaradas por los cortesanos de Francisco, el cual se irritó en tales términos que dió órden al almirante Barbezieux para que le quitase las galeras y le prendiese. Doria noticioso de aquella órden se puso en salvo, y tomó por fin el partido de pasarse al del Emperador. Este suceso cambió la faz de las cosas; entró en Nápoles la abundancia, si bien ántes estuviera reducida al último apuro, y los Franceses pronto carecieron de víveres por faltarles el señorío del mar. Vino la peste á multiplicar sus males y decimarles la gente, de cuyas resultas fué víctima el mismo Lautrec. El marques de Saluces tomó el mando de los restos del ejército frances, y se retiró desordenadamente la vuelta de Aversa, donde le sitió el duque de Orange, le hizo prisionero con pérdida de todo su equipage y con la afrenta de ver conducir en medio de una escolta sus tropas desarmadas y sin banderas hasta la frontera de Francia.

La conquista de Génova tuvo lugar poco despues de la ruina del ejército frances delante de Nápoles. Doria se apoderó de aquella ciudad, echó de ella con los Franceses á los Tregosos, y puso en libertad á su patria constituyéndola en república independiente, por mas llano que se le ofreciera el camino para hacerse rey.

(1529) Francisco, con el ansia de volver por el honor de sus armas, envió nuevas tropas

al Milanesado; pero el conde de San Pol que las mandaba no era caudillo que pudiese competir con Antonio de Leyva, que aunque enfermo y teniendo que mandarse llevar en litera, le ganó siempre en actividad y prudencia, y por fin destruyó el ejército francés.

No obstante el calor con que se continuaba la guerra, cada partido daba muestras de desear la paz, y seguíanse las negociaciones para conseguirla. Dos mugeres tomaron por su cuenta satisfacer el anhelo de toda Europa. Margarita de Austria, viuda usufructuaria de Saboya y tia del Emperador, y Luisa, madre de Francisco, se concertaron para tener unas vistas en Cambray. Alojáronse en dos casas contiguas, donde se abrió una puerta de comunicacion, y viéndose allí sin ceremonial ni formalidad de ninguna especie, tuvieron por sí solas conferencias diarias donde no admitieron á persona alguna. Hallándose ambas muy versadas en los negocios, y teniéndose recíproca é ilimitada confianza, pronto hubieron adelantado mucho para llegar á un arreglo definitivo. En tanto el Papa tuvo arte para anticiparse á sus aliados, y antes que ellos concluyó en Barcelona un tratado particular, con el cual quiso Cárlos borrar la memoria de los insultos que habia hecho al gefe de la Iglesia otorgándole condiciones muy ventajosas; el Papa dió por su parte al Emperador la investidura del reino de Nápoles, bajo su señorio, y concedió una absolucion general á todos los que hubiesen to-

mado parte en el cerco y saqueo de Roma. La noticia de este tratado activó las negociaciones de Cambray, y al punto quedaron concertadas Margarita y Luisa, tomando por base de su tratado el que se habia firmado en Madrid. Sus principales artículos eran: que el Emperador no reclamaria por entonces la restitucion de la Borgoña; que Francisco pagaria dos millones de escudos para el rescate de sus hijos, y que antes de la soltura de éstos entregaria todas las ciudades que todavia poseia en el Milanesado; que cederia la soberania de Flandes y del Artois; que renunciaria á todas sus pretensiones sobre Nápoles, Milán, Génova y demas ciudades situadas á la otra parte de los Alpes; y que luego de firmado el tratado se casaria, segun ya estaba concertado, con Eleonor, hermana del Emperador.

De este modo sacrificaba Francisco todas las pretensiones que le movieron á sostener la guerra por espacio de nueve años, guerra de duracion casi desconocida en Europa ántes del establecimiento de tropas regulares y contribuciones fijas. Con este tratado quedaba el Emperador único arbitro de Italia, y hasta le sacrificó Francisco los intereses de sus aliados; Enrique VIII fué el único á quien se consultó, y se adhirió completamente al tratado.

En esto llegó el Emperador á Italia, seguido de numerosa comitiva de nobles españoles y de un cuerpo respetable de tropas, ostentando la pompa de un conquistador, y afectando la hu-

mildad de un hijo sumiso de la Iglesia. Acostumbrados los Italianos á considerarle en idea como un rey bárbaro de Godos ó Hunos, quedaron sorprendidos al verle en su entrada pública en Bolonia al frente de veinte mil soldados, besar de rodillas los pies de aquel mismo Pontífice que pocos meses ántes era su prisionero, y subió de punto su admiracion cuando vieron que sabia conciliar los intereses de todos los príncipes y Estados que entonces dependian de su persona, con una moderacion y equidad que estaban lejos de esperar. Verdad es que el desinterés que mostró el Emperador en aquellas circunstancias tuvo por móvil principal la necesidad en que se hallaba de concentrar todas sus fuerzas para contrarrestar los progresos del sultan, que de Hungría habia ya pasado al Austria y puesto sitio á Viena con ciento y cincuenta mil hombres. Erale pues indispensable dejar enteramente pacífica la Italia ántes de pasar á Alemania, y á este fin restituyó á Esforcia el ducado de Milán, y sus estados al duque de Ferrara, concluyendo asimismo un convenio definitivo con los Venecianos. Todos estos tratados se publicaron solemnemente en Bolonia el primer dia del año 1530, en medio de unánimes aclamaciones de los pueblos. Unicamente los Florentinos oponian resistencia y pretendian conservar el gobierno libre que habian fundado; pero el Emperador les sitió la capital, y no obstante su enérgica resistencia les impuso de nuevo el poder absoluto de los Médicis.

(1530) Publicadas las paces en Bolonia y hecha la ceremonia de la coronacion de Cárlos como rey de Lombardia y emperador de Romanos, cuya ceremonia efectuó el Papa con todas las formalidades de costumbre, libre ya el Emperador de toda obligacion en Italia se dispuso á partir para Alemania, donde era cada dia mas necesaria su presencia. La ausencia del Emperador, sus diferencias con el Papa, y las atenciones que reclamaba la guerra de Francia, diéran á los reformadores largo plazo de tranquilidad, durante el cual habian progresado visiblemente sus doctrinas. La mayor parte de los príncipes que habian abrazado las opiniones de Lutero, no contentos con establecer en su territorio el nuevo culto, abolieron ademas enteramente los ritos de la Iglesia católica; y la mitad de los Estados de Alemania se habian separado enteramente de la Santa Sede. Por mas que hubiesen complacido al Emperador los sucesos que tendian á mortificar ó contrariar al Papa, mientras él estaba en pugna con la Santa Sede, no podia á la sazon desconocer que los trastornos que habia producido la reforma en Alemania pudieran con el tiempo ser funestos á la autoridad imperial. Parecióles pues de absoluta necesidad sofocar prontamente unas oposiciones que podian dar márgen á una alianza terrible entre los príncipes del Imperio, cuyos vínculos serian mas fuertes que los que les sujetaban á su autoridad; por lo que resolvió consolidar su poder por medio

de un celo constante por la religion establecida, de la que él era protector natural.

Con este objeto en cuanto vió coyuntura para tratar de un ajuste con el Papa, convocó en Spira una dieta del imperio para deliberar sobre el estado actual de la religion. El decreto de la dieta allí celebrada en 1526, venia á establecer la tolerancia de las opiniones de Lutero, lo que se chocaba abiertamente con lo restante de la cristiandad. Necesitábase de consiguiente mucha maña y delicadeza para proceder de un modo mas riguroso contra los innovadores, pues tenian éstos partidarios muy poderosos y entusiastas, y podíase temer que una decision sobrado rígida de la dieta no produjese en Alemania una guerra de religion. En esta alternativa, lo único que el archiduque y demas diputados del Emperador pidieron á la dieta, fué que mandase á los Estados del Imperio que hasta entonces habian obedecido el decreto de la dieta de Worms, espedido contra Lutero en 1524, que continuasen observándole, y prohibiere á los demas Estados hacer en adelante innovacion alguna en la religion, sin poder privar á los católicos del libre ejercicio de la suya antes de la convocacion de un concilio general. Despues de largos debates, adoptóse este decreto por mayoria de votos, y por mas moderado que fuese, no dejó de tener opositores.

El elector de Sajonia, el marques de Bradeburgo, el landgrave de Hesse, los duques de

Luneburgo, y el príncipe de Anhalt con los diputados de catorce ciudades libres ó imperiales, protestaron solemnemente contra aquel decreto, declarándole injusto é impío. De esta protesta dimana el nombre de *protestantes* que despues se ha dado indistintamente á todas las sectas que se han separado de la iglesia romana. No contentos con esto los Luteranos, enviaron embajadores á Italia para presentar su protesta al Emperador, quien la deshechó como obra de una faccion.

(1530) Tales eran los sentimientos que abrigaba el Emperador cuando salió de Italia para Alemañia, habiendo señaladó ya la ciudad de Ausburgo para la celebracion de la dieta del Imperio. Hizo su entrada pública en esta ciudad con estraordinaria pompa, y la junta que halló en ella congregada correspondía, por la calidad y el número de sus vócales, á la importancia de los asuntos que debian tratarse. Hubiérase dicho que su presencia habia comunicado á todos los partidos un espíritu enteramente nuevo de moderacion y disposicion á la paz. El elector de Sajonia no quiso permitir que Lutero le acompañase á la dieta, y los príncipes protestantes prohibieron á los teólogos que venian con ellos el predicar en público durante su permanencia en Ausburgo. Por la misma razon eligieron á Melanchton, que entre todos los reformadores era el mas sabio y de carácter mas pacífico, para estender su confesion de fé en los términos que ménos chocasen á los católicos. Melanchton se

encargó de esta mision, y el símbolo que redactó, conocido con el nombre de confesion de Ausburgo, fué leido publicamente en la dieta. Nombráronse teólogos católicos para examinarle, quienes propusieron sus críticas, y trabóse la controversia entre ellos y Melanchton apoyado por algunos de sus partidarios; pero estaban ya tan separados los dos partidos y ecsistian tan insuperables barreras entre las dos iglesias, que se perdió toda esperanza de reconciliacion.

Viendo Cárlos que nada podia obtener de los teólogos, dirigióse á los príncipes, que tampoco quisieron renunciar á sus opiniones. Ya no le quedaba al Emperador otro medio que el ejercicio de su poder y el uso de algun acto de vigor para defender la doctrina y autoridad de la iglesia romana. Cediendo la dieta á su dictámen, espidió un decreto que condenaba la mayor parte de las opiniones sostenidas por los protestantes, vedaba á todos el proteger ó tolerar á los que los enseñaban, prescribia la puntual observancia del culto establecido, y prohibia toda futura innovacion bajo penas rigorosas. A los que se negaron á cumplir este decreto los declaraba incapaces de ejercer funciones de jueces ó de comparecer como protestante á la cámara imperial, que era el tribunal supremo del Imperio. Resolvióse ademas que se requeriría al Papa para que convocase en el plazo de seis meses un concilio general cuyas decisiones soberanas pusiesen un término á todas las disputas.

El rigor de este decreto aterró á los protestantes, particularmente á Melanchton; pero Lutero no se dejó aturdir ni abatir, antes bien alentó el ánimo decaido de los príncipes protestantes, y los indujo á juntarse en Smalkalde, que era el punto donde solian celebrar sus reuniones. Concertaron allí una alianza defensiva, en virtud de la cual se juntaban los Estados protestantes del Imperio para formar un solo cuerpo, y resolvieron dirigirse á los reyes de Francia é Inglaterra para pedirles ayuda y apoyo á favor de su nueva confederacion.

Un asunto que no tenia conecsion alguna con la religion les suministró pretesto para solicitar el ausilio de los príncipes estrangeros. Cárlos habia concebido el proyecto de hacer hereditaria en su familia la corona imperial, haciendo elegir rey de Romanos á su hermano Fernando; pero habiendo penetrado los protestantes las miras ambiciosas del Emperador, resolvieron oponerse á aquella eleccion.

(1531) En consecuencia, el elector de Sajonia en lugar de ir á la asamblea de electores convocada en Colonia, mandó á su primogénito quien protestó de la eleccion como hecha contra toda ley y formalidad, contraria á los artículos de la bula de oro, y destructiva de las libertades del Imperio. Pero como los demas electores estaban sobornados por el Emperador, eligieron á Fernando rey de Romanos, y pocos dias despues fué coronado en Aquisgran.

Cuando los protestantes, reunidos por segunda vez en Smalkalde, recibieron la noticia de aquella eleccion, y la de algunos procedimientos judiciales que la cámara imperial preparaba contra ellos con motivo de sus principios anti-católicos, creyeron que era necesario enviar embajadores á Francia é Inglaterra. Contemplaba Francisco con la mayor envidia lós adelantos de su rival, pero su nacion se hallaba sobradamente ecsausta para poderla empeñar en otra guerra. Primero ecsortó á aquellos príncipes para que volviesen á la antigua religion, y secretamente fomentó los trastornos que trabajaban la Alemania, concluyendo ademas con los gefes protestantes una alianza, en que procuró orillar todo lo que pudiese indicar que apoyaba la reforma. El rey de Inglaterra abrigaba gran resentimiento contra Cárlos, pensando que él habia inducido al Papa á oponerse á su divorcio; mas, como le tenian ocupado los asuntos de su reino, contentóse con dar promesas vagas, y enviar una pequeña ayuda de dinero á los confederados de Smalkalde.

(1532) En el interin el Emperador se convencia cada vez mas de que no era tiempo todavia de emplear rigor y violencia para estirpar la heregia; por lo que determinó hacer un arreglo con los principes descontentos, y entabló con ellos negociaciones. Al través de infinitas dificultades, concertóse por fin una pacificacion que fué solemnemente ratificada en la dieta de Ra-

tisbona. Estipulóse en el tratado que habria paz en toda Alemania hasta la reunion del concilio general, que el Emperador procuraría tuviese lugar en el término de seis meses.

Poco despues supo Cárlos que Soliman habia entrado en Hungría al frente de tres ciento mil hombres, cuya noticia activó las deliberaciones de la dieta. Los protestantes con ánimo de manifestar su reconocimiento al Emperador, les sirvieron con estraordinario celo, poniendo en campaña mas tropas de las que les tocaban; y habiendo los católicos imitado su ejemplo, reunióse junto á Viena uno de los ejércitos mas numerosos y brillantes que jamas hubiese tenido la Alemania. Con la agregacion de tropas veteranas españolas é italianas que llegaron de los Paises Bajos, ascendió aquel ejército á noventa mil hombres de infantería regular y treinta mil caballos, sin contar un número prodigioso de tropas irregulares. El Emperador quiso mandar en persona este poderoso ejército, y atónita la Europa esperaba el écsito de una batalla decisiva entre los dos mas grandes príncipes del mundo; pero recelosos uno y otro de las fuerzas y fortuna de su adversario, obraron ambos con tal circunspeccion, que terminó la campaña, no obstante los inmensos preparativos que habia costado, sin acontecimiento alguno memorable. Viendo Soliman la imposibilidad de obtener alguna ventaja de un enemigo siempre alerta y avisado, regresó la vuelta de Constantinopla á

fines del otoño. Es digno de notarse que en un siglo tan belicoso, en que todo gentil-hombre era soldado, y todo príncipe general, esta fué la vez primera que Cárlos se presentó al frente de sus tropas, no obstante las largas guerras que ya habia sostenido y las muchas victorias que habia alcanzado. Grande honra fué para él haber hecho sus primeras armas contra un adversario tan famoso como Soliman; y el éxito de sus operaciones le cubrió de gloria.

En los principios de esta campaña murió el elector de Sajonia Juan, príncipe luterano, y le sucedió su hijo Juan Federico, á quien Lutero dió el título de Mecenas de su doctrina, y que defendió la reforma con el mismo ardor que sus predecesores, colocándose como ellos á la cabeza del partido protestante.

Luego que se hubieron retirado los Turcos, impaciente Cárlos por volver á España partió para este reino pasando por Italia, Tuvo en Bolonia otra entrevista con el Papa, pero ya no reinaba entre ellos la misma confianza que antes: Clemente estaba disgustado por las concesiones que hizo el Emperador á los protestantes; este queria que cuanto ántes convocase el Papa un concilio general; el soberano Pontífice insistió en no querer que dicho concilio se celebrase fuera de Italia, si bien convino en mandar un nuncio al elector de Sajonia para fijar el punto de reunion y las formas de las operaciones; pero no pudieron entenderse.

El Emperador quiso ademas dejar asegurada la defensa de Italia, formando entre sus varias potencias una alianza defensiva contra todo agresor dispuesta al primer asomo de peligro á levantar y costear un ejército de que fuera nombrado generalísimo Antonio de Leyva. Asi arregladas las cosas, embarcóse en las galeras de Doria y apostó en Barcelona.

A pesar de todas estas precauciones, no estaba completamente confiado de que se sostuviese el sistema que habia establecido en Italia, pues solo la desesperacion y la necesidad habia hecho aceptar á Francisco I las condiciones deshonrosas del tratado de Cambray, reservándose quebrantarle tan pronto como las circunstancias se lo permitiesen; así es que trabajaba por romper la alianza que ecsistía entre el Emperador y el Pontífice, y tuvo al efecto una entrevista con este último en Marsella, donde hicieron un tratado, que Francisco quiso consolidar casando su segundo hijo el duque de Orleans con Catalina hija de Lorenzo de Médicis, primo de Clemente.

En la misma época disgustado Enrique VIII, sin motivo alguno solicitó del Papa que rompiese los vínculos que le unian con su esposa Catalina de Aragon y contrariaban la pasion que tenia por la famosa Ana Bolena. El consistorio que el papa mandó reunir declaró indisoluble el matrimonio del rey de Inglaterra, quien de irritado quiso separarse de la Santa Sede, y to-

mó el título de gefe terrestre y supremo de la Iglesia angliana. Sus súbditos tomaron parte en su resentimiento é indignacion, y el parlamento, publicó una acta aboliendo el poder y la jurisdiccion pontificia en Inglaterra. Asi se desplomó el grande edificio de la dominacion romana con tanto arte levantado, y cuyos cimientos parecian tan profundos, luego que no tuvo por base la veneracion popular.

Poco tiempo despues de pronunciar la sentencia contra Enrique, cayó Clemente en una grave y prolija enfermedad que dió fin á sus dias y á su pontificado. El mismo dia en que los cardenales abriendo el cónclave, ensalzando al trono pontificio á Alejandro Farnesio, decano del sacro colegio y el mas antiguo de los cardenales, quien tomó el nombre de Pablo III.

La eleccion de este nuevo pontífice, adicto á los intereses del Emperador, puso á Francisco en la necesidad de aplazar la ejecucion de sus proyectos sobre Italia. A la sazon ocurria en Alemania un acontecimiento de la naturaleza muy singular. Entre muchos saludables efectos que produjo la reforma de Lutero, introdujéronse tambien algunos escesos, como lo fueron los que cometió la secta de los anabaptistas, que propagaron principalmente sus doctrinas en los Paises Bajos y la Westfalia. Su dogma religioso mas notable era relativo al sacramento del bautismo, que sostenian no debia administrarse sino á los adultos, y que no debia darse por aspersion

sino por inmersion : condenaban en consecuencia el bautismo de los niños y volvian á bautizar á todos los que entraban en su sociedad ; y de ahí se les dió el nombre de Anabaptistas. Querian ademas abolir toda distincion de nacimiento, clase ó fortuna, hacer comunidad de bienes, y autorizar la poligamia.

Algunos pretendidos profetas de esta secta predicaban en Munster, ciudad imperial de Westfalia, donde en un principio se frustaron sus tentativas ; pero habiendo llamado clandestinamente á muchos asociados que se habian dispersado por las vecinas comarcas, apoderáronse durante la noche del arsenal y del palacio del senado, y luego se pusieron á correr por las calles con espadas desnudas, dando horribles alaridos. Los senadores, la nobleza y la mayor parte de los ciudadanos católicos y protestantes huyeron en el mayor desorden y dejaron la ciudad á merced de aquella multitud frenética. El apóstol anabaptista Matías, panadero de Harlem, quedó señor absoluto de la ciudad : mandó saquear las iglesias y destruir sus ornamentos y quemar todos los libros sin conservar mas que la Biblia; confiscó los bienes de los que habian huido, y finalmente ordenó que todos los habitantes le presentasen el oro, las joyas y demas objetos preciosos, que depositó en un tesoro público para subvenir á las necesidades de todos. Mandó á todos los ciudadanos de su nueva república que comiesen reunidos en unas mesas públicas, y

estableció la clase de comida que debia servirse diariamente. Luego tomó prudentes medidas para formar almacenes, reparar las fortificaciones de la ciudad y convertir sus discípulos en soldados. Al mismo tiempo escribió á los anabaptistas de los Paises Bajos que se viniesen á Munster, que él llamaba la *Montaña de Sion*, para salir desde allí á someter todas las naciones de la tierra.

En tanto el obispo de Munster habia juntado fuerzas respetables, y se adelantaba para poner sitio á la ciudad. Matías salió á su encuentro al frente de algunas tropas escogidas, atacó y arrolló un cuartel de su campamento, y despues de una horrible matanza volvió á la ciudad cargado de despojos. Embriagado con este triunfo, presentóse al pueblo el dia siguiente con una lanza en la mano, y declaró que á semejanza de Gedeon iria con un puñado de soldados á esterminar el ejército de los impíos. Treinta personas que él designó le siguieren sin vacilar en aquella loca empresa, y fueron á arrojarse en medio de los enemigos con insensato furor: todos fueron víctimas de su frenesí. La muerte del profeta llenó de consternacion el ánimo de los discípulos; pero un compañero suyo llamado Juan Boccold de Leyda, oficial de sastre, se puso en su lugar y supo inspirar al pueblo la misma confianza y obcecacion. Este se contentó con hacer una guerra defensiva; pero como era mas ambicioso que su predecesor, despues de mil estravagan-

cias é infamias que suponia inspiradas del cielo logróa bsorver toda la autoridad y hasta se hizo proclamar rey. Desde aquel momento desplegó un gran fausto y aparato, llevando una corona de oro y vestidos suntuosísimos. A un lado se mandaba llevar una Biblia, y al otro una espada desnuda, y nunca salia en público sin una guardia numerosa; hizo acuñar moneda con su efigie, y creó grandes de su palacio y reino.

No bien hubo llegado Boccold al poder supremo, principió á dar rienda suelta á sus pasiones. Primero hizo predicar la necesidad y justicia de tener varias mugeres, y luego dió el ejemplo de esta doctrina licenciosa casándose á la vez con tres mugeres una de ellas la viuda de Matías que era estraordinariamente hermosa; sucesivamente fué aumentando el número de sus mugeres hasta catorce, y siguiendo el ejemplo del profeta, entregóse la muchedumbre al desenfreno mas escandaloso; tras la poligamia introdújose el divorcio, que fué un nuevo manantial de corrupcion, y vióse en suma la licencia monstruosamente hermanada con la religion y todos los escesos del libertinage acompañados de las austeridades de la supersticion.

Entretanto los príncipes alemanes mandaron al obispo de Munster socorros con que pudo estrechar mas el sitio. Quince meses habia que los anabaptistas dominaban en Munster, y mucho habian padecido durante este tiempo á causa de las fatigas de la guerra y de la falta de

comestibles que los tenia reducidos á la última necesidad; pero ni siquiera podian oir hablar de capitulacion. Por fin un desertor indicó un punto débil de las murallas, y por él se introdujo en la plaza el ejército sitiador; los anabaptistas buscaron casi todos la muerte peleando, y Boccold fué hecho prisionero y ajusticiado despues de mil tormentos.

(1535) Por este tiempo fué cuando Cárlos Quinto quiso poner término á los robos de Barbaroja, que se había enseñoreado de los reinos de Argel y Tunez, y tenia infestado el Mediterráneo con sus piratas. Reunió el Emperador todas las tropas alemanas, españolas é italianas que mas se habian señalado en las guerras precedentes, y partió con la flor de la nobleza española y portuguesa. El Papa suministró todo cuanto pudo para el buen écsito de esta empresa, y la órden de Malta, enemiga eterna de los infieles, aprontó una escuadra poco numerosa, pero muy fuerte por el valor de los caballeros que llevaba. Componíase toda la armada de unas quinientas velas, que llevaban mas de treinta mil hombres de tropas regulares, salió del puerto de Cagliari el dia 16 de julio, y despues de una feliz navegacion apostó á la vista de Túnez.

Barbaroja por su parte ya se habia cuerdamente aprestado para repeler esta terrible embestida, allegando fuerzas de todas partes, y poniendo en el castillo de la Goleta una guarni-

cion de seis mil soldados turcos al mando del renegado judio Sinan. Mandó el Emperador atacar este fuerte por tres lados distintos á un mismo tiempo por los Españolas, Italianos y Alemanes, divididos en tres cuerpos. No obstante la entendida y valerosa resistencia de Sinan, ganóse la goleta en un asalto general, refugiándose en Túnez los restos de la guarnicion. La toma de esta fortaleza le valió al Emperador la captura de la escuadra de Barbaroja y tres cientos cañones.

El pirata no obstante pareció haber ganado en resolucion para defenderse; pero no pudiendo sostenerse mucho tiempo dentro de Túnez, determinó salir al campo y confiar su suerte al al azar de una batalla; antes queria degollar diez mil esclavos cristianos que tenia prisioneros en Túnez, por temor de que se sublevasen, pero sus capitanes le disuadieron de un proyecto tan atróz.

Iba adelantando el Emperador en direccion á Túnez, cuando los Arabes y Moros de Barbaroja cayeron de improviso sobre el ejército cristiano, pero su ímpetu indisciplinado se estrelló contra la táctica regular de los Europeos, y por mas que hizo Barbaroja por rehacerlos vióse arrastrado por ellos en su fuga hácia la ciudad. Halló en Túnez la mayor consternacion: huian los habitantes tumultuariamente, y habiendo los esclavos cristianos logrado romper sus cadenas con la ayuda de dos libertos, se apoderaron de

la ciudadela. Rabioso y desesperado Barbaroja, retiróse, hácia Bona, echándose en cara la debilidad que tuviera de ceder al dictámen de sus capitanes absteniéndose de sacrificar los esclavos.

Ignorando el Emperador lo adelantado que estaba su triunfo, marchaba pausadamente hacia Túnez, cuando recibió un enviado de los cautivos ya libres, y otros de parte de los vecinos que le traian las llaves de la ciudad. Al punto los soldados se precipitaron en la ciudad, y ya no hubo medio de refrenar su crueldad, avaricia y licencia. Túnez tuvo que pasar todos los ultrages y escesos que puede cometer el soldado en una ciudad ganada por asalto: mas de treinta mil habitantes perecieron, y diez mil fueron reducidos á esclavitud. Los cautivos cristianos puestos en libertad llegaban á cerca de veinte mil, entre ellos tres mil mugeres y cuatro mil doncellas.

Esta espedicion elevó al Emperador á la cumbre de la gloria, eclipsando su fama la de todos los demas monarcas de Europa. Mientras que todos aquellos príncipes no se ocupaban mas que de sus intereses particulares, él se mostró digno de ocupar el puesto de primer príncipe de la cristiandad, aparentando no tener mas pensamiento que defender el honor del nombre cristiano y asegurar el bienestar de Europa.

LIBRO VI.

Causas de una nueva guerra entre el Emperador y Francisco I. — Los franceses se apoderan de Saboya. — Ginebra obtiene su libertad. — El Emperador entra en Roma. — Reclama contra su rival. — Cárlos Quinto entra en Francia. — Plan de Francisco para defender su reino. — Retírase el ejército imperial. — Muerte del Delfin. — Decreto del parlamento contra Cárlos Quinto. — Sublevacion de la ciudad de Gante. — Cárlos Quinto atraviesa por Francia. — Su mala fé. — Castigo de los Ganteses. — Fundacion de los Jesuitas. — Constitucion de esta orden. — Conferencias entre Católicos y Protestantes. — Dieta de Ratisbona. — Espedicion de Carlos Quinto contra Argel. — Descalabro de su ejército y escuadra.

(1535) La conducta que en aquellas circunstancias observó Francisco I redundó en menoscabo de su reputacion, pues chocó á sus contemporáneos por el evidente contraste que formó con la de su rival. Acriminábanle que se hubiese aprovechado del momento en que el Emperador habia dirigido todas sus fuerzas con-

tra el comun enemigo, para reproducir sus pretensiones sobre Italia y encender de nuevo en Europa la guerra fraticida. Efectivamente, no se cansaba Francisco de inspirar á los demas príncipes de Europa los recelos y la envidia que él sentia contra el Emperador, y en particular logró enconar contra él á Francisco Esforcia, que si bien le era deudor del ducado de Milán, tuvo que pasar por unas condiciones tan onerosas, que le constituian su vasallo y tributario. Francisco mandó secretamente un apoderado para tratar con aquel príncipe, y habiéndolo sabido Cárlos, hizo por ello cargos muy severos á Esforcia, quien se apresuró en darle una humillante satisfaccion, que fué del modo siguiente: buscó medios para enredar en una contienda al embajador francés con un criado suyo, y habiendo el frances muerto á su adversario, le mandó prender y cortarle la cabeza. Irritado Francisco por ver violado el carácter de embajador, quejóse al Emperador, y no recibiendo de este satisfaccion alguna, apeló á todos los príncipes de Europa, de los cuales ninguno dió tampoco muestras de secundarle. Entonces se dirigió á los príncipes protestantes que formaban la liga de Smalkalde, pero tambien le negaron su apoyo, porque poco antes los habia enojado con el rigorosísimo castigo que impuso á algunos de sus súbditos que se atrevieron á fijar en las puertas del Louvre pasquines con satiras contra los dogmas y ceremonias de la iglesia católica. Ademas en aquella ocasion declaró

el rey de Francia públicamente que si llegaba á tener una mano infecta de heregía, con la otra se la cortaria, y que ni á sus propios hijos perdonaria si los hallase culpables de este crímen.

Sin embargo de hallarse reducido Francisco á solas sus fuerzas, no por eso dejó de dar órden á su ejército para que avanzase hácia las fronteras de Italia. A fin de no dejar tras si un pais regido por un príncipe adicto al Emperador, principió su invasion por la Saboya, y la conquistó toda escepto el Piamonte. La ciudad de Ginebra se aprovechó de aquella coyuntura para recobrar su independencia. Al duque de Saboya ya no le quedaba mas arbitrio que la proteccion del Emperador, pero no se hallaba éste en estado de socorrerle de un modo eficaz, pues habia licenciado el ejército de Africa y tenia vacías las arcas del tesoro. La muerte de Francisco Esforcia vino á tiempo para dar lugar al Emperador de prepararse á la guerra, pues Francisco habia cedido el Milanesado á Esforcia y sus hijos, y no á otros, por lo que renovó las pretensiones que tenia sobre este ducado, pero contentóse con negociar acerca el particular, en vez de aprovechar la ocasion que se le presentaba de enseñorearse de dicha provincia. En tanto el Emperador se posesionó del ducado como de un feudo del imperio, fingiendo reconocer los derechos del rey de Francia, pero aplazando las pláticas y suscitando dificultades, mientras juntaba fuerzas y se aprestaba para la guerra.

Por fin dirigióse el Emperador á Roma donde verificó publicamente su entrada con la mayor suntuosidad. Habiéndole pedido con instancia los embajadores franceses una respuesta á sus reclamaciones, hízoles saber que al dia siguiente se la daria en presencia del Papa y los cardenales reunidos en pleno consistorio. Tomó allí la palabra el Emperador, y dirigiéndose al Papa estendióse primero sobre la aversion que tenia á la guerra y los males que trae consigo, quejóse de la infatigable é injusta ambicion del rey de Francia, acusóle de haber violado los tratados, y declaró que entre ellos ya no podia haber amistad ni reconciliacion. «A pesar de esto, añadió, no derramemos la sangre de nuestros vasallos inocentes, ventilemos nuestra querella de hombre á hombre, con las armas que le plazca escoger, sin que nadie mas que nosotros corra el peligro, en una isla, en un puente, ó á bordo de una galera amarrada en un rio; póngase en tercería por su parte el ducado de Borgoña, por la mia el de Milán, y que ellos sean el premio del vencedor; despues reunamos las fuerzas de Alemania, España y Francia para abatir la pujanza Otomana y estirpar la heregía del seno de la cristiandad. Mas si se niega Francisco á terminar por este medio todas nuestras diferencias, si quiere la guerra á todo trance, no habrá entonces consideracion alguna que me sujete para sostenerla hasta que uno de los dos quede reducido á la condicion del hidalgo mas pobre de

sus Estados; y no temo por cierto que á mi me toque tal desgracia!»

Pronunció al Emperador su difusa arenga con tono imperativo y enérgico, y habiendo querido tomar la palabra un embajador frances, interrumpióle bruscamente. El Papa dijo algunas palabras patéticas amonestando á los príncipes para la conservacion de la paz, y disolvióse la junta llena de la sorpresa que les causó aquella escena tan singular. Un proceder tan poco digno del primer monarca de la cristiandad, se lo inspiró sin duda la embriaguez de sus triunfos y las desmedidas lisonjas que le prodigaban, con lo que llegára á persuadirse que era invencible. Con todo quiso templar el sentido de sus palabras en una entrevista que al dia siguiente concedió á los embajadores franceses, y por insuficiente que fuese esta satisfaccion por una ofensa tan solemne é inesperada, no dejó por ello de seguir negociando el rey de Francia, y Cárlos de engañarle con falsas esperanzas de avenencia, al paso que se iba preparando para llevar á cabo sus proyectos.

(1536) Vino por fin la hora en que el ejército imperial, compuesto de cuarenta mil infantes y diez mil caballos, se reunió en las fronteras del Milanesado; el de Francia se hallaba en Piamonte, pero siendo inferior en número y habiéndose desmembrado de él los Suizos por las intrigas de Cárlos, tuvo que ir retrocediendo á medida que avanzaba el enemigo. Cárlos no

solo tenia proyectado reconquistar la Saboya, sino tambien invadir la Francia, queriendo que mientras él la atacaria por un lado, su hermano Fernando entrase por Champaña y Picardía, sin que las súplicas de sus capitanes fuesen parte para disuadirle de este plan temerario. El marques de Saluzo, que estaba encargado de defender el Piamonte, favoreció los proyectos de Cárlos haciendo traicion á su soberano y abriendo á sus enemigos la entrada de su patria. Los Imperiales para la conquista del Piamonte no hubieran necesitado mas tiempo que el preciso para atravesarle, á no haber sido por el estraordinario valor y habilidad de Montpezat que en la pequeña fortaleza de Fossano los detuvo casi todo un mes.

Este importante servicio prestado tan á propósito, dió lugar á Francisco de juntar fuerzas y combinar un plan de defensa contra peligros que entónces le parecieron inevitables. Este príncipe siguió el único camino que habia para resistir á la invasion de un enemigo poderoso, en lo que merece aplauso su prudencia, por cuanto ese plan ni se conformaba con su carácter ni con el natural de su nacion: consistió en mantenerse á la defensiva, no arriesgar batalla alguna, á no ser en caso de ser segura la victoria, cercar su campamento de fortificaciones en regla, no poner guarniciones sino en las plazas principales, hambrear al enemigo devastando todas las tierras de los contornos, y salvar por fin el reino sacrificando de este modo una provincia. Confió

la ejecucion de este proyecto al mariscal de Montmorency, que era su autor, y parecia haber nacido á propósito para ejecutarle: altivo, severo, inecsorable, confiado en su capacidad y menospreciando la de los demas, tan insensible al amor como á la piedad, nunca jamás Montmorency abandonára una resolucion que una vez habia adoptado.

El mariscal estableció un campamento inespugnable al pié de las murallas de Aviñon, en la confluencia del Ródano y el Duranzo, y el rey con otro cuerpo acampó junto á Valence, siguiendo mas arriba del Ródano. Marsella y Arles fuéron las única ciudades que juzgó prudente defender, poniendo en ellas buenas guarniciones con gefes de toda su confianza. Obligóse á todos los habitantes del campo asi como de las demas poblaciones á dejar abandonadas sus casas, y los repartieron en las montañas, los campamentos ó el interior del reino. Las fortificaciones que hubieran podido servir al enemigo fueron demolidas; los granos, forrages y provisiones de toda especie, llevados á otra parte ó destruidos allí mismo; todos los molinos y hornos, derribados, y los pocos cegados ó inutilizados. Estendióse la devastacion desde los Alpes hasta Marsella, y desde la orilla del mar hasta los confines del Delfinado. La historia no presenta ejemplar de unos medios tan terribles ejecutados con tal rigor.

Llegó el Emperador con su ejército á las

fronteras de Provenza, y aun estaba tan engreido con la esperanza de triunfar, que de antemano ya repartia á sus capitanes las conquistas que iba á hacer; pero al ver la devastacion que delante se le presentaba, principiaron á desvanecerse sus esperanzas. La escuadra en que Cárlos confiaba para proveerse de las vituallas necesarias, se retardó á causa del mal tiempo, y cuando llegó, no eran suficientes los víveres que traia. Veíase tan apurado Cárlos en dar destino á sus tropas, como en los medios de proporcionarles alimentos. Quiso primero atacar el campamento, pero sus oficiales declararon ser impracticable la empresa. Dió pues órden de embestir á Marsella y Arles, pero Montmorency permaneció quieto en su campo, y aquellas ciudades recibieron á los Imperiales con tal denuedo, que tuvieron éstos que abandonar su empresa con pérdida y afrenta. Por fin el Emperador hizo una postrer tentativa contra Aviñon, pero no fué mas feliz en esta que en las demás.

Durante estas operaciones, mas le costó á Montmorency defenderse de sus propias tropas que de las enemigas, pues oficiales y soldados se quejaban en alta voz de su constancia, diciendo que no era mas que orgullo y tenacidad. Por fin juntósele Francisco y con él muchas tropas de refuerzo, con que el rey pensaba que ya se estaba en el caso de hacer cara al enemigo; y probablemente hubiera prevalecido su pasion por las empresas brillantes estimulada por la im-

paciencia de los soldados, sobre la prudente conducta de Montmorency, si felizmente la retirada del ejército de Cárlos no hubiese librado el reino de Francia del riesgo en que podia oponerle una resolucion temeraria. Despues de haber perdido el Emperador dos meses en Provenza, vióse en la necesidad de volverse sin añadir cosa alguna á su gloria, habiendo perdido la mitad de su gente de resultas del hambre y de las enfermedades. No echaron de ver desde luego su retirada los Franceses, pero un cuerpo de tropas ligeras con numerosas partidas de gentes del campo que anhelaban venganza, le picaron la retaguardia y la desordenaron en varios puntos. Reinó en esta retirada la mayor confusion, y sin duda hubiera sido completamente derrotado el ejército imperial, si Montmorency no hubiese sido demasiadamente obstinado en guardar hasta el fin el sistema de defensiva que aseguró la salvacion de la Francia.

Tras un revés tan afrentoso, no quiso visitar el Emperador las ciudades de Italia por donde poco antes habia pasado con todo el boato de un monarca triunfante que está en marcha para otras conquistas. Embarcóse en Génova para ir directamente á España. No alcanzaron sus armas mejor fortuna en las demas fronteras de Francia; pues el rey de Romanos, viéndose abandonado de muchos de los príncipes protestantes de Alemania, tuvo que renunciar á la invasion de de Champaña, y el ejército de los Paises que

entró en Picardía, dió con la nobleza que ardorosa tomó las armas, y en Perona halló tal resistencia, que tuvo que retirarse sin haber conseguido ventaja alguna de importancia.

Un acontecimiento imprevisto acibaró la alegria que diera á Francisco el buen écsito de esta campaña, y fué la muerte repentina de su hijo mayor el Delfin, príncipe que daba las mas altas esperanzas y muy querido de los pueblos cuya muerte prematura se achacó al veneno: tuviéronse algunas sospechas contra el conde de Montecuculli, copero del príncipe, á quien se puso á tormento, y él acusó publicamente á los generales del Emperador, echando tambien algunas inculpaciones indirectas al mismo Cárlos; empero las protestas del Emperador, el ningun interés que á ello podia moverle, y su carácter, deben hacer reputar como calumniosa semejante imputacion.

(1537) Principió el siguiente año con un suceso muy estraordinario, aunque de sí poco importante. Habiendo Francisco tomado asiento en el parlamento de Paris con todas las formalidades de costumbre, acompañado de los pares y príncipes de la familia real, levantóse el fiscal general para acusar á Cárlos de Austria (así afectó nombrar al Emperador) de haber violado el tratado de Cambray, añadiendo que este tratado debia reputarse nulo, y que por consiguiente Cárlos debia prestar homenage á la corona de Francia por los condados de Flandes y

Artois. Tambien le acusó de rebelde por haber hecho armas contra su soberano; y el parlamento admitió esta estraña demanda, con emplazamiento de Cárlos, y como éste no compareciese, declaróse que Flandes y el Artois formaban parte de la corona.

Luego despues de esta vana demostracion de resentimiento, marchó Francisco hácia los Paises Bajos como para ejecutar la sentencia del parlamento. Como la reina de Hungría, á quien el Emperador su hermano tenia confiado el gobierno de aquella parte de sus estados, no estaba preparada para resistir aquella invasion, hizo Francisco en un principio algunos adelantos; mas pronto levantaron los Flamencos cuantiosas fuerzas, y ya se estaba á punto de darse una gran batalla, cuando se concluyeron treguas para los Paises Bajos por mediacion de las dos hermanas, la reina de Francia y la de Hungría, que sin cesar trabajaban por reconciliar á los dos monarcas. Seguia la guerra con calor en Piamonte, pero de nuevo las dos reinas lograron treguas por esta parte. Sus miras conciliadoras eran secundadas por la comun estenuacion de fuerzas de los dos monarcas, á lo que debe añadirse los recelos que dió al Emperador la alianza que contrajo Francisco con Soliman, cuyas escuadras á consecuencia de aquel tratado vinieron á devastar las costas de Italia, y cuyos ejércitos diariamente progresaban en Hungría. Si bien los dos adversarios se concertaron para

una suspension de armas, sus plenipotenciarios no pudieron avenirse cuando se trató de estender los artículos de un tratado definitivo: lo mas que hicieron, fué prolongar las treguas algunos meses mas.

(1538) Confiando el Papa obtener mejores resultados, tomó por su cuenta la negociacion, con la mira de reunir á los monarcas cristianos en una liga contra Turcos y contra la heregía de Lutero. Propuso una entrevista en Niza á los dos Soberanos, y ofreció asistir él en persona como mediador; visto lo cual, que un pontífice de edad tan avanzada y tan venerable por su carácter se resolvia á arrostrar las penalidades de un viage tan largo, ni Cárlos ni Francisco pudieron escusar la entrevista. Ambos acudieron á la cita, pero suscitáronse tantas dificultades acerca el ceremonial, y abrigaban en sus corazones tanta desconfianza y ojeriza, que no quisieron verse, y todo se negoció por la mediacion del Papa, que sucesivamente los visitaba. Apesar de todo el celo que le animaba, y de la rectitud de sus actos é intenciones, no pudo de ningun modo quitar los estorbos que se oponian á un arreglo definitivo, en especial por lo tocante al Milanesado. En fin, para que no quedasen del todo infructuosos sus afanes, les hizo dar su consentimiento para unas treguas de diez años mediante las mismas condiciones de la primera: cada cual conservó lo que poseía, y fueron vanas las quejas del duque de Saboya

por un convenio que le privaba de casi todos sus Estados.

Algunos dias despues de firmadas las treguas, el Emperador se embarcó para Barcelona; mas habiéndole llevado los vientos contrarios hácia la isla de Santa Margarita, situada no léjos de las costas de Provenza, tuvo noticia de ello Francisco que se hallaba no léjos de allí, y creyó deber suyo ofrecer al Emperador asilo en sus Estados, á cuyo efecto le hizo proponer una entrevista particular en Aigues-Mortes. Pasó allí el Emperador, y luego que hubo anclado, descansando enteramente Francisco en los sentimientos de honradez de su rival, fué á visitarle á bordo de la galera. Al dia siguiente el Emperador le dió igual prueba de confianza desembarcando en Aigues-Mortes sin precaucion alguna, y tuvo la misma cordial acogida. Hiciéronse recíprocamente varias visitas, y parecia que ambos porfiaban á quien daria al otro mas testimonio de respeto y amistad. Despues de veinte años de guerra encarnizada, despues de haberse hecho mil injurias y provocaciones recíprocas, muy singular debió parecer tamaña entrevista; pero la historia de estos dos monarcas está llena de contrastes no menos raros y chocantes.

Poco tiempo despues de las treguas de Niza, ocurrió un suceso que dió á conocer á toda Europa que el Emperador habia sostenido la guerra tanto como se lo habia permitido la situacion

de sus negocios. Con motivo de los muchos atrasos que alcanzaban sus tropas; rebeláronse abiertamente, declarando que se creian autorizados á tomarse con la fuerza lo que injustamente se les retenia. Esta sedicion se propagó en todos los Estados del Emperador: los soldados del Milanesado saquearon el pais llano, y dieron sérios temores á la capital; la guarnicion de la Goleta amenazó de entregar esta fortaleza á Barbaroja, y en todas partes las tropas se dieron á los mayores desórdenes. Por fin los generales del Emperador consiguieron calmar aquel amotinamiento y licenciaron la mayor parte de las tropas, no conservando sino las mas necesarias para guarnecer las plazas principales y proteger las costas de los insultos de los Turcos.

Todas sus esperanzas para salir de tantos apuros se fundaban en los ausilios que esperaba de las Córtes de Castilla, las que convocó para Toledo; empero cansados los Españoles de tantos sacrificios infructuosos como ya tenian hechos, estaban resueltos de antemano á no imponerse mas tributos, y en particular la nobleza protestó con energia contra todo nuevo impuesto que á ella se le señalára, por eximirlos de ello sus privilegios. Pidió ademas se la dejase tratar con los representantes de las ciudades sobre el estado de la nacion. Despues de haber empleado Cárlos inutilmente todos los argumentos, súplicas y ofertas para vencer la resis-

tencia de las Córtes, disolviólas enojado. Desde esta fecha los nobles y prelados no fueron convocados mas para estas asambleas bajo el pretesto que tratándose de impuestos no podian tener voto en ellas los que estaban libres de pagarlos, admitiéndose solamente en las Córtes los diputados de las diez y ocho ciudades, en número total de treinta y seis. He aquí como el inconsiderado celo con que los nobles de Castilla defendieran en 1521 las prerrogativas del monarca contra las pretensiones de los comuneros, vino á serles fatal á todos ellos. Apesar de esto, quedaban todavia á los grandes de España gran poder y privilegios estraordinarios, que ejercian y ponian en práctica con el peculiar orgullo de su clase.

Hácia la misma era los vecinos de Gante se rebelaron contra el gobierno del Emperador; y como sintiesen la necesidad de grangearse el apoyo de un protector poderoso, determinaron ofrecer á Francisco que le reconocerian por soberano, y ademas le ayudarian á conquistar en los Paises Bajos todas las provincias que antes pertenecieran á la corona de Francia. No podia ofrecerse mejor coyuntura para humillar el orgullo de Cárlos, pero como Francisco conservaba aun la esperanza de investir á un hijo suyo del ducado de Milán, desechó sus proposiciones y llevó la generosidad hasta dar conocimiento al Emperador de todo lo que habia pasado entre él y los rebeldes. Esta declaracion quitó á Cárlos

todo recelo, y le dió la idea de pedir á Francisco que le dejase pasar por Francia para ir á los Paises Bajos. Todos sus consejeros le desaprobaron unánimes este pensamiento, pero como el Emperador conocia mejor que ellos el carácter de su rival, mandó á Paris su primer ministro con encargo de pedir al rey la autorizacion de pasar por sus Estados, prometiéndole que el asunto del Milanesado pronto quedaria satisfactoriamente terminado. Francisco se dejó deslumbrar por la idea de abrumar á su enemigo con actos de generosidad, y consintió á todo lo que se le pedia.

(1540) Como le urgía sobremanera á Cárlos no desperdiciar un solo instante, partió al punto, no obstante los recelos de sus súbditos españoles, con muy reducida comitiva, aunque lujosa, compuesta de un centenar de personas. Recibiéronle en Bayona el Delfin y el duque de Orleans, quienes le ofrecieron que pasarian á España para servirle de rehenes hasta su regreso; pero Cárlos desechó sus ofertas, diciendo que el honor del rey era suficiente garante de su seguridad. Todas las ciudades por donde pasó ostentaron á porfia la mayor magnificencia, y el rey salió á su encuentro hasta Chatellerault. Los dos reyes entraron solemnemente en Paris, donde el Emperador permaneció seis dias, obsequiado y fatigado con todos los agasajos imaginables; empero manifestaba suma impaciencia por llegar á los Paises Bajos. Hasta la frontera estu-

vo rodeado de los mismos honores que recibió en todo el tránsito.

Luego que Cárlos hubo llegado á sus Estados, los embajadores de Francia le intimaron el cumplimiento de su palabra, relativamente á la investidura de Milán; mas él pidió nuevos plazos, aunque repitió las promesas que tantas veces habia hecho. En tanto los Ganteses, viéndose aislados, se sometieron al Emperador, quien no por ello dejó de castigarlos con la mayor severidad, ajusticiando veinte y seis ciudadanos principales, desterrando á muchos otros, suprimiendo todos los privilegios de que gozaba la ciudad, confiscando sus rentas, imponiéndole nuevas leyes, y obligándola á costear la construccion de una ciudadela destinada á sujetarlos.

No tardó Cárlos en descrubir la impostura con que habia traido engañado á Francisco. Eludió primero las reclamaciones de los embajadores franceses, y apretado mas por éstos contestó resueltamente que no queria despojarse de una posesion tan importante para con ella enriquecer á su enemigo, negando al mismo tiempo que jamas se hubiese empeñado en hacer un sacrificio tan insensato y contrario á sus intereses. De todos los actos de Cárlos dignos de censura, este rasgo de mala fé es el que echa un borron mas grande á su gloria; mas si la perfidia del Emperador mereció vituperio, la credulidad de Francisco escitó el menosprecio de todos. Fué tan grande el resentimiento que manifestó en esta

ocasion, que nadie dudó que pronto se encendería de nuevo la guerra.

(1540) Es memorable este año por ser el del establecimiento de los Jesuitas. Su fundador Ignacio de Loyola se hizo inmortal tanto por sus talentos como por sus virtudes, y no hubiera dejado de ser un héroe aun cuando no hubiera sido inscrito en el catálogo de los Santos. El plan ó constitucion de la compañia de Jesus, si se ha de dar crédito á sus propios escritos, ó á los asertos de sus discípulos, fuéle sujerido por inmediata inspiracion celeste; y con todo no dejó de hallar en un principio muchas dificultades para ponerle en planta, hasta que por fin Pablo III aprobó aquella institucion. Acababa de descubrirse un nuevo mundo, y reclamaba al parecer apóstoles de nueva especie; éstos salieron de la sociedad de Ignacio.

Queria Richelieu que los Jesuitas participasen con la universidad del imperio de la enseñanza clásica; efectivamente la órden de los Jesuitas es la mas apta para llenar esta noble mision, pues en virtud de su reglamento deben considerarse todos sus individuos como soldados escogidos para el mayor servicio de Dios y del prójimo, y todo cuanto tiende á instruir al ignorante y restituir el gremio de la iglesia á los descarriados es un objeto particular.

El general de los Jesuitas era elegido de por vida, nombraba por su propia autoridad todos los empleados en el gobierno de la compañia, y

los deponia segun su voluntad; él disponia de todos los caudales de la órden, podia imponer á los miembros de la compañia las cuotas que juzgase necesarias y darles la aplicacion que mas le acomodase; y todos sus subordinados le debian ciega obediencia como si fuese el mismo Jesus. Esta institucion altamente monárquica debia por precision imprimir su índole á todos los individuos de la compañia, y efectivamente en los anales del género humano no hay otro ejemplo de tan puro despotismo.

La constitucion de esta órden al poner en manos de su general un poder tan absoluto, proveyó igualmente los medios de informarle del carácter y cualidades de todos los religiosos; y efectivamente todos los medios imaginables se ponian en práctica para sondear en lo mas recóndito de los corazones.

Como el principal objeto de los Jesuitas consistia en trabajar con infatigable ardor por la salvacion de las almas, siempre han mirado como uno de sus principales ejercicios la educacion de la juventud. La oposicion que los colegios dirigidos por Jesuitas siempre han tenido por parte de las universidades, les puso en necesidad de superar á sus rivales en ciencia y saber, por lo que se dedicaron con infatigable ardor al estudio de la literatura antigua. Inventaron varios métodos para facilitar la instruccion de la juventud, y han sacado un sin número de escelentes escritores. Sus talentos les proporcionaron los destinos de

directores y confesores de personas de distincion. Los directores de la órden supieron aprovechar todas las circunstancias que podian engrandecerlos; y facil es conocer las inmensas ventajas que una compañia de hombres tan activos, ardorosos é inteligentes, podian sacar de todas las ocasiones. Formaban la inteligencia de los hombres, gobernaron en diversos tiempos las primeras monarquias de Europa, tomaron parte en todas las intrigas y revoluciones, y á merced de su influencia llegó esta orden á un grado de esplendor y riqueza imponderables.

Su importancia se acrecentó en gran manera por medio de los misioneros que envió al nuevo mundo. Logró de la Santa Sede el permiso especial de comerciar con las naciones que tenia la mision de convertir al cristianismo, y en consecuencia sostuvo un comercio muy lucrativo con las indias Orientales y Occidentales, llegando hasta adquirir el dominio de una grande y fértil provincia de la América meridional, donde ejerció un poder soberano sobre millares de vasallos.

La disciplina que observaba la compañia para formar sus individuos era toda encaminada á presentarles el interés de la órden como el principal objeto á que debian posponer toda consideracion. Esta escesiva aficion á la órden, es la índole característica de los Jesuitas, y sirve para esplicar el espíritu de su política y de sus principios: ellos aprobaban un sistema de moral suelta y relajada, y autorizaban casi todos los actos vedados; siem-

pre han tendido á ensalzar toda potestad eclesiástica en menoscabo de la civil; han reconocido al papa una supremacia absoluta, y para sostenerla han combatido constantemente toda opinion reformadora, haciendo cruda guerra á los protestantes.

Entre los lastimeros efectos de la institucion de esta sociedad, preciso es confesar que el linage humano ha logrado con ella beneficios importantes, tanto por lo que respecto á la ilustracion general, como por la civilizacion que introdujeron en el Nuevo Mundo por medio de sus misioneros, particularmente en la provincia de Paraguay, donde puede decirse que convirtieron unos salvages dispersos en aquellos paises sin ideas de sociabilidad, en hombres civilizados dignos de formar un estado floreciente.

Todo este ascendiente no llegó á tomarle la órden de los Jesuitas sino despues del reinado de Cárlos Quinto; pero hemos creido que se leerán con interés los detalles sobre una institucion que tuvo orígen en la era que nos ocupa.

(1541) Apenas hubo Cárlos sosegado los Paises Bajos, que se vió precisado á ocuparse de los asuntos de Alemania. Para contentar á los protestantes alemanes, concedió la autorizacion para celebrar la conferencia que debian tener algunos teólogos escogidos de ambos partidos, segun se habia estipulado en el convenio de Francfort. Principió esta conferencia en una dieta que se reunió en Worms, donde Melanch-

ten por una parte, y Eckius por la otra fueron los principales oradores; pero fué interrumpida por órden del Emperador, queriendo que se principiase de nuevo con mayor solemnidad en su presencia, á cuyo efecto convocó una dieta en Ratisbona. Abrióse efectivamente la asamblea con toda magnificencia, y todos esperaban una discusion muy acalorada y un resultado definitivo; pero ningun fruto produjo la disputa, y el Emperador quedó convencido que todos sus conatos serian infructuosos. Deseando sin embargo terminar pronto la dieta, logró inducir la mayoria de sus miembros á aprobar la siguiente resolucion: que los artículos sobre los cuales no habian podido entenderse se remitirian á la decision de un concilio general, y en el caso de que este no pudiese tener lugar, á un sínodo nacional que se celebraria en Alemania, ó bien á una dieta general del Imperio. El Papa quedó descontento de todas las operaciones de esta dieta, en particular de estas últimas conclusiones; y los protestantes por su parte tambien se quejaban altamente, en términos que para sosegarlos les concedió el Emperador todos los privilegios que reclamaron.

Forzábale á ser tan indulgente el estado de sus negocios, pues preveia una nueva guerra con Francia, y no queria chocar con los protestantes por temor de que se declarasen á favor de Francisco; y por otra parte apremiábanle los progresos que los Turcos hacian en Hungría.

Luego de haberse cerrado la dieta, vivamente poseido el Emperador del proyecto de espedicion contra Argel que habia concebido, partió para Italia, y fué velozmente á reunirse con su ejército y escuadra. Continuaba Argel bajo la dependencia del imperio turco en que la habia puesto Barbaroja; y desde que este mandaba la escuadra otomana en calidad de capitan bajá, gobernaba en Argel un eunuco renegado llamado Hassan-Aga, que habiendo pasado por todos los grados sirviendo á los piratas, habia adquirido mucha esperiencia en la guerra, y continuaba con admirable actividad las correrias y robos de Barbaroja en perjuicio de todos los Estados cristianos. Con el intento de dar nuevo lustre á su última campaña de Africa, dispuso el Emperador al partir para los Paises Bajos el armamento de una escuadra y levantamiento de un ejército con destino á la referida empresa. Las observaciones que le hicieron sus capitanes y las súplicas de Doria, para que no espusiese la escuadra á una destruccion casi inevitable, no fueron de ningun efecto para hacerle variar de resolucion. Embarcose en Porto Vénere del territorio de Génova, y no estaba aun muy distante de la tierra cuando se levantó una tempestad horrenda, logrando solo á través de mil riesgos apostar en Cerdeña, que era el punto de reunion de la escuadra. No fueron parte estos peligros para que desistiera de su intento, y la verdad no es de estrañar viéndose al frente

de un ejército de veinte mil hombres de tropas veteranas, la flor de la nobleza española é italiana, y mil soldados enviados por la órden de Malta y guiados por quinientos de sus mas denodados caballeros.

Tambien tuvo que vencer muchas dificultades el ejército ántes de llegar á la costa africana; pero finalmente pudo Cárlos poner en tierra toda la espedicion. Al instante se puso en marcha para Argel; y si bien no contaba Hassan para resistirle mas que con ochocientos Turcos y cinco mil moros, no por ello dejó de dar una contestacion altiva y osada á la intimacion que se le hizo de rendirse. Empero no hubiera podido sostenerse mucho tiempo contra todas las fuerzas que tenia encima; mas cuando el Emperador se contaba mas seguro, vióse espuesto de improviso á una calamidad contra la cual nada podian la fuerza y prevision humanas: dos dias despues del desembarco levantóse una tormenta espantosa, y como los Imperiales no habian sacado á tierra mas que las armas, viéronse faltos de tiendas y abrigo y á merced del furor de la tempestad; su campo quedó enteramente inundado, por hallarse en terreno bajo; no podian dar un paso sin hundirse en el lodo hasta las rodillas, y soplaba el huracan con tal furia, que para sostenerse tenian que clavar sus lanzas en el suelo y con ellas apoyarse. Al despuntar el dia cargó Hassan con sus soldados frescos y descansados las avanzadas que habian pasado la noche en

Carlos V. en Argel

El Emperador contemplaba en silencio aquel horrible desastre

aquella situacion, y sembró en ellas la confusion y el desórde, teniendo que moverse todo el ejército con el Emperador al frente para repeler al enemigo, que se retiró con buen órden.

El pesar de esta desgracia y primer peligro pronto quedó desvanecido con un espéctaculo mucho mas terrible y deplorable. Era ya muy avanzado el dia, seguía el huracan con toda su furia, veíase el mar agitarse con toda la violencia de que es capaz aquel terrible elemento; los buques de que dependia el sustento y la salvacion del ejército, separados de sus áncoras se estrellaban unos contra otros ó se destrozaban contra los peñascos; muchos de ellos fueron arrojados á la playa, y otros abismados en las aguas, perdiéndose en menos de una hora quince navios de guerra y ciento sesenta transportes, con ochocientos hombres que estaban á bordo, que perecieron ahogados ó asesinados por los Arabes al momento de llegar á tierra. El Emperador contemplaba en silencio aquel horrible desastre, embargado de asombro y dolor; veia tragadas por las olas sus municiones de guerra y las provisiones con que se habian de mantener sus tropas; todas sus esperanzas desaparecian. Calmóse por fin la tormenta; la noche fué muy oscura, y ningun aviso pudieron hacer llegar los comandantes de los buques á las tropas que estaban en tierra. Cuando fué de dia, pudo alcanzar la playa un barco que el almirante Doria habia enviado para hacer saber que

él se habia salvado de la tempestad, la mas tremenda que hubiese visto en cincuenta años que tenia de navegacion, y ademas que se habia visto en la necesidad de retirarse al abrigo del cabo de Matafuz con sus buques destrozados. Como el cielo seguia amenazando tempestad, Doria aconsejaba al Emperador que con toda prisa marchase hácia aquel cabo, que era el sitio mas cómodo para volver á embarcar las tropas.

Estaban agotadas las provisiones, y no obstante las dificultades que se ofrecian para que el ejército pudiese sostener cuatro dias de marcha, estenuados como se hallaban los soldados, no habia otro partido que tomar sino el de la retirada. Mandó pues Cárlos á las tropas que se pusiesen en marcha; los heridos y enfermos se colocaron al centro, y los que parecian mas robustos al frente y á retaguardia. Entonces fué cuando se sintió con mas crueldad el efecto de males que habian padecido: unos ya no podian sostener mas sus armas; otros rendidos por una marcha tan trabajosa caian y allí mismo quedaban muertos; muchos murieron de hambre; pues el ejército no tenia para mantenerse mas que raices, semillas silvestres y la carne de los caballos que hacía matar el Emperador y distribuir á las tropas; un buen número se ahogaron en los torrentes engrosados que habia necesidad de vadear con agua hasta el cuello; muchos mas murieron en manos del enemigo, que

no cesaba de hostigarlos dia y noche. En fin los residuos de un ejército tan brillante llegaron á Metafuz, donde hallaron abundantes víveres y recobraron la esperanza de verse pronto en seguridad.

En esta terrible série de desgracias, Cárlos fué admirable por su fortaleza, su constancia, su alma grande, su valor y su humanidad. Soportaba las mayores fatigas como el último soldado del ejército; esponia su persona do quier el peligro era mas grande; visitaba los enfermos, y alentaba á todos con sus palabras y ejemplo. Al tiempo de embarcarse el ejército, permaneció en la playa con los últimos, á pesar de que un cuerpo de Arabes amagaba á cada instante cargar la retaguardia. Así reparó en cierto modo con sus virtudes la presuncion y tenacidad que le hicieron emprender una espedicion tan funesta á sus vasallos.

Todavía no terminó aquí la serie de sus desgracias; pues no bien estuvieron embarcadas todas las tropas, se levantó otra tempestad que dispersó todos los buques, y el mismo Emperador al través de mil peligros tuvo que arribar en el puerto de Bregia en Africa, donde los vientos contrarios le detuvieron algunas semanas. Llegó por fin á España en muy diferente estado del que volvió despues de su primera espedicion á Berbería.

LIBRO VII.

Asesinato de los embajadores franceses. — Pone Francia en campaña cinco ejércitos. — Alianza de Cárlos Quinto y Enrique VIII. — Tratos de Francisco con Soliman. — Se apodera el Emperador del ducado de Cleves. — Sitio de Landrecies. — Desembarco de Barbaroja en Italia. — Dieta de Spire. — Plan de Cárlos y Enrique contra Francia. — Los Franceses sitian á Cariñan en Piamonte. — Batalla de Cerisola. — El Emperador entra en Champaña. — Enrique VIII cerca á Bolonia. — Toma de San Dizier. — Tratado de Crespy. — Convocacion del concilio de Trento. — Dieta de Womrs. — Muerte del duque de Orleans. — Apertura del concilio de Trento. — Junta de los protestantes en Francfort. — Cesan las conferencias.

Grandes fueron las pérdidas que sufrió el Emperador en su malograda espedicion contra los Argelinos, y la voz pública no dejó de abultarlas mas y mas. Aprovechóse Francisco de este descalabro para principiar las hostilidades, aunque no juzgó prudente dar por motivo de esta resolucion ni sus antiguas pretensiones al

ducado de Milan, ni la promesa de restituirle que tantas veces violara el Emperador. Un general del imperio le ofreció un pretesto mas plausible para acudir á las armas, con un atentado que no podia dejar de escitar su cólera aun cuando hubiese sido tan partidario de la paz como lo era de la guerra. Habia continuado Francisco I las relaciones con Soliman, á quien envió como embajadores á Rincon y Fregoso, con encargo de pasar por Venecia á fin de procurar que esta república entrase en una liga contra el Emperador. El gobernador del Milanesado marques del Vasto, capitan de mucha inteligencia, pero capaz de cometer toda suerte de violencias, tuvo noticia de la mision de dichos embajadores, y con el intento de saber de un modo positivo las intenciones del rey de Francia, apostó algunos soldados que sorprendieron á Rincon y Fregoso en el acto de embarcarse en el Po, los asesinaron y se apoderaron de sus papeles. Cuando Francisco supo este atentado, acusó abiertamente al del Vasto, que por mas osado que fuese en disculparse de aquel crímen, tuvo que cargar con toda su odiosidad sin haber sacado de él fruto alguno, pues los embajadores habian dejado tras sí sus instrucciones y papeles. El rey de Francia envió un mensage al Emperador pidiéndole satisfaccion de un insulto que ningun soberano, por vil y cobarde que fuese, podria tolerar con paciencia; pero hallándose Cárlos á la sazon preocupado de partir pronto al Africa, pro-

curó eludir las reclamaciones de Francisco con respuestas ambiguas, visto lo cual éste acudió á todas las cortes de Europa manifestando la atrocidad del agravio, la moderacion de su conducta y la injusticia del Emperador que parecia despreciar sus quejas.

Sin embargo, por justa que fuese su causa, y á pesar de tener el apoyo del Sultan, trató Francisco de buscar otros aliados, pero sacó muy poco fruto de sus negociaciones. Con su actividad suplió á los medios que le faltaban, formando cinco ejércitos: uno para obrar en Luxemburgo á las órdenes del duque de Orleans, secundado por el de Lorena; otro que se dirigió á las fronteras de España al mando del Delfin; otro con destino al Brabante, acaudillado por Van-Rossen mariscal de Güelores; otro para guarnecer los confines de Flandes, con el duque de Vendoma por general; y el último, compuesto de las tropas acantonadas en Piamonte, bajo la direccion del almirante Annibaut. El ejército del Delfin ascendia á cuarenta mil hombres, y el de su hermano á treinta mil.

(1542) Casi á un mismo tiempo entraron en Campaña los dos príncipes, poniendo cerco al Delfin á Perpiñan, capital del Rosellon, y entrando en Luxemburgo el duque de Orleans. Este último consiguió en un principio muy señalados triunfos, en términos que en todo aquel vasto ducado no conservaba Cárlos mas que

Thionvilles, cuando se esparció la voz que el Emperador quería aventurar una batalla para libertar á Perpiñan; de improviso abandonó el duque sus conquistas, impulsado por el ardor juvenil, ó tal vez por la ojeriza y envidia que tenia á su hermano, y marchó precipitadamente hácia el Rosellon á fin de participar del honor de la victoria. Faltando él se desbandaron sus tropas, y no tan solo se desvaneció la hermosa perspectiva que presentaba una campaña tan bien empezada, sino que ántes de que concluyera el verano recobró el enemigo todo lo que habia perdido. Perpiñan estaba mal fortificado, pero Doria le habia bien provisto de municiones y vituallas, y defendiale el duque de Alba de inflexible pecho; los Franceses, trabajados por las enfermedades y pérdidas que tuvieron en varios malogrados asaltos, se vieron precisados á retirarse, sin que Francisco reportase fruto alguno de aquel ataque cuyos preparativos tantos afanes y gastos le costáran.

(1543) Aunque estenuados por tan inútiles conatos, ni el Emperador ni el rey de Francia sentian amainar su mutua animosidad; cada cual por su parte ponia en juego toda su maña y vigilancia á fin de grangearse nuevos aliados que pudiesen darle superioridad en la prócsima campaña. Cárlos obtuvo algunos subsidios de las cortes de España, casó á su hijo con la hija del rey de Portugal, que le dió una dote digna del monarca mas rico de Europa, y consiguió hacer

liga contra Francia con el rey Enrique de Inglaterra.

Por su parte Francisco habia enviado á Soliman otro embajador llamado Paulin, capitan de infanteria, que se mostró digno de la confianza que en él se depositára, pues indujo al sultan á aprestar sus armas contra el Emperador no obstante la oposicion de su divan. Barbaroja tuvo órden de embarcarse con una poderosa armada, y de encaminar todas sus operaciones con las del rey de Francia. No tuvo tan feliz resultado este monarca cerca de los príncipes del Imperio que de él se habian separado con motivo de la severidad con que castigó á los súbditos suyos que habian abrazado la religion protestante.

Dirigiendo Francisco todas sus fuerzas á los Paises Bajos, sostuvo allí la guerra con ventaja hasta que se presentó el enemigo: apoderóse de Landrecies, cuya plaza mandó fortificar con gran cuidado, por ser la llave del pais de Hainaut. Torciendo desde allí á la derecha, entró en el ducado de Luxemburgo, que halló indefenso como el año precedente. En tanto reunió el Emperador un ejército compuesto de tropas de todos los Estados de su señorio, entró en territorio del duque de Claves, que habia hecho alianza con Francisco I; ganó á Duren por asalto, la incendió y pasó á cuchillo sus habitantes. Este ejemplar terrible llenó de terror las demas poblaciones fortificadas, que al instante se rin-

dieron, y el Emperador despues de haber humillado al duque le devolvió sus Estados, y hasta le dió en matrimonio á una hija de su hermano Fernando.

Despues de sujetado el ducado de Cleves, avanzó el Emperador en el Hainaut y puso cerco á Landrecies, que se defendia obstinadamente; acudió Francisco para darle ayuda, y el mismo Carlos protejia el sitio, de modo que todos esperaban una accion decisiva, y ambos reyes estaban resueltos á aventurarla; pero los dos campos estaban dispuestos de modo que la desventaja hubiera sido para aquel que hubiese atacado primero, y ni el uno ni el otro quisieron arriesgarse á ello. Con todo, logró Francisco introducir víveres en la ciudad y hacer levantar el sitio.

En este tiempo entró Soliman en Hungria con un ejército numeroso, y sometió casi todo este reino sin hallar apenas resistencia; y Barbaroja siguió las costas de Calabria, é hizo un desembarco en Reggio, cuya ciudad saqueó y quemó. Desde allí avanzó este último hasta el embocadero del Tiber donde se proveyó de agua, y causó un tal espanto á los Romanos, que abandonaron la ciudad con la mayor precipitacion; reunióse con la suya una escuadra francesa, y juntas se dirigieron á Niza, postrer asilo del rey de Saboya. El castillo de esta ciudad se defendió con tal teson, que Turcos y Franceses hubieron de reti-

rarse á la llegada de grandes refuerzos que tuvieron tiempo de acudir, sin que Francisco sacase fruto alguno del escándalo que movió en toda la cristiandad enlazando los lises de Francia con la media luna de Mahoma para atacar la cruz de Saboya.

(1544) Enconábase mas y mas el rencor personal que animaba el uno contra el otro á los dos príncipes rivales, y no bien les habia obligado el mal tiempo á suspender las hostilidades, cuando ya principiaban á preparar la siguiente campaña. Seguia el Emperador contemplando con los protestantes de Alemania á fin de obtener de ellos apoyo contra Francia; convocó en Spire una dieta en que habló mucho contra Francisco, echándole en cara su alianza con los enemigos del cristianismo, y concluyó pidiendo á la junta ausilios contra él. Para el mejor écsito de estas demandas, concedió á los príncipes del Imperio todo cuanto deseáran para mejor asegurar la libertad de su culto reformado; y movidos ellos por estos actos de deferencia, otorgaron á Cárlos un cuerpo de veinte y cuatro mil hombres y cuatro mil caballos, pagados y mantenidos durante seis meses por la confederacion. Asimismo impuso la dieta á toda Alemania una cuota por cabeza sin escepcion alguna, para subvenir á los gastos de la guerra contra Turcos.

En el entretanto negociaba el Emperador con el rey de Dinamarca con el objeto de separarle de la alianza que habia hecho con Francia, y asi-

mismo trabajaba á fin de que Enrique VIII hiciese los últimos esfuerzos contra Francisco. A este monarca le halló á no poder mas dispuesto á favor de sus proyectos, furioso como estaba porque la Francia le impedia reunir en su cabeza las dos coronas de Inglaterra y Escocia; asi fué que prometió á Cárlos darle ayuda, y ambos reyes concertaron entrar en Francia con veinte mil hombres cada uno, y sin entretenerse en sitiar las plazas fronterizas penetrar en el interior del reino y reunir sus fuerzas cerca de Paris.

Francisco se quedaba solo contra tantos enemigos como le suscitaba Cárlos, siendo Soliman el único que no le hubiese abandonado; pero esta alianza le hiciera tan odioso á toda la cristiandad, que mas prefirió perder las ventajas que ella podia procurarle que ser por mas tiempo el objeto del odio y la ecsecracion general. En consecuencia, despidió á Barbaroja á la entrada del invierno, quien de regreso á Constantinopla taló las costas de Toscana y las de Nápoles. Conociendo Francisco que sus fuerzas eran inferiores á las de su rival, quiso suplir á ellas por medio de la celeridad, anticipándose en abrir la campaña. En cuanto asomó la primavera el conde de Enghieu puso cerco á Cariñan ciudad del Piamonte, de la que se apoderó el marques de Vasto el primer año de la guerra, y la fortificó á mucha costa por juzgarla muy importante. El conde llevó el sitio con tal calor y aprieto, que Vasto para conservar su preciosa conquista no

vió mas camino que aventurar una batalla con los Franceses; á cuyo fin acudió de Milan sin ocultar en manera alguna su proyecto, que pronto llegó á noticia del enemigo. Enghieu á fuer de jóven, emprendedor y valeroso, deseaba con ardor, probar fortuna en un combate, y sus tropas tenian el mismo anhelo; pero enfrenado el rey por la crítica situacion de sus cosas, y escarmentado por sus pasados descalabros, habia atado las manos al príncipe prohibiéndole espresamente arriesgarse en alguna accion general. Sin embargo, no quiso este abandonar Cariñan en ocasion en que estaba á punto de rendirse, y estimulado por el deseo de señalarse con algun hecho brillante, despachó á Monluc para la corte á fin de hacer presente al rey las ventajas que podrian esperarse de una batalla y la esperanza que tenia de triunfar. Francisco sujetó este asunto á la deliberacion de su consejo, cuyos ministros votaron todos sucesivamente contra la batalla, apoyando sus dictámenes con razones de mucho peso. Monluc se hallaba presente en la deliberacion, y quedó tan descontento de lo que oyó, mostrando al mismo tiempo tal impaciencia por hablar, que notando el rey sus gestos y ademanes, le llamó para pedirle que era lo que podia decir en contra de un parecer tan general y tan cuerdo; él, aunque simple soldado, pero vivo y de mucho valor, manifestó el buen estado de las tropas, el ardor que tenian por llegar á las manos con el enemigo, la confianza

que en sus gefes tenian, y finalmente el eterno baldon de que se cubrieran los ejércitos franceses con rehusar una batalla. Estas razones fueron dichas con un calor tan natural, y una elocuencia militar tan veloz, que arrastraron no tan solo al rey que ya de suyo era inclinado á los golpes atrevidos, sino tambien á varios miembros del consejo. Poseido Francisco del mismo entusiasmo que animaba sus tropas, quedó conmovido, y levantando al cielo sus manos, le dijo á Monluc: «Id, volved á Piamonte, y pelead en nombre de Dios.»

En cuanto se divulgó esta respuesta del monarca, un ardor marcial se apoderó de la nobleza, y la corte quedó desierta; todos los que podian servir ó querian señalarse, marcharon voluntariamente hácia Piamonte para participar de los peligros ó la gloria de una accion general. Alentado Enghieu con la llegada de tantos valientes oficiales, aprestóse desde luego para la batalla, que aceptó del Vasto. La caballeria era á corta diferencia igual en los dos bandos, pero la infanteria de los Imperiales superaba por lo ménos de diez mil hombres á la de los Franceses. Encontráronse cerca de Cerisoles, en un llano despejado que no daba ventajas ningun partido, donde los ejércitos pudieran cómodamente formarse en batalla. El primer choque fué cual era de esperar de tropas veteranas, obstinadas y valientes: cargó la caballeria francesa con el ímpetu que acostumbra arrollando,

todo lo que se le oponia; pero la disciplina y valor de la infanteria española habiendo hecho cejar el cuerpo que tenia al frente, quedó incierta la victoria, pronta á declararse á favor del general que mas habilidad tuviera en aquel lance crítico. Como del Vasto se hallase mezclado con los soldados desbandados, y temiese en el caso de caer prisionero en manos de Franceses que vengáran en su persona el asesinato de Rincon y Fregoso, faltóle la serenidad, y descuidó el mandar avanzar su cuerpo de reserva. Por su parte Enghieu con valor y prudencia admirables sostuvo al frente de sus hombres de armas las tropas que habian principiado á retirarse. Mandó al mismo tiempo á su cuerpo de Suizos, que tenian fama de invencibles, que atacasen de frente á los Españoles; cuyo momento fué decisivo, pues ya en adelante no se vió mas que confusion y matanza. El marques del Vasto recibió una herida en el muslo, y solo se salvó por la velocidad de su caballo. Esta victoria de los Franceses fué completa: murieron diez mil Imperiales, y muchísimos quedaron prisioneros, cayendo en poder del vencedor las tiendas, bagage y artilleria, sin tener por su parte mas pérdida que la de un corto número de soldados y entre estos no hubo oficial alguno de distincion.

Esta brillante jornada libró á los franceses de un peligro inminente, pero no produjo las ventajas que podian prometerse, porque tuvo Fran-

cisco que llamar á Francia doce mil hombres de los mas aguerridos, para defender el reino contra los ataques del Emperador y el rey de Inglaterra, que iban á entrar por diferentes puntos de la frontera, con fuerzas superiores. Así pues, todo el fruto que sacaron de la victoria de Cerisoles se redujo á la toma de Cariñan y algunas otras plazas de Piamonte.

Presentóse el Emperador á primeros de junio al frente de un poderoso ejército que entró por Champaña. Túvose la mira de quitar y destruir todas las provisiones que habia en esta provincia, por lo que el Emperador se vió en la necesidad de apoderarse de algunas fortalezas, y lo hizo sin gran dificultad de Ligny y Commercy, poniendo sitio á San Dizier; cuya plaza, sin embargo de hallarse en mal estado, querian los Franceses defender hasta el estremo, al paso que el Emperador se obstinó en ganarla con mas temeridad que prudencia. Viendo Enrique VIII que su aliado se ocupaba en ganar ciudades por su cuenta, si bien habian concertado marchar directamente sobre Paris, quiso seguir su ejemplo, y cercó á Bolonia y Montrenil.

Rindióse por fin San Dizier despues de una muy gloriosa resistencia, y adelantóse el Emperador hasta la distancia de dos jornadas de Paris; pero falto de víveres, y no atreviéndose á atacar plaza alguna por tener atropelladas las tropas, convino en tratar de la paz, que quedó concluida en Crespy, cerca de Meaux. Convínose

que se devolverían recíprocamente todas las conquistas hechas despues del tratado de Niza; el Emperador daría en matrimonio al duque de Orleans su hija mayor con la soberanía de los Paises Bajos, ó la hija segunda de su hermano Fernando con la investidura del ducado de Milán, y ambos monarcas harian junto la guerra contra Turcos. Ademas de la estenuacion de sus tropas, inclinóse á la paz el Emperador á causa del descontento del Papa por su alianza con Enrique de Inglaterra y las concesiones que hizo á los protestantes, lo que le disponia á sublevar la Italia á favor de los Franceses; finalmente conocia aquel la necesidad de obrar con energia contra los protestantes, que amenazaban reducir su autoridad en Alemania á un simple título honorífico, y no le era dado intentar cosa alguna por esta parte en tanto que le ocupase la guerra de Francia.

Seguia la lucha con Enrique VIII, quien se habia apoderado de Bolonia, y las condiciones que proponia para la paz eran inadmisibles. Por otra parte el Delfin protestó secretamente contra el tratado de Crespy, por parecerle firmado con el solo fin de dar un establecimiento á su hermano, pues el Emperador declaró la intencion que tenia de dar al duque de Orleans la hija de Fernando con el ducado de Milán.

(1545) En estas circunstancias, publicó el Papa una bula para convocar la reunion de un concilio general en Trento, á la entrada de la

primavera. En el mes de marzo tuvo lugar en Worms la apertura de la dieta imperial, que el Emperador procuró se ocupase principalmente de los progresos de los Turcos y medios para contrastarlos; pero el principal objeto que llevaban los protestantes era obtener de un modo positivo y sólido la libertad de conciencia de que no gozaba todavia sino como por tolerancia, y declararon que no coadyuvarian á repeler al comun enemigo sino cuando tuviesen plena seguridad sobre aquel punto. Tambien se negaron á reconocer la autoridad del concilio convocado por el Papa, sin que ninguno se mostrase á favor de los deseos de Cárlos Quinto mas que Mauricio de Sajonia, que no obstante su adhesion á la reforma, no quiso formar parte de la liga de Smalkalde para conciliarse el favor del César. Viendo Cárlos que nada conseguiria de los demas príncipes, y no hallándose en disposicion de reducirlos por la fuerza, aplazó la solucion de estas cuestiones otra dieta que convocó para tener lugar en Ratisbona al principio del año siguiente. Pronunciόse al mismo tiempo energicamente contra el arzobispo de Colonia, que queria introducir la reforma en su diócesis; persiguió el luteranismo en los Paises Bajos, y entabló tratos de paz con la Puerta: cuyos síntomas observaron los protestantes alemanes, quienes empezaron á alarmarse de nuevo y á vigilar con recelo los proyectos del Emperador.

Un acontecimiento inesperado vino á sacar de

apúros á Cárlos, pues á pesar de todo su talento no hubiera podido salir del compromiso contraido sobre el matrimonio de la hija de Fernando con el duque de Orleans, murió éste de resultas de una calentura maligna poco antes de verificar dicho enlace y tomar posesion del Milanesado. En vano reclamó Erancisco una compensacion por lo que perdia con la muerte de su hijo, pues Cárlos se atuvo á la letra del tratado de Crespy, y como el rey de Francia estaba ocupado en la guerra con el inglés, tuvo que disimular su encono.

Turbóse en aquella época la paz de Alemania con una repentina invasion del duque de Brunswick, que habiendo levantado soldados en Alemania so pretesto de llevarlos al rey de Francia, los condujo á conquistar su propio reino que estaba secuestrado en poder del Emperador. Mas no le salió bien al duque esta perfidia, pues fué derrotado, y reducido á prision.

(1546) La apertura del concilio general tuvo lugar en Trento con todas las solemnidades de costumbre, despues de haber sido prorrogado mucho tiempo á consecuencia de las disensiones que se originaron entre el Papa y el Emperador. La primera sesion se pasó en meras formalidades, y en la segunda se acordó que lo mas urgente era formular una confesion en que se consignasen todos los artículos cuya creencia queria la Iglesia que fuese obligatoria, y que al mismo tiempo se tratase de la moralidad y dis-

ciplina del clero. Luego que los confederados de Smalkalde supieron la apertura del concilio, publicaron una nueva y difusa protesta contra su reunion, declinando su jurisdiccion. Alarmados ademas por los proyectos que suponian al Emperador, juntáronse en Francfort, y reconocieron unánimes el peligro que les amenazaba, aunque disentian en cuanto á lo que debian hacer para conjurarle: querian unos aliarse con Francia ó Inglaterra y otros repudiaban toda alianza con paises de otra creencia religiosa que la que ellos profesaban; el elector de Sajonia y el landgrave eran los gefes de estas dos opiniones en que se dividieron los confederados. A poco principiaron las conferencias que se habian pactado en Worms; pero los protestantes las rompieron en vista de los reglamentos que habia prescrito Cárlos para seguir esta controversia, convencidos de que el Emperador no trataba mas que de entretenerlos y ganar tiempo para dejar que maduráran sus proyectos.

LIBRO VIII.

Muerte de Lutero. — Actos del concilio contra los protestantes. — Cárlos se prepara para empezar contra ellos las hostilidades. — Sus treguas con Soliman. — Recelos de los protestantes. — Tratado del Emperador con el Papa. — Los protestantes se ponen en estado de defensa. — Levantan un ejército. — El Emperador proscribe á los dos gefes de la liga. — No acepta la batalla que le presenta el ejército protestante. — Estado de los dos ejércitos. — Proyectos de Mauricio de Sajonia. — Apodérase del electorado de Sajonia. — Separacion de las tropas confederadas. — El elector de Sajonia recobra sus Estados. — Conspiracion de Fiesco en Génova. — Suspende el Emperador sus operaciones en Alemania.

Mientras que la Iglesia romana juntaba en Trento todas sus fuerzas, sufriendo las de los protestantes una pérdida muy grande con la muerte de Lutero, que tuvo lugar en la misma ciudad de Isbele, donde habia nacido, en la noche del 17 al 18 de febrero de 1544. Los condes de Mansfeld le habian llamado para resolver

unas diferencias que tenian sobre reparticion de su hacienda, y despues de haber predicado allí mismo tres ó cuatro veces, falleció de edad de sesenta y tres años. Destinado á operar una de las mayores y mas importantes revoluciones de que haga mencion la historia, jamas hombre alguno fué descrito con tan contrarios colores, y las opiniones que en vida suya se formaron en cuanto á su carácter, es lo mas estremado que pueda imaginarse.

Al entretanto el concilio, aunque compuesto de un corto número de prelados españoles é italianos, tomaba en materia de fé decisiones contra la doctrina de Lutero. El Papa por su parte, en vista de la apelacion de los canónigos de Colonia contra su arzobispo, declaró á este convicto de heregía, y publicó una bula privándole de sus dignidades eclesiásticas, escomulgándole, y relevando á sus súbditos del juramento de fidelidad que le debian como príncipe temporal. Entonces salieron los protestantes furiosos de la falsa seguridad en que estaban, y Cárlos que acababa de concluir la paz con Soliman, conoció que era ya ocasion de pronunciarse á favor de Roma ó de la reforma. Habiendo resuelto obrar vigorosamente contra los heréticos, formó una alianza con el Papa, levantó tropas en los Paises Bajos, y advirtió á Juan y Alberto de Brandeburgo que el momento habia llegado de humillar la liga de Smalkalde y trabajar por libertar á su aliado Enrique de Brunswick.

Los principales Estados protestantes se aprestaron activamente á la guerra, y organizaron el contingente á que se habian obligado. A pesar de la defeccion de algunos príncipes ganados por el Emperador, los protestantes pusieron en pie un ejército de setenta mil hombres de infanteria y quince mil de á caballo, con ciento y veinte cañones, ochocientos carros de municiones, ocho mil acémilas y seis mil gastadores.

No se hallaba el Emperador en estado de contrastar tamañas fuerzas, y felizmente para él no supieron los protestantes prevalerse de la ventaja que le llevaban. Entablaron negociaciones, publicaron manifiestos, y en tanto Cárlos se puso sobre sí y dió un decreto de proscripcion contra el elector de Sajonia y el landgrave de Hesse gefes de la confederacion, y contra todos los que les diesen ayuda. En virtud de esta sentencia, que es la mas rigorosa que en el derecho público de Alemania se haya pronunciado contra los traidores ó enemigos de la patria, fueron declarados rebeldes y proscritos, sus bienes confiscados, sus vasallos absueltos del juramento de fidelidad, y finalmente, no solo se autorizó sino que se ofreció loa y recompensa al que invadiese su territorio.

Despues de haber perdido toda esperanza de avenencia, enviaron los confederados un heraldo al campo imperial para declarar la guerra á Cárlos; pero en cuanto principiaron las operaciones,

conocieron la falta que habian cometido dividiendo el mando de su ejército entre el elector y el landgrave. Muy contrarios eran estos dos hombres tanto en el modo de pensar como en el carácter, por lo cual pronto los gefes inferiores dejaron de obedecer á unos comandantes desunidos, y faltando al ejército un agente poderoso para dirigir sus movimientos, su accion fué menguada y sin efecto.

Ningun obstáculo opusieron los confederados á la llegada de los refuerzos que sucesivamente recibió de Italia el Emperador, cuyo ejército ascendió pronto á treinta y seis mil hombres de tropas veteranas, muy aguerridas y disciplinadas. Pero las operaciones de los dos ejércitos no correspondieron con mucho al encono violento de que estaban poseidos los ánimos por una y otra parte. El Emperador habia tomado el cuerdo partido de evitar el combate con enemigos que le aventajaban en número, previendo ademas que un cuerpo que se componia de miembros tan mal ajustados no podia dejar de disolverse. Asi es que se fortificó en un campamento, donde se estuvo quieto apesar de las provocaciones de los confederados, que por repetidas veces fueron á proponerle la batalla. Llególe de los Paises Bajos un poderoso refuerzo con que pudo apoderarse de varias ciudades, pero persistió en rehusar el combate, contando siempre que, no obstante la estenuacion de su propio ejército, la constancia de los confederados se causaria antes

que la suya, y que veria disolverse sus huestes para no rehacerse mas. En tanto, un acontecimiento imprevisto causó una revolucion fatal á los asuntos de los confederados.

Hemos dicho ya que Mauricio de Sajonia se habia grangeado la amistad del Emperador con la deferencia que por él tenia, aunque profesaba la religion reformada. Cuando vió encendida la guerra entre él y los protestantes, creyó que esta circunstancia era favorable para realizar sus proyectos ambiciosos, y no vaciló en tomar partido por el Emperador, formándose entre estos dos príncipes un tratado secreto, en que el monarca prometió á su aliado todos los despojos del elector de Sajonia, dominios y dignidades. Cuando hubo espedido el decreto de proscripcion contra el elector, Cárlos mandó desde luego á Mauricio que invadiese los Estados cuya defensa tenia encargada; y como éste no esperaba mas que una indicacion, al punto entró en el electorado y le sometió enteramente, á escepcion de Wittemberg, Cotha y Eisenach, que no quisieron abrir las puertas.

La noticia de estas rápidas conquistas llegó pronto á los dos campos de Imperiales y confederados; y queriendo el elector marchar á dar ayuda á sus súbditos, dió amagos de disolucion el ejército confederado, y el consejo de príncipes protestantes mandó hacer proposiciones de paz al Emperador. Este presentó condiciones tan duras, que no podian aceptarse; pero con des-

preciarlas, no supieron los protestantes conservar la union que formaba toda su fuerza, y habiendo dividido su ejército, el Emperador se aprovechó de esta falta sometiendo un sin número de plazas importantes sin embargo de hallarse en lo mas crudo del invierno. Los confederados viendo perdida su causa, quisieron á porfia y cada cual de por sí tratar á fin de obtener condiciones mas llevaderas; pero ninguno pudo conseguir un perdon sin condiciones, tratándolos el Emperador con la mayor altivez y sin contemplacion de ninguna especie.

(1547) Luego se presentó con sus fuerzas el elector de Sajonia en las fronteras de sus Estados, y recobrólos con la misma prontitud que los habia perdido; hasta invadió los Estados de Mauricio, y los conquistó á escepcion de Dresde y Leipsik, derrotando ademas un cuerpo de tres mil hombres que el Emperador habia enviado en socorro de su aliado.

No se hallaba el Emperador en disposicion de sostener la guerra contra el elector y el landgrave, pues habia licenciado á los Flamencos, y el Papa, que ya habia llenado todos sus compromisos y no queria coadyuvar al escesivo engrandecimiento del poder imperial, tambien habia retirado sus tropas. Al mismo tiempo tenia Cárlos que atender á una conspiracion que acababa de estallar en Génova.

Si bien la forma de gobierno establecida en Génova despues que Andres Doria hubo dado

libertad á su patria, era á propósito para echar en olvido las primeras disensiones, y fuese recibida en un principio con aplauso universal, con todo los republicanos puros, despues de veinte años de esperiencia, no vieron en ella suficiente garantía á favor de los principios populares. La administracion de los negocios estaba circunscrita en un cierto número de familias nobles, lo que constituia una verdadera aristocracia, y por esto se echaba menos el gobierno popular á que estuvieran acostumbrados. Ni el respeto que infundia la virtud desinteresada de Doria, ni la admiracion que causaban sus talentos, pudieron evitar los recelos y rivalidades que dispertó el ascendiente que él habia tomado en todos los consejos de la república. Preveian los Genoveses que semejante autoridad é influencia, siempre puras en sus manos, serian pronto funestas á la nacion si cayesen en manos de un ciudadano de mas ambicion y menos virtud. Efectivamente, tamaña pretension fué concebida ya con bastante probabilidad de buen écsito por Giannetino Doria, quien con ser el heredero de los bienes de su tio Andres, confiaba serlo al mismo tiempo de su destino. Su carácter altanero, insolente y tiránico, con dificultad hubiera podido tolerarse en el heredero de un trono, y por consiguiente debia ser mucho mas insoportable en el ciudadano de una república; asi los mas avisados Genoveses le temian y odiaban como al enemigo de esa libertad

que tanto querian y de que eran deudores á su tio.

Juan Luis de Fiesco, jóven gentil-hombre dotado de prendas muy señaladas y lleno de ambicion, resolvió aprovecharse de aquella disposicion general de los ánimos para quedarse dueño del poder. Ocultando sus proyectos bajo una apariencia de liviandad y disipacion, urdió una vasta conspiracion, que estalló á un mismo tiempo. El sobrino del dogo fué asesinado, tomáronse por sorpresa todas las guardias de la ciudad, y el triunfo parecia ya seguro para los conspiradores; pero murió su gefe, cayendo al mar luego de haberse apoderado del puerto y las galeras, y ahogándose al instante por el peso de sus armas. Este suceso dispensó en un momento los elementos de rebelion cuyos resortes y medios él solo conocia, y Andres Doria que al principio del tumulto se habia fugado, volvió á la ciudad el mismo dia en medio de las aclamaciones del pueblo, y al punto envió á Cárlos un embajador para informarle de los pormenores de este acontecimiento. Asombrado y sobrecogido á la par quedó el Emperador al saber una empresa tan estraordinaria, pues no podia pensar que los conjurados no fueran sostenidos por alguna potencia estrangera; y lo que mas le movió fué la especie que oyó de que el rey de Francia favorecia aquella tentativa, cuyas sospechas carecian no obstante de todo fundamento. Desde entonces

temió que aquella chispa volviera á propagar el incendio que tantos estragos habia causado en Italia, y esto bastó para que suspendiese sus operaciones en Alemania; y efectivamente, grande hubiera sido su imprudencia marchando en persona contra el elector sin estar seguro de que en Italia no se estaba preparando una revolucion que podria imposibilitarle de sostener aquella lucha con fuerzas suficientes.

LIBRO IX.

Francisco I es envidioso del poder del Emperador. — Temores del Emperador. — Muerte de Francisco. — Su carácter. — Su rivalidad con Cárlos. — Marcha el Emperador contra el elector de Sajonia. — Este queda prisionero. — Sitio de Wittemberg — Tratado de Cárlos con el elector. — Negociaciones con el landgrave. — Severidad de Fernando para con la Bohemia. — Dieta de Ausburgo. — El concilio general se traslada de Trento á Bolonia. — El Emperador se apodera de Plasencia. — Protesta contra el concilio de Bolonia. — Presenta un sistema religioso para que sirva de regla de fé en Alemania. — Emplea rigorosisimos medios para que se ejecute el *Interin*. — Viage de Felipe hijo de Cárlos á los Paises Bajos.

(1547) No se fundaba en imaginarias y frívolas sospechas el recelo que inspiraban al Emperador las disposiciones de guerra del Papa y rey de Francia. Francisco I viera con pesar los rápidos progresos de las armas del Emperador, y temia que su rival alcanzase un grado de poder que le pusiese en el caso de imponer la ley

á toda Europa. A fin de poner una valla á su engrandecimiento, concertó con los gefes de la liga alemana, instó á Soliman para que renovase las hostilidades en Hungría, fomentaba las zozobras que tenia el Papa por ver el poder imperial dominante en Italia, y finalmente negoció con Dinamarca y con los ministros que gobernaban en Inglaterra en nombre de Eduardo IV. Penetró el Emperador todas estas intrigas, y sobresaltóse vivamente al ver la temible coalicion que su infatigable rival parecía á punto de levantar contra él; empero tranquilizábale el considerar el decaimiento progresivo de la salud de Francisco.

No falló en esta ocasion esa fortuna singular que de un modo tan señalado ha asistido á Cárlos y su familia, hasta el punto de apellidarla algunos historiadores *la estrella de la casa de Austria*; pues falleció Francisco I en Ramboyllet el último dia del mes de marzo, á los cincuenta y tres años de edad y treinta y dos de reinado. Durante veinte y ocho años reinó entre este príncipe y el Emperador una animosidad declarada, que envolvió no tan solo á sus propios Estados, sino la mayor parte de Europa, en continuas guerras mas encarnizadas y violentas que todas las que tuvieron lugar los tiempos pasados. Contribuyeron á ello varias circunstancias: la rivalidad de estos príncipes estribaba en una oposicion de intereses, estimulada por la envidia personal y acibarada con recíprocos in-

sultos; al mismo tiempo, si uno de los dos tenia al parecer una ventaja particular que le diese la superioridad, el otro reunia alguna circunstancia favorable que hacia contrapeso á aquella ventaja; si los dominios del Emperador eran mas estensos, los del rey de Francia estaban mas reunidos; Francisco gobernaba su reino con una autoridad absoluta, y Cárlos, si bien la tenia limitada, suplia á ello con su habilidad; si las tropas del primero tenia mas arrojo y osadia, las del segundo eran mas sufridas y disciplinadas. Ecsistia en los talentos de ambos monarcas no ménos diferencia que en las ventajas respectivas de que gozaban, y esta diferencia contribuyó en gran manera á prolongar sus querellas. Tomaba Francisco una resolucion con prontitud, sostenialа con calor en un principio, y proseguia su ejecucion con audacia y actividad; pero carecia de la perseverancia necesaria para superar las dificultades, y muchas veces abandonaba sus proyectos ó los ejecutaba con flojedad, bien sea por liviandad. Cárlos deliberaba á sangre fria y tardaba en resolverse; pero cuando habia tomado una determinacion, seguiala con obstinacion inflecsible, sin que peligros ni obstáculos pudiesen retraerle de llevarla á cabo. La influencia que tuvieron sus genios en sus empresas debió ejercer una diferencia igual en los resultados. La impetuosa actividad de Francisco trastornó muchas veces los planes del Emperador mas cuerdamente formados; y la sangre fria y firme-

za con que Cárlos llevaba adelante sus miradas, detuvo frecuentemente á su rival en medio de su rápida carrera y repelió sus mas vigorosos esfuerzos. Al principio de una guerra ó campaña, caia aquel sobre su enemigo con la violencia de un torrente y arrollaba todo cuanto se le presentaba delante; pero esperando éste para obrar á que las fuerzas de su rival principiasen á menguar, al fin recobraba todo lo que habia perdido, y solia ganar mas todavia. Varios fueron los proyectos de conquista que hiciera el rey de Francia: pero por mas que los principiara con brillo, muy pocos tuvieron un écsito venturoso; al paso que muchas cosas que emprendió el Emperador, tenidas por desapoderadas é impracticables, terminaron con la mayor felicidad. Dejábase deslumbrar Francisco por la brillantez de un proyecto, pero á Cárlos no le seducian sino las ventajas que podia reportarle. Sin embargo, hasta el presente todavía no se ha fijado su mérito y reputacion respectiva por medio de un riguroso ecsámen de sus talentos para el gobierno, ni de una comparacion imparcial de la grandeza y resultado de sus empresas. Francisco es uno de aquellos príncipes cuya fama es superiór á su ingenio y acciones, preferencia dimanada de varias circunstancias reunidas. Era tan manifiesta la superioridad que dió á Cárlos la victoria de Pavía, y que despues conservó hasta el fin de su reinado, que los conatos de Francisco para rebajar el poder enorme y cada dia mayor de su

rival, fueron juzgados por la mayor parte de los demas estados de Europa, no tan solo con la parcialidad que naturalmente inspiran los que sostienen con valor una lucha desigual, sino tambien con el favor que merecia el que atacaba un enemigo comun, y procuraba enfrenar los brios de un soberano igualmente temible para todos los demas. Por otra parte la reputacion de los príncipes, particularmente á los ojos de sus contemporáneos, depende tanto de sus cualidades personales como de su capacidad para el gobierno. Graves y repetidas faltas cometió Francisco, no menos en su conducta política que en su administracion interior; pero fué humano, benéfico y generoso; tenia dignidad en su orgullo, afabilidad sin bajeza, y cortesania sin falsedad; amabánle y respetábanle todos cuantos le trataban, y los hombres de mérito hallaban en él favorable acogida. Fascinados por las cualidades del hombre, olvidaron sus súbditos los defectos del monarca; admirábanle como el caballero mas cumplido del reino, y sometiéronse sin murmurar á unos actos de administracion rigorosa que no hubieran perdonado á un príncipe menos cortesano. Parece sin embargo que semejante admiracion debiera tan solo haber sido momentánea, y acabar con los cortesanos de este monarca, disipándose la ilusion que producian sus virtudes privadas, á los ojos de la posteridad, que debiera juzgar su conducta pública con su acostumbrada imparcialidad; pero este

efecto natural ha sido dominado por otra circunstancia, que ha trasmitido á la posteridad el nombre de Francisco envuelto de una gloria que se ha ido aumentando con el tiempo. Antes de su reinado pocos adelantos habian hecho en Francia las ciencias y artes, pues con dificultad empezaban á salvar los límites de Italia, donde acababan de renacer, sin haber hasta entonces salido de su seno. El las patrocinó, rivalizando con Leon X en calor y magnificencia para fomentar las letras, llamando á su corte á todos los sabios, conversando familiarmente con ellos, empleándolos en los negocios, elevándolos á las dignidades y honrándolos con su confianza. Como los literatos se envanecen de verse tratados con la distincion á que se creen acreedores tanto como están dispuestos á querellarse cuando se les niegan las debidas consideraciones, creyeron que nunca sería demasiada la gratitud que tuviesen á tan generoso protector, y á porfia celebraron sus virtudes y talentos. Los escritores que despues de ellos vinieron adoptaron aquellos elogios, y aun los multiplicaron; y el título de *Padre de las letras* que se diera á Francisco ha bastado para que los historiadores tuviesen por sagrada su memoria, considerando en cierto modo como una impiedad el publicar sus flaquezas y censurar sus faltas. He aquí las causas porque Francisco, con ménos talentos y acierto que Cárlos, goza tal vez de reputacion mas brillante, y porque sus virtudes personales le han

valido mas admiracion y alabanzas que á un rival mas hábil, pero ménos amable, el vasto ingenio y acertada política.

La muerte del rey de Francia produjo un cambio notable en las cosas de Europa. Encanecido el Emperador en el arte de reinar, no le quedaban mas rivales que jóvenes monarcas indignos de medirse con quien habia luchado tanto tiempo con príncipes tales como Enrique VIII y Francisco I. Quedó pues Cárlos libre de cuidados, y vió con satisfaccion que podia principiar ventajosamente contra el elector de Sajonia las operaciones que hasta entonces habia tenido que diferir. Sabia que la capacidad de Enrique II, nuevo rey de Francia, era con mucho inferior á la de su padre, y conocia que pasaria algun tiempo cambiando de ministros, pues odiaba mucho á los antiguos, y satisfaciendo la ambicion de sus favoritos; por lo cual habia poco que temer, ni de sus esfuerzos personales ni de alguna confederacion que formára ese príncipe inesperto.

Como no era fácil prever lo que duraria este plazo de seguridad, resolvió Cárlos aprovecharle desde luego, y en cuanto supo la muerte de Francisco se puso en marcha desde Egra, que cae en las fronteras de Bohemia; pero con la falta de las tropas del Papa y los Flamencos, no le fué dado reunir mas que diez y seis mil hombres, y con tan reducidas fuerzas emprendió una espedicion cuyo resultado habia de determinar el

grado de autoridad que en adelante gozaria en Alemania. Empero el Elector habia perdido la ventaja que podia darle la superioridad numérica, dividiendo sus tropas en varios acantonamientos.

Entró el Emperador en Sajonia por la frontera meridional, y embistió á Altorf situada á orillas del Elster. Allí se vió ya cuan insensata era la táctica del elector, pues las tropas que guarnecian dicha ciudad se rindieron sin resistencia, y las distribuidas en las demas plazas que están entre Altorf y el rio Elba siguieron su ejemplo ó echaron á correr á la llegada de los Imperiales. No dió tiempo Cárlos á los Sajones para volver en si del pánico terror que al parecer los habia sobrecogido, sino que avanzó sin pérdida de momento. Tenia el elector su cuartel general en Meissen, y hallábase en el estado de indecision é incertidumbre que le era natural, y cuanto mas urgente era el peligro y mas prontas resoluciones ecsigia, mas dudoso él se mostraba. Alguna vez dió muestras de querer defender las riberas del Elba, y aventurar una batalla tan pronto como le hubiesen llegado los destacamentos que habia llamado; pero luego, considerando que este partido era temerario y sobrado arriesgado, adoptaba al parecer el dictámen mas prudente de los que le aconsejaban que procurase dilatar la guerra retirándose al abrigo de las fortificaciones de Wittemberg, donde no pudieran atacarle los Imperiales sin mucha des-

ventaja, al paso que allí pudiera aguardar con seguridad los socorros que debian llegarle del Meklemburgo, la Pomerania y las ciudades protestantes del Báltico. Sin adoptar resuelta y definitivamente el uno ó el otro plan, rompió el puente de Meissen, y marchó siguiendo la orilla oriental del Elba hasta Muhlberg, donde volvió á deliberar. Despues de haber estado mucho tiempo vacilando, tomó uno de esos medios mezquinos que siempre prefieren las almas apocadas é incapaces de resolucion y firmeza; dejó un destacamento en Muhlberg para hacer frente á los Imperiales si querian pasar el rio por aquel punto, y siguiendo algunas millas mas allá con su ejército, sentó allí sus reales, esperando lo que aconteciera para resolver lo que habia de obrar.

En el entretanto proseguia Cárlos su marcha sin detenerse, y llegó en la noche del 23 de abril á orillas del Elba enfrente de Muhlberg: tenia el rio en este sitio treinta pasos de ancho y mas de cuatro pies de fondo, la corriente rápida, y la márgen en que estaban los Sajones mucho mas elevada que la que ocupaba el Emperador; cuyos obstáculos no fueron parte para que éste dejára de reunir sus generales, y sin pedirles dictámen les comunicó que habia resuelto pasar el rio al dia siguiente, y atacar al enemigo de quien le alcanzase. Todos sus generales no pudieron ménos que manifestarle la sorpresa que les causaba una resolucion tan

osada, y el mismo duque de Alba, de natural tan atrevido y fogoso, y Mauricio de Sajonia, que tanto deseaba aterrar al elector su rival, reclamaron enérgicamente contra aquel intento; pero Cárlos, no teniendo en cuenta mas que su propio parecer ó confiado en su estrella, dió las órdenes necesarias para la ejecucion de su plan.

Al despuntar el dia un cuerpo de infanteria española é italiana se dirigió hácia el rio, y empezó á romper un fuego sostenido contra el enemigo de la opuesta orilla, á quien causaban mucho estrago los largos y pesados mosquetes que en aquel tiempo se usaban. Muchos soldados imperiales, llevados por el ardor del combate, quisieron pelear de mas de cerca con el enemigo, á cuyo fin se metieron en el rio, y adelantándose, hasta que el agua les llegó al pecho, tiraban con mejor punteria y mucho mas efecto. Al amparo de este fuego de fusileria, principióse á construir un puente de barcas para pasar la infanteria; y habiendo ofrecido un paisano que haria pasar la caballeria por un vado que él sabia, ésta se puso tambien en movimiento. Los Sajones apostados en Muhlberg trataron de estorbar estas operaciones con el fuego bastante nutrido de una bateria que habian levantado; mas como las tierras hondas de las riberas del Elba estaban cubiertas de una espesa niebla, no podian aquellos ajustar sus disparos y causaron muy poco daño á los Imperiales. Por el contrario los Sajones eran muy maltratados por el

fuego de Españoles é Italianos, y ya principiaban á incendiar las barcas que habian reunido cerca del lugar, con intento de retirarse; lo que visto por los Imperiales, desnudáronse al instante diez soldados españoles, y espada en boca se echaron al agua, atravesaron el rio, pusieron en fuga algunos Sajones que querian hacerles cara, y salvaron de las llamas tantos buques como necesitaban para rematar el puente: accion atrevida y feliz que dió nuevo aliento á sus compañeros y llenó de espantó á los enemigos.

Al mismo tiempo todos los ginetes se metieron en el agua, llevando cada uno un infante á la grupa: marchaba delante la caballeria ligera, y seguian los hombres de armas con el Emperador en persona á su frente, montado en un brioso caballo; con riquísimo trage, y llevando en la mano una javalina. Interesante y magnífico era el espectáculo que á los compañeros que dejaban en la orilla presentaban aquellos numerosos cuerpos de caballeria, moviéndose la través de un rio caudaloso, y haciendo varios rodeos segun la direccion que el guia les daba, ora nadando, ora caminando sobre terreno sólido. El valor de aquella gente superó por fin todos los obstáculos; nadie se atrevia á manifestar el mas leve temor viendo que el Emperador partia todos los peligros con el último soldado. Luego que Cárlos hubo llegado á la opuesta orilla, sin aguardar el resto de la infanteria marchó hácia

los Sajones al frente de las tropas que con él habian pasado el rio; las que alentadas por el buen resultado de su empresa, y despreciando un enemigo que no se atreviera á atacarlos cuando podia hacerlo con ventaja, ninguna cuenta tuvieron del número de sus contrarios, y fueron al combate como á una victoria segura.

Mientras duraban todas estas operaciones, en que necesariamente debió pasarse mucho tiempo, permaneció el elector en su campo, sin hacer movimiento alguno; ni siquiera queria creer que el Emperador hubiese pasado el rio y se hallase tan cerca: ceguedad muy estraordinaria, que los historiadores mejor instruidos imputan á perfidia de sus generales, que le llevaron engañado con falsos consejos. Cuando muchos testigos oculares le hubieron por fin convencido de su falso error, dió las órdenes necesarias para retirarse hácia Wittemberg; pero como un ejército aleman suele ir muy embarazado de bagages y tren de artilleria, y no puede ponerse en movimiento con mucha presteza, no bien habia principiado á marchar el del elector, cuando ya se avistaron las tropas ligeras del enemigo, y conoció aquel que era imposible evitar una batalla. Dotado de tanto valor en el obrar como de indecision en el consejo, dió las disposiciones convenientes para el combate con la mayor serenidad y suma prudencia, aprovechándose de un gran bosque para cubrir sus alas, á fin de no dar lugar á que la caballeria enemiga le envolviese,

por ser mucho mas crecida que la suya. Por su parte el Emperador iba formando en batalla sus tropas á medida que llegaban, y recorriendo á caballo las filas ecsortaba á los soldados con breves pero enérgicas palabras á que hiciesen su deber. Muy diversos eran los sentimientos que animaban á los dos ejércitos. Serenóse de repente el cielo, que hasta entonces estuviera sombrío, cuya circunstancia produjo en los dos bandos opuestos una impresion análoga á la disposicion de los ánimos: sobrecogidos y desalentados los Sajones, sintieron ser vistos por los enemigos; al paso que los Imperiales, seguros de que ya no podian escaparles las tropas protestantes, se alegraron de la salida del sol cual si fuera un presagio infalible de victoria. Breve y no dudoso hubiera sido el combate si el valor personal del elector no hubiera reanimado y sostenido el de los Sajones, y sin la actividad que desplegara en cuanto la procsimidad del enemigo le presentó como inevitable una accion general. En un principio rechazaron la caballeria húngara, que rompió el ataque, y recibieron con gran denuedo á los hombres de armas que enseguida cargaron; pero como éstos eran la flor del ejército imperial, y peleaban á la vista del Emperador, tuvieron que cejar los Sajones; en cuyo acto, replegándose las tropas ligeras imperiales y atacándolos por los flancos, pronto fué general la derrota. Seguia todavia defendiéndose una pequeña division de soldados escogidos

que el elector en persona acaudillaba, y queria salvar á su soberano retirándose en el bosque; pero habia sido envuelto por todos lados, y hallándose el elector con una herida en el rostro y rendido de cansancio dióse prisionero por ver que era inútil defenderse por mas tiempo. Acompañáronle desde luego al Emperador, que volvia de perseguir á los dispersos, y gozaba en medio del campo de batalla del espectáculo de su triunfo, recibiendo los parabienes de sus oficiales por la victoria debida á su valor y prudencia. En la situacion desgraciada y humillante á que se veia reduçido el elector, conservó una actitud á la par noble y decorosa, y presentóse á su vencedor sin muestra alguna de orgullo ni enfado que hubieran cuadrado mal á un cautivo; mas tampoco se abatió hasta darle ninguna señal de sumision indigna del alto rango que ocupaba entre los príncipes de Alemania. — «La suerte de la guerra, le dijo, me ha hecho vuestro prisionero, muy gracioso Emperador, y espero se me tratará.....» Aquí le interrumpió Cárlos bruscamente, diciéndole: «¿Con qué por fin se me reconoce por emperador? Cárlos de Gante era el único título que hasta hoy me habiais dado. Se os tratará como mereceis.» Volvió la espalda al elector con mucha altivez y le plantó. A este trato tan cruel añadió el rey de Romanos en su propio nombre muchos insultos y espresiones todavia menos generosas. Nada respondió el elector, y con ademan tranquilo y sosegado,

sin manifestar sorpresa ni abatimiento, siguió á los soldados Españoles designados para su custodia.

Solo cincuenta hombres costó á los Imperiales esta victoria decisiva, perdiendo los Sajones mil doscientos muertos y mucho mayor número de prisioneros, pérdida que sufrieron principalmente en la dispersion. Pudo salvarse una division de cuatro cientos hombres, que llegó á Wittemberg con el príncipe electoral herido en la accion.

Dos dias permaneció el Emperador en el campo de batalla, ya para que descansasen sus tropas, ya para recibir las diputaciones de las ciudades comarcanas, que á porfia se sometieron á su voluntad para grangearse su proteccion; y enseguida se puso en marcha para Wittemberg con intento de terminar pronto la guerra apoderándose de esta ciudad. El desventurado elector fué conducido como en triunfo, y puesto á la vista de sus propios súbditos en aquel estado de cautiverio: espectáculo que afligió á todos los que le querian y honraban, si bien un tan grande ultrage no fué bastante para humillar la altivez de su alma, ni siquiera alterar la serenidad y calma que le eran naturales.

Era entonces Wittemberg el asiento de la rama electoral de la familia de Sajonia, y una de las ciudades mas fuertes de Alemania y muy dificil de ganar siendo bien defendida. Marchó presuroso el Emperador para embestirla, con-

tando hallar á los habitantes consternados y dispuestos á rendirse tan pronto como él se presentase; pero Sibila de Cleves, esposa del elector, que reunia muchos talentos y virtudes, animó á los vecinos para que se defendiesen valerosamente, y al Emperador le contestó con suma altivez, advirtiéndole que tuviese con el elector todos los miramientos debidos á su clase, porque ella estaba resuelta á dar á Alberto de Brandeburgo, que aun seguia prisionero, el mismo trato que á su esposo se diera.

Carecia Cárlos del material necesario para emprender un sitio formal; y no habiendo podido Mauricio cumplir el empeño que habia contraido de aprontar la artilleria y municiones necesarias, buscó el Emperador un espediente mas breve para enseñorearse de la ciudad, y éste fué esplotar el cariño de la esposa é hijos del elector haciéndoles saber que si no se rendia Wittemberg, el elector pagaria con la vida su obstinacion. Al punto mandó procesar á su prisionero, y reunido el consejo de guerra, aunque irregular é ilegalmente, condenó al elector á ser decapitado. Mostró éste en aquella circunstancia una fortaleza heroica; pero no tuvo tanta firmeza su familia, que con lágrimas y súplicas logró por fin ablandarle, y hacerle firmar un tratado en virtud del cual resignó la dignidad electoral á favor del Emperador, entregó las plazas de Wittemberg y Gotha y se comprometió á quedar prisionero de aquel por la vida.

En consecuencia dióse inmediatamente á Mauricio posesion del electorado.

El landgrave, que era suegro de este último, estaba todavia sobre las armas, y aunque era el único defensor que quedada de la causa protestante, no dejaba de ser un adversario fuerte y temible. Mauricio y el elector de Brandeburgo se pusieron por mediadores entre aquel príncipe y el Emperador; ecsigió éste condiciones muy rigorosas, que el landgrave se sometiese absolutamente á los decretos de la cámara imperial, entregase su persona y Estados y se pusiere enteramente á su discrecion. No se atrevió el landgrave á correr los azares de una lucha con un adversario tan temible, y se sometió, aunque con suma repugnancia. En virtud de los ofrecimientos que hizo el Emperador de palabra á Mauricio y el elector de Brandeburgo, acalló el landgrave su desconfianza, y se trasladó al campo imperial. Al acto de ir á pasar por la humillacion de someterse publicamente al Emperador, presentáronle á firmar una copia de los artículos que ya habia aceptado, á los que sin embargo se habian añadido nuevas condiciones que no se estipuláran; cuyo fraude encendió sobre manera su indignacion, y con suma dificultad Mauricio y el elector de Brandeburgo pudieron allanar este estorbo. Tuvo por fin lugar la ceremonia, en la que el Emperador hizo alarde de la mayor dureza y altivez. A la misma noche recibió el landgrave la órden de quedar

prisionero en casa del duque de Alba custodiado por soldados españoles; cuya nueva le dejó lleno de asombro, que luego se mudó en la mas violenta desesperacion. Viéndose deshonrados con aquella perfidia, Mauricio y el elector de Brandeburgo hicieron al Emperador muy serias quejas y solicitudes; mas él persistió altivo é inflecsible, teniendo que salir de la corte los dos príncipes dejando en prisiones á un amigo á quien habian salido garantes con su honor de que quedaria en libertad.

El landgrave y el elector fueron conducidos tras el Emperador, y en todos los pueblos por donde pasaba los ponia en espectáculo, renovando de este modo todos los dias en oprobio. Por otra parte ejerció en Alemania la mas dura opresion de un conquistador, llevándose la artilleria de las ciudades, ecsigiendo cuantiosos pagos, y cometiendo toda suerte de ecsacciones.

Mientras Cárlos hacia la ley á los Alemanes como á un pueblo vencido, Fernando en Bohemia trataba á sus súbditos todavia con mas rigor. Indignados porque pretendiera ensanchar las prerrogativas reales, y estimulados ademas por la doctrina de los reformadores que Juan Huss habia propagado en aquellos paises, levantáronse los Húngaros y formaron un ejército de treinta mil hombres; pero con la sumision del elector de Sajonia y la llegada de Fernando al frente de un ejército imperial, determinaron someterse. Nada pudieron sus lágrimas y ruegos

con su rey, que les impuso una nueva forma de gobierno, les quitó las armas, y castigó con la muerte á los principales caudillos del pronunciamiento.

Tenia el Emperador convocada una dieta en Augsburgo para dejar definitivamente terminadas las controversias de religion que traian revuelto el Imperio desde tanto tiempo. Habia mandado cercar esta junta con sus tropas, á fin de tenerla bajo su dependencia. Abrió Carlos la sesion amonestando á los miembros de la dieta para que reconociesen la autoridad del concilio general reunido en Trento, que se habia trasladado á Bolonia por haberse declarado en aquella ciudad una enfermedad que daba algunos síntomas de ser contagiosa, ó mas bien para tener el Papa dicha junta en una ciudad de su jurisdiccion. Algunos miembros del concilio mas adictos al Emperador se quedaron en Trento, y éste habia instado para que los demas volviesen á esta ciudad; pero ningun caso hizo Pablo de su demanda, lo que dió nuevo pábulo á las diferencias suscitadas entre el Emperador y el Pontífice. que se irritaron mas todavia cuando despues de la muerte de Farnesio las tropas imperiales se apoderaron de Plasencia.

(1548) En estas circunstancias la dieta de Augsburgo pidió al Papa que mandase á los Prelados que se habian retirado en Bolonia que volviesen á Trento á fin de continuar las deliberaciones. Consultó Pablo los doctores que se ha-

llaban en Bolonia, quienes declararon que el concilio no podia sin faltar á su dignidad volver á Trento, á no ser que los prelados que con quedarse allí habian mostrado un espíritu de cisma, se trasladasen primero á Bolonia para reunirse con sus hermanos. Sabida esta respuesta el Emperador mandó á Bolonia dos jurisconsultos que protestaron en presencia de los legados contra la traslacion del concilio á aquella ciudad, verificada sin necesiaad y con falsos ó frívolos pretestos; que mientras continuase celebrando allí sus sesiones no debia ser considerado sino como un consentículo ilegal y cismático, y por consiguiente que todas sus decisiones debian tenerse por nulas y sin valor. Algunos dias despues el embajador imperial reprodujo con la misma claredad esta protesta en presencia del soberano pontífice.

Manifestó el Emperador á la dieta el ningun fruto que habia sacado de sus gestiones, y anunciólo al mismo tiempo que habia empleado algunos teólogos distinguidos por sus luces y talentos en preparar un sistema de doctrina á que deberian conformarse los pueblos hasta tanto que pudiese reunirse un concilio como se deseaba. Los autores de este sistema eran Sflug, Helding, y Agrícola, los dos primeros dignitarios de la iglesia romana, apreciados por su carácter pacífico y conciliador, y el último teólogo protestante. Sirvieron de modelo para el nuevo sistema los artículos presentados á la dieta de Ra-

tisbona en 1541, si bien quedaron muy poco favorecidos los protestantes, pues solo en dos puntos se les satisfacia: á los eclesiásticos que se hubiesen casado y no quisieren separarse de sus esposas, se les permitia ejercer todas las funciones de su ministerio sagrado; y las provincias donde se hubiese seguido la costumbre de recibir el pan y el vino en el sacramento de la eucaristía, podian conservar este privilegio de comulgar en las dos especies; pero declarábase que estos artículos se otorgaban solo temporalmente, á fin de tener paz, y por consideracion, á la debildad y preocupaciones de los pueblos.

Este sistema de doctrina fué conocido en adelante con el nombre de *Interin*, porque contenia reglamentos provisionales que solo debian tener valor hasta la reunion de otro concilio general. El Emperador le presentó á la dieta, declarando que tenia intencion de hacerle observar; y no bien hubo terminado su lectura, levantóse el arzobispo de Maguncia que presidia la reunion, y declaró en nombre de la dieta que aceptaba el nuevo sistema, y que estaba resuelta á sostonerle en todas sus partes. Nadie tuvo valor para contradecir lo que acababa de afirmar el arzobispo, y habiendo aceptado el Emperador aquella declaracion como una ratificacion completa y legal del *Interin*, preparóse á sostener su ejecucion como si fuera un decreto del Imperio.

Inmediatamente despues de la disolucion de

la dieta, el Emperador mandó publicar el Interin en aleman y en latin. Tuvo este escrito la suerte que acostumbran tener todos los planes de conciliacion, á saber, que ambos partidos le aborrecieron. Ilustrado el Papa por su mucha esperiencia, previó que no podia ser de mucha duracion un sistema que todos los partidos atacaban y ninguno defendia, y que por lo mismo ninguna necesidad tenia de interponer sus propias fuerzas para derribarle.

Aficionado á su plan el Emperador, quiso hacerle ejecutar rigorosamente, pero no en todas partes halló la misma condescendencia que en los dominios del elector palatino, el de Brandeburgo y Mauricio de Sajonia. No se desmintió en esta ocasion la firmeza del elector de Sajonia, pues habiéndole propuesto el Emperador que le pondria en libertad si queria adoptar el *Interin*, contestó el prisionero que no abandonaria en sus postreros años una causa por la que tanto habia padecido; el landgrave por el contrario escribió al Emperador proponiéndole que aprobaria el Interin, oferta que este despreció por saber que su ejemplo no ejerciera influencia alguna, mandándole estrechar con mas rigor en su prision.

Tambien hicieron mucha resistencia las ciudades Imperiales, siendo necesario reducir por medio de la fuerza las de Estrasburgo, Constancia, Brensa, Magdeburgo y otras muchas plazas de menor importancia.

Satisfecho Cárlos de haber por fin sujetado á su autoridad el genio indómito de los Alemanes, partió para los Paises Bajos llevándose los dos prisioneros, el elector de Sajonia y el landgrave de Hesse. Antes de llegar á Bruselas tuvo noticia de que los legados del Papa habian disuelto el concilio de Bolonia con una prórroga indefinida, y que los prelados reunidos en dicha ciudad se habian vuelto cada cual á su patria.

Aunque gustaba Cárlos de pasar de una á otra parte de sus Estados, no era esta aficion particular la que motivaba su viage á Flandes; sino que queria recibir allí á su hijo único, que estaba por cumplir veinte y un años, y le habia llamado no tan solo para darle á reconocer á los Estados de los Paises Bajos como su presunto heredero, sino tambien para obviar la ejecucion de un vasto proyecto, cuyo objeto y resultado pronto esplicaremos.

Habiendo dejado Felipe el gobierno de España en manos de Maximiliano, primogénito de Fernando, embarcóse para Italia acompañado de numerosa comitiva de nobles españoles, y desembarcó en Génova, pasando desde allí á Milán y luego por Alemania á la corte imperial de Bruselas. Todas las ciudades de los Paises Bajos por donde pasó le recibieron con estraordinaria pompa: fiestas, torneos, espectáculos públicos de toda especie tuvieron lugar con el estremo de magnificencia que las naciones mercantiles suelen desplegar en todas las ocasiones

que salen de sus mácsimas ordinarias de economía. Mas en medio de las fiestas y regocijos, dejó Felipe traslucir harto visiblemente la natural severidad de su caracter, y una predileccion á favor de los Españoles que disgustó á los Flamencos y fué el origen de esa antipatia que mas tarde fué tan funesta á la monarquia española.

Cárlos tuvo que detenerse mucho tiempo en los Paises Bajos á causa de un violento ataque de gota, que sin embargo no fué parte para que aflojara en su empeño de hacer ejecutar el *Interin:* Estrasburgo y Constancia, que se habian sublevado, tuvieron que someterse con pérdida de sus privilegios de ciudades libres, y que recibir guarnicion austriaca; Magdeburgo, Brema, Hamburgo y Lubeck, fueron las solas ciudades imperiales importantes que no se sometieron á la voluntad de Cárlos.

LIBRO X.

Muerte de Pablo III. — Eleccion de Julio III. — Dieta de Augsburgo. — Designios de Mauricio de Sajonia contra el Emperador. — Su protesta contra el concilio. — Proyecta Carlos hacer pasar la corona Imperial á las sienes de su hijo Felipe. — Tiene que renunciar á ello. — Hostilidades en Italia. — Enrique II protesta contra el segundo concilio de Trento. — Sitio de Magdeburgo. — Revolucion en Hungría. — Mauricio solicita el apoyo del rey de Francia. — Los Alemanes vuelven á pedir inútilmente la libertad de landgrave. — Mauricio se pone en campaña contra el Emperador. — Asombro y dificultades de Carlos. — Triunfos de Mauricio. — El Emperador sale precipitadamente de Inspruk. — Disuélvese el concilio de Trento. — Tratado de Passau.

(1550) Trabajaba Cárlos con infatigable constancia en vencer la obstinacion de los protestantes, pero sus conatos eran neutralizados por los del Papa, que cada dia veia con mas recelo sus reiteradas empresas sobre la jurisdiccion eclesiástica. Viendo tambien que persistia el

Emperador en conservar Plasencia, revocó el pontífice la cesion que hizo de Parma y Plasencia á la familia Farnesio, declarando estas dos ciudades reunidas á la Santa Sede; por cuyo medio confiaba obtener la restitucion de Plasencia, y asegurar la conservacion de Parma, que vendria á formar parte del patrimonio de la Iglesia. La muerte vino á interrumpir sus proyectos, y terminó su carrera á los diez y seis años de pontificado y ochenta y dos de edad. En su lugar fué elegido el cardenal del Monte, que tomó el nombre de Julio III. El primer uso que hizo de su poder fué restituir Parma á Octavio Farnesio. Enseguida encargó á una congregacion de cardenales el ecsámen de las medidas que se habian de tomar para volver la paz á la Iglesia, é insiguiendo su dictámen envió nuncios á las cortes imperial y de Francia para declarar que tenia intencion de convocar un concilio general en Trento.

En tanto el Emperador habia convocado en Augsburgo otra dieta con el intento de dar mas actividad á la ejecucion del *Interin*, y hacer firmar á dicha asamblea una acta mas auténtica para reconocer la jurisdiccion del concilio, con promesa positiva de conformarse á sus decretos. Sin dificultad hubiera obtenido cuanto pedia, si no hubiese Mauricio de Sajonia empezado á mostrar nuevas intenciones, y tomar un camino muy diverso del que hasta entonces habia seguido. Este príncipe era deudor del alto

puesto que ocupaba de la íntima adhesion que tuviera al Emperador: pero no dejaba por ello de conocer que el poder invasor del que le protegia debia sobresaltar á Alemania, y que si se le dejaban dar algunos pasos mas, fuera tan absoluto en el Imperio como lo era en España. Habiendo llegado á ser el príncipe mas poderoso del Imperio, ambicionaba igualmente ser el gefe político del protestantismo, y ademas abrigaba profundo resentimiento por la perfidia que con él usára el Emperador deteniendo prisionero al landgrave. En consecuencia, la política, la ambicion y el resentimiento, estimularon á Mauricio á declararse adversario del soberano que habia sido su protector, y á quien manifestára hasta entonces la mas cordial amistad; sin embargo ocultó sus designios con la mayor prudencia, hasta tanto que se le presentase ocasion favorable.

Mauricio habia tenido habilidad para establecer el *Interin* en sus Estados por medio de la persuasion, sin ejercer violencia alguna, y protestando enérgicamente que él estaba adicto á la religion reformada. Al mismo tiempo, para no dar que sospechar al Emperador, marchó contra los habitantes de Magdeburgo, que no habian querido someterse al *Interin;* cuya conducta le enemistó con los protestantes, y para satisfacerlos creyó deber protestar en la dieta de Ausburgo contra el concilio de Trento, como lo hicieron en su nombre los embajadores que

envió, declarando que él no reconoceria la autoridad de dicho concilio sino mediante unas condiciones tan favorables á la reforma, que ninguno se hubiera atrevido á proponerlas al Emperador. No se ofendió por ello este príncipe, de modo que Mauricio tuvo arte para conservar su favor, no obstante aquella demostracion que todo el mundo tuvo por muy atrevida. Acordó al mismo tiempo la dieta que las fuerzas del Imperio fuesen destinadas á reducir Magdeburgo, pidiendo que tuviese el mando de ellas Mauricio; á lo que accedió gustoso el Emperador, aceptando aquel muy afanoso semejante comision.

(1551) En el entretanto habia convocado Julio el concilio de Trento para el dia 1.° de mayo; y á pesar de la repugnancia que manifestaban los protestantes en reconocer al Papa el derecho de dirigir las operaciones del concilio, el Emperador con su influencia indujo á todos los Príncipes y Estados del Imperio á enviar sus representantes.

Mientras duraba la dieta de Augsburgo hiciéronse nuevas instancias al Emperador para lograr la libertad del landgrave, empeñándose en ello muy vivamente Mauricio y el elector de Brandeburgo, pero todo en vano; pues el Emperador, por medio de una acta pública anuló la promesa auténtica que hicieran estos dos príncipes de entregarse en manos de los jóvenes príncipes de Hesse si se atentaba á la libertad

de su padre, y habiendo el landgrave intentado fugarse, se le trasladó á la ciudadela de Mechlin donde fué mas estrechado que nunca.

Otro asunto se trató en la misma dieta que todavia interesaba de mas cerca al Emperador, y que tambien puso en cuidado á todos los príncipes del Imperio. Con el triunfo de sus armas habia adquirido nuevos brios la desmedida ambicion de Cárlos, y no se proponia nada ménos que establecer en toda Alemania la uniformidad de religion y hacer despótica la autoridad imperial. Ya trataba ademas de perpetuar en su familia las importantes adquisiciones que se prometia hacer, trasmitiendo juntos á su hijo el Imperio de Alemania, los reinos de España y los Estados de Italia y los Paises Bajos. Con este intento habia mandado venir á su hijo de España, y no tuvo reparo en proponer á Fernando que cediese á su sobrino el título de rey de Romanos, que al parecer le aseguraba la sucesion del Imperio; empero el Emperador halló en su hermano una oposicion insuperable, sin que todas las promesas bastasen á ablandarle. Quiso entonces dirigirse á los electores, confiando que les haria revocar la eleccion que él mismo antes les dictára, ó por lo ménos nombrar á Felipe segundo rey de Romanos, designándole como sucesor inmediato de su tio; pero quedó igualmente burlado por esta parte, pues el carácter altanero y severo de Felipe habia chocado á los electores, quienes por otra parte

recelaban mucho de un príncipe tan poderoso puesto á la cabeza del imperio. Tuvo pues que renunciar el Emperador á la realizacion de un proyecto que desde mucho tiempo meditaba, y mandó á Felipe otra vez á España para volverle á llamar siempre que un nuevo plan de ambicion hiciese necesaria su presencia.

Habia síntomas de encenderse de nuevo la guerra en Italia, por los conatos de Gonzago gobernador de Milán, que trataba de apoderarse de Parma por órden del Emperador; para oponerse á lo cual acudió Farnesio al rey de Francia Enrique II, que habiendo terminado felizmente la guerra con el Ingles, desde luego hizo con aquel alianza. Atemorizado el Papa por ver la guerra tan prócsima á su territorio, mandó á Octavio que desistiera del tratado que habia hecho con Francia, y habiéndose negado á ello envió fuerzas contra él, sostenidas por las que Carlos le aprontó. Así volvieron á hallarse frente á frente en Italia los Imperiales y Franceses, aquellos como protectores en la Santa Sede, éstos como aliados de Octavio: campaña que no produjo notable acontecimientos, si bien los Imperiales tuvieron que abandonar el sitio de Parma.

El movimiento y las alarmas de la guerra impidieron en un principio la reunion del concilio, que se aplazó para el primero de setiembre; en cuya época acudieron unos sesenta prelados, los mas del Estado pontificio ó de España, y

un corto número de Alemanes, En las primeras sesiones se presentó un embajador del rey de Francia que hizo en nombre de este algunas reclamaciones muy respetuosas á los Padres del concilio, quienes no obstante procedieron al ecsámen de las importantes cuestiones que tenian sometidas. Interin se aguardaban sus decisiones, el Emperador hacia toda clase de esfuerzos para establecer la autoridad y jurisdiccion del concilio; echó de la ciudad de Augsburgo á los predicadores protestantes, y luego fué á establecerse en Inspruk, para desde allí poder estar á la mira de lo que ocurriese en Trento, Alemania y el territorio de Parma.

Seguia con suerte varia el sitio de Magdeburgo, habiendo Mauricio de Sajonia tomado el mando de los sitiadores, á fin de adquirir mérito para con el Emperador; pero hacianse con mucha lentitud los aproches de la plaza, y la guarnicion con frecuentes salidas daba mucho en que entender á los sitiadores, destruia sus obras á medida que las iban levantando y cogia muchos prisioneros en las avanzadas. Alentados los vecinos de Magdeburgo con los discursos de sus pastores, y los soldados de la guarnicion con el ejemplo de sus gefes, sobrellevaban sin quejarse todas las penalidades del sitio y seguian defendiéndose con el mismo entusiasmo que el primer dia; al paso que los soldados de los sitiadores menguaban en ardor y se quejaban de lo que padecian en un servicio que les repugnaba,

habiéndose amotinado varias veces por reclamar el sueldo que se les debia y que de algun tiempo no se les pudo pagar porque los Alemanes contribuian con suma repugnancia á los gastos de aquella guerra. Tenia ademas Mauricio sus motivos particulares, que todavia no se atrevia á descubrir, para no llevar las cosas con mas actividad, pues todavia preferia estar al frente de un ejército sufriendo todos los cargos á que daba lugar la lentitud de sus operaciones, que activar una conquista que con añadir á su gloria le hubiera puesto en la necesidad de licenciar sus tropas.

Empezaban ya los habitantes á esperimentar los rigores del hambre, y viéndose Mauricio imposibilitado de prolongar mas el sitio sin dar al Emperador sospechas que hubieran trastornado todos sus planes, concluyó por fin con la ciudad una capitulacion con las siguientes condiciones: los habitantes implorarian con sumision la clemencia del Emperador; en adelante no tomarian las armas, ni formarian alianza alguna contra la casa de Austria; reconocerian la autoridad de la cámara imperial; se conformarian á los decretos de la dieta de Augsburgo sobre la religion; las fortificaciones añadidas á la plaza serian demolidas; los mismos habitantes pagarian una multa de cincuenta mil coronas; entregarian al Emperador doce piezas de artillería, y finalmente darian libertad sin rescate al duque de Mecklemburgo y demas prisioneros.

Al dia siguiente salió de la ciudad la guarnicion, y Mauricio tomó posesion de ella con todo el aparato militar.

Antes de quedar definitivamente concertados los artículos de la capitulacion, tuvo Mauricio varias conferencias con Alberto conde de Mansfeldt, que era el comandante en gefe de la plaza, y el conde Heideck que habia servido con mucha distincion en las tropas de la liga de Smalkalde, y le habia proscrito el Emperador por su entusiasmo á favor de la causa protestante, si bien le volvió á tomar Mauricio secretamente á su servicio y le dió toda su confianza é intimidad. Comunicóles un plan que desde mucho tiempo le traia ocupado, cuyo objeto era poner en libertad al landgrave su suegro, restablecer los privilegios del cuerpo germánico, y poner una valla á las nocivas usurpaciones de la potestad imperial. Despues de consultar con ellos las medidas que hubieran de adoptarse para asegurar el écsito de tan arriesgada empresa, dió á Mansfeldt palabra reservada de que no se derribarian las fortificaciones de Magdeburgo, ni á los habitantes se les molestaria en el ejercicio de su religion ni privaria de sus antiguas inmunidades. Con intento de empeñarle mas por su propio interés en el cumplimiento de estas ofertas, el senado de Magdeburgo le nombró su burgrave, dignidad que en lo antiguo perteneció á la casa electoral de Sajonia, y que le daba una jurisdiccion muy es-

tensa tanto en la ciudad como en el territorio.

De este modo los habitantes de Magdeburgo, despues de haber sostenido un año entero de sitio, y de haber peleado por su libertad civil y religiosa con un denuedo que admiró toda Europa, fueron al fin bastante dichosos concluyendo un tratado que les dejó en mejor estado que á los compatriotas suyos que por temor y faltas de entusiasmo patriótico se sometieron tan villanamente al Emperador. Pero, al paso que una gran parte de Alemania aplaudia el valor de los Magdeburgueses, y se alegraban de verlos libres de la destruccion que les amenazára, todos admiraron la habilidad de Mauricio en el manejo de la negociacion que con ellos firmó, y la maña con que supo sacar partido de los varios sucesos. Veíase con pasmo que despues de haber hecho sufrir á los habitantes de Magdeburgo por espacio de muchos meses todos los rigores de la guerra, fuese finalmente elegido voluntariamente para la autoridad suprema de la misma ciudad que habia tenido cercada, y que despues de haber sido tanto tiempo el blanco de las sátiras y declamaciones de sus habitantes, manifestasen los mismos tener una confianza ilimitada en su celo y benevolencia. Al mismo tiempo los artículos públicos de la capitulacion eran tan conformes á los que el mismo Emperador habia otorgado á las demas ciudades protestantes, y supo Mauricio ponderar tan bien á su favor el mérito de haber reducido una plaza que

se habia defendido con tanta obstinacion, que muy léjos de sospechar Cárlos fraude ó colusion en las condiciones del tratado, ratificóle sin vacilar y absolvió á los Magdeburgueses de la sentencia de proscripcion contra ellos pronunciada.

La única dificultad que aun se le presentaba á Mauricio, era el tener reunidas las tropas viejas que habian servido á sus órdenes, con las que defendieron la plaza; para lograrlo inventó un medio muy raro é ingenioso. Todavía no estaban sazonados sus proyectos contra el Emperador para poderse arriesgar á descubrirlos y tratar de ponerlos en ejecucion públicamente; ni la proximidad del invierno le permitia ponerse desde luego en campaña. Conservando y pagando por su cuenta un cuerpo tan grueso de tropas hasta la primavera, era dar que sospechar al Emperador. En consecuencia, luego que Magdeburgo le hubo abierto las puertas, permitió que regresáran á sus hogares los soldados Sajones, que por ser vasallos suyos estaba seguro volverian á las armas siempre que los necesitase; y al mismo tiempo pagó una parte de lo que se adeudaba á las tropas mercenarias que siguieron sus banderas, así como á los soldados que sirvieron en la guarnicion, despues de lo cual y de haberles exhonerado del juramento de fidelidad que tenian prestado, los licenció. Pero en el mismo acto el duque Jorge de Mecklemburgo se ofreció á tomar por su cuenta aquellas tropas, y responder de las pagas que tenian atrasadas.

Avezados aquellos aventureros á mudar con frecuencia de amo, aceptaron sin dificultad su proposicion; por cuyo medio permanecieron unidas aquellas tropas y dispuestas á todo lo que Mauricio dispusiese, al paso que el Emperador, deslumbrado con este ardid, y creido que el duque de Mecklemburgo solamente las habia tomado para sostener con las armas las pretensiones que tenia á una parte de los Estados de su hermano miró todo aquel arreglo con la mayor indiferencia. A fin de traerle aun mas engañado, afectó Mauricio grande anhelo y afan por reconocer el concilio de Trento y mandar á él embajadores.

Grandes dificultades se habian suscitado acerca los salvo conductos que ecsigian los doctores protestantes para ir á Trento, pues los que les concedió el Emperador no les bastaban, queriéndolos recibir del mismo concilio, á cuyo fin se entablaron interminables negociaciones. Quiso mediar el Emperador para conciliar los partidos, vióse enredado en un laberinto de intrigas y conferencias, que dieron lugar á Mauricio de dejar sazonar su plan y disponer sus preparativos.

Pero antes de hablar de sus tentativas, es necesario referir una nueva revolucion que tuvo lugar en Hungria. Al despojar Soliman de sus dominios el jóven rey de Hungria, habíale concedido la Transilvania, confiando su gobierno á la reina y á Martinuzzi obispo de Waradin.

Este se concertó secretamente con Fernando, que convino en mandar un ejército á conquistar la Hungría: ninguna resistencia hallaron las tropas del rey de Romanos, y Martinuzzi persuadió á la reina Isabel que le cediera la Transilvania, prometiéndole en nombre de aquel príncipe una competente indemnizacion. Vióse pues Fernando posesor de aquel reino, y en testimonio de su reconocimiento dejó á Martinuzzi gobernador de Transilvania, nombrándole obispo de Grane, y obteniendo del Papa la promesa de hacerle cardenal. Con todo pronto Fernando concibió sospechas acerca la sinceridad de Martinuzzi, y creyéndole infundadamente traidor le mandó asesinar por medio de una conjuracion, cuyo acto de crueldad é ingratitud levantó contra él la nobleza húngara, y alentó á los Turcos para emprender con mas brios la reconquista de Hungría; de suerte que Fernando con su crímen, en vez de consolidar su poder en Hungría, le comprometió gravemente.

Dispuesto ya Mauricio á principiar las hostilidades contra el Emperador, solicitó la proteccion de Enrique II, quien se avino gustoso á concluir un tratado que le habia de dar ocasion de satisfacer el ódio hereditario que á Cárlos tenia. No tuvieron tan buen resultado las tentativas de Mauricio cerca del rey de Inglaterra Eduardo VI; aunque le bastaba el apoyo de Francia para llevar adelante su intento. Juzgó necesario dar otro paso cerca del Emperador

para obtener la libertad del landgrave, á cuyo fin envió á Inspruck en su nombre y del elector de Brandeburgo una solemne embajada con encargo de presentar todas las consideraciones favorables al malhadado prisionero. A sus instancias se unieron las de los demas príncipes de Alemania, el rey de Dinamarca los duques de Baviera y de Luneburgo y el mismo rey de Romanos; pero, firme el Emperador en su resolucion, eludió la demanda contestando que manifestaria sus intenciones al mismo Mauricio, que debia llegar pronto á Inspruck.

(1552) Acercábase el tiempo de obrar: Mauricio envió secretamente á Paris á Alberto de Brandeburgo para confirmar su confederacion con Enrique y acelerar la marcha del ejército frances, y puso la Sajonia en estado de defensa, teniendo las tropas de Turingia prontas á ponerse en campaña al primer aviso. Cárlos permanecia en Inspruck en la mayor tranquilidad, vigilando el concilio de Trento, y aquejado de un violento ataque de gota. Su primer ministro Granvelle, obispo de Arras, miraba con tal desprecio los talentos políticos de los Alemanes, que no hizo caso alguno de los avisos que se le dieron acerca las intrigas secretas y los peligrosos proyectos de Mauricio. Estaba ademas Granvelle cogido en sus propias redes, pues habiendo corrompido dos ministros de Mauricio que le comunicaban todos sus actos, éste descubrió la traicion, y sacó partido de ella á favor de

sus proyectos, fingiendo depositar toda su confianza en esos dos ministros, pero descubriéndoles solamente lo que queria que llegase á noticia del Emperador. De este modo el espionage que contra él se empleaba, le servia para traer mas engañados á los que él queria atacar.

Por fin, quedaron terminados sus preparativos, cabiéndole la satisfaccion de que sus manejos y proyectos todavia estaban ocultos; pero no quiso todavia quitarse la máscara, y tuvo el arte de entretener á sus enemigos algunos dias mas. Anunció que iba á emprender el viaje de Inspruck, de que hablára tantas veces, y para que le acompañase nombró á uno de los dos ministros que Granvelle habia corrompido. Despues de haber corrido algunas postas, fingió hallarse cansado del viage, y despachó á Inspruck su pérfido ministro, con encargo de disculparle con el Emperador por aquel retardo, y prometerle que dentro de pocos dias llegaria á la corte. No bien hubo partido aquel espia, montó Mauricio á caballo, dirigióse á escape á Turingia, reunióse con su ejército compuesto de veinte mil infantes y cinco mil caballos, y desde luego le puso en movimiento.

Al mismo tiempo publicó un manifiesto de los motivos que tenia para tomar las armas, á saber: 1.° defender la religion protestante amenazada de una prócsima destruccion; 2.° mantener la constitucion y las leyes del Imperio, y

preservar la Alemania del dominio de un monarca absoluto; 3.° libertar al landgrave de Hesse de los horrores de un largo é injusto cautiverio.

El rey de Francia tambien publicó otro manifiesto en su propio nombre, declarando que tomaba las armas para restablecer la antigua constitucion del Imperio, sacar de la esclavitud algunos de sus príncipes, y asegurar los privilegios é independencia de todos los miembros del cuerpo germánico; en cuyo documento tomaba el título de *protector de las libertades de Alemania y de sus príncipes cautivos*. Enteramente nuevo para Mauricio era el carácter que ahora tenia que representar; pero su genio flecsible era apropósito para amoldarse á todas las circunstancias. Así es que desde el momento que tomó las armas, mostróse tan osado y emprendedor á la cabeza de su ejército, como si fuera circunspecto y sagaz en el gabinete. Avanzando á marchas rápidas hácia la alta Alemania, abriéronle las puertas todas las ciudades que á su paso se encontraban: repuso en el ejercicio de sus funciones á todos los magistrados que el Emperador habia destituido, y volvió la posesion de las iglesias á los ministros protestantes que de ellas fueran echados. Dirigióse á Augsburgo, cuya guarnicion imperial, por no ser bastante fuerte para defenderse, se retiró precipitadamente, y Mauricio tomó posesion de esta gran ciudad, donde ejecutó las mismas mudanzas que en las demas ciudades.

No hay términos para espresar el asombro y consternacion del Emperador cuando supo estos inesperados sucesos. Veia armados contra él muchos príncipes de Alemania y los demas dispuestos á unírseles ó simpatizando con ellos; veíalos íntimamente aliados con un poderoso monarca, puesto en persona al frente de un ejército formidable; mientras por causa de un descuido y una credulidad que le esponian al público menosprecio á la par que al mayor peligro, él no se hallaba en estado de tomar medida alguna eficaz, ni para refrenar la rebeldia de sus súbditos, ni para repeler la invasion estrangera.

Cifró todas sus esperanzas en las negociaciones, último arrimo de los que conocen su propia debilidad; pero á fin de no comprometer su dignidad haciendo él las primeras proposiciones á súbditos rebeldes, sirvióse de la mediacion de su hermano Fernando. Confiando Mauricio en sus talentos, y prometiéndose sacar buen partido de aquellos tratos, confió que aparentando ser fácil en dar oidos á las primeras propuestas de avenencia se entretendria el Emperador y llevaria con menos actividad los preparativos que ya estaba haciendo para defenderse; en vista de lo cual sin dificultad convino en tener una entrevista con Fernando en la ciudad de Lentz en Austria, donde al punto se trasladó, dejando proseguir su marcha al ejército mandado por el duque de Mecklemburgo.

Ejecutó fielmente el rey de Francia todo

cuanto prometiera á sus aliados, poniéndose luego en campaña con un numeroso ejército bien pagado, con direccion á Lorena, donde las plazas de Toul y Verdun se le rindieron sin resistencia. Llegaron pronto sus tropas á la vista de Metz; y habiendo el condestable de Montmorency logrado permiso de pasar á dicha ciudad con un destacamento para su escolta, introdujo en ella las tropas que se necesitaban para contener á la guarnicion, y por medio de este ardid los Franceses se apoderaron de la plaza sin derramar una sola gota de sangre. Enrique verificó con mucha pompa su entrada en todas estas plazas, obligó á los habitantes á prestarle juramento de obediencia, y reunió á su corona unas adquisiciones tan importantes. Despues de dejar en Metz una fuerte guarnicion, avanzó hácia la Alsacia para emprender nuevas conquistas, que parecian prometerle los primeros triunfos de sus armas.

Ningun arreglo resultó de la conferencia de Lentz pues Mauricio propuso condiciones á favor de sus confederados y del rey de Francia su aliado, inadmisibles para un príncipe harto orgulloso para someterse desde luego á lo que le dictare un enemigo. Estimulado por aquella aparente disposicion á la paz, propuso Fernando otra entrevista para el dia 26 de mayo, pidiendo treguas que principiasen en esta fecha y durasen hasta el 10 de junio, á fin de tener tiempo de conciliar todos los puntos contravertidos.

En el entretanto alcanzó Mauricio su ejército el dia 9 de mayo en Gundelfingen, y á la madrugada siguiente le mandó poner en movimiento; como todavia le quedaban diez y seis dias para operar antes de la tregua, resolvió en este plazo acometer una empresa cuyo resultado pudiera ser tal que inutilizase las negociaciones de Passau, y le pusiese en estado de imponer las condiciones que le pluguiese. Marchó Mauricio directamente á Inspruck con la mayor velocidad que pueda darse á un cuerpo de tropas tan grande, y llegó el dia 18 á Fiessen, posicion muy importante á la raya del Tirol, donde halló muy bien atrincherada una division de ocho cientos hombres que el Emperador habia allí apostado para contrarrestar á los confederados. Atacólos Mauricio con tal ímpetu y violencia, que abandonaron sus lineas atropelladamente, y comunicaron en su retirada el terror pánico de que estaban poseidos á otra division apostada cerca de Ruten, en términos que todos juntos echaron á correr despues de muy poca resistência.

Gozoso por esta victoria, que escedia sus esperanzas, marchó Mauricio con direccion al castillo de Ehrenberg, situado sobre un peñasco muy alto y escarpado que domina el único paso que habia por entre las montañas. Habiéndose esta fortaleza rendido ya á los protestantes al principio de la guerra de Smalckade, por tener corta guarnicion, y conociendo el Emperador su importancia, habia puesto en ella una division ca-

paz de rechazar á un numeroso ejército; pero un pastor persiguiendo una cabra descubrió un sendero ignorado por donde se podia subir á la cumbre del peñasco, y fué á dar conocimiento de ello á Mauricio. Al punto se destinó para seguir aquel guia un destacamento de soldados escogidos, capitaneados por Jorge de Mecklemburgo, los cuales emprendieron la marcha de noche y trepando por una senda muy quebrada, con suma dificultad y riesgo llegaron á la cumbre sin ser vistos. Empezó Mauricio á dar el asalto por uno de los lados del castillo, y ellos aparecieron repentinamente al otro lado al momento y seña convenidos, disponiéndose á escalar las murallas, que eran débiles en aquel punto por creerle hasta entonces inaccesible. Sobrecogida de espanto la guarnicion viéndose atacar por un lado que creia enteramente seguro, rindió las armas al instante, quedando Mauricio por este medio, con muy poco derramamiento de sangre y principalmente sin perder tiempo, dueño de una plaza cuya rendicion podia entretenerle mucho y costarle grandes esfuerzos y habilidad.

Distaba entonces de Inspruck no mas que dos jornadas, y sin pérdida de momento mandó marchar hácia allá su infanteria, pues de ninguna utilidad podia servir la caballeria en aquel pais montuoso, por lo que la dejó en Fiessen para guardar la entrada del desfiladero. Proponiase avanzar con bastante rapidez para llegar

ántes que la noticia de la pérdida de Ehrenberg, á fin de sorprender al Emperador con todo su séquito en una ciudad abierta y sin defensa; pero no bien empezaban á marchar sus tropas cuando se amotinó un batallon de mercenarios declarando que no queria marchar si no se le pagaba la gratificacion que segun era uso se les debia por haber ganado una plaza por asalto. Costóle á Mauricio sumo trabajo y peligro, y un tiempo muy precioso, para conseguir se aquietase aquella revuelta, y le siguiesen sus soldados á una ciudad donde no les faltaria rica presa para recompensarles todos los servicios.

Solo debió el Emperador su salvacion al retardo que ocasionára este imprevisto accidente, pues hasta la noche no supo el peligro que corria, sin que le quedase mas medio que la fuga; así tuvo que salir de Inspruck apresuradamente, á pesar de la oscuridad de la noche y de lo mucho que llovia, y apesar de lo que le tenia debilitado el dolor de la gota, en términos que no podia moverse sino en litera, y de este modo viajó á la luz de antorchas al traves de los Alpes por unos senderos casi impracticables. Seguianle con igual precipitacion sus cortesanos y servidores, unos montados en caballos que acaso pudieron hallar, muchísimos á pié, y todos en la mayor confusion y desorden. Con tan miserable arreo, muy distinto de la pompa con que se viera siempre rodeado en aquellos cinco años precedentes el conquistador de Alemania, llegó Cárlos á Villack en Co-

rintía con su comitiva trastornada y rendida de cansancio. Apenas se creyó seguro en aquel sitio ignorado é inaccesible.

Entró Mauricio en Inspruck algunas horas despues de la salida del Emperador y los suyos. Desesperado por haberle escapado la presa en ocasion que estaba á punto de cogerla, persiguióla á distancia de algunas millas; pero considerando imposible alcanzar unos fugitivos á quienes daba alas el miedo, regresó á la ciudad y dió á saco todos los bagajes del Emperador y sus ministros, prohibiendo al mismo tiempo tocar cosa alguna de la pertenencia del rey de Romanos, ya sea por algun vínculo de amistad que hubiese contraido con este príncipe, ya que tratase de darlo así á entender. Habia calculado Mauricio con tal ecsactitud el tiempo de sus operaciones, que á esta sazon ya no faltaban mas que tres dias para llegar al principio de las treguas convenidas, y en consecuencia partió desde luego para irse á ver con Fernando en Passau el dia que se habia señalado.

Antes de salir de Inspruck puso Cárlos en libertad al elector de Sajonia, á quien despojára de su electorado y arrastraba en pos de sí cinco años habia; con su soltura confiaba tal vez echar con su rivalidad estorbos á Mauricio, caso que tratase de disputarle su título y Estados, ó quizás sentia lo indecoroso que era tener aquel príncipe preso mientras él corria peligro de perder la libertad. Mas no viendo el elector otro

camino para librarse que el que seguia el Emperador, y temblando solamente al pensar que podia caer en manos de un pariente á quien consideraba como el autor de todas sus desgracias, tomó el partido de seguir á Cárlos en su fuga, y esperar que se decidiese su suerte en la negociacion que se entablaria.

No bien hubo llegado á Trento la noticia de que Mauricio habia tomado las armas, apoderóse de los padres del concilio una consternacion general: los prelados alemanes regresaron desde luego á sus estados con la mira de ponerlos en seguridad; los demas tambien estaban impacientes por retirarse, y el legado, que hasta entónces resistiera todos los conatos de los embajadores imperiales para que se admitiera en el concilio á los teólogos protestantes, aprovechóse gustoso de esta ocasion para disolver una junta que le pareció tan difícil de regir. En 28 de abril se celebró una congregacion que decretó la prórroga del concilio por dos años, y su nueva convocacion para este plazo si se habia restablecido la paz en Europa; esta prórroga se alargó hasta diez años, pero las operaciones del concilio en la época que se reunió (1562) no pertenecen al período de la presente historia.

Mientras Mauricio estaba negociando en Lentz con el rey de Romanos, ó guerreando en el Tirol con el Emperador, avanzó el rey de Francia en Alsacia hasta Estrasburgo. Pidió permiso

al senado para pasar por la ciudad, confiando con el mismo ardid que le valió en Metz enseñorearse de la plaza y por el Rihn abrirse paso para el interior de Alemania; pero amaestrados los Estrasburgueses por la credulidad y desgracia de sus vecinos, cerraron las puertas, y reuniendo una guarnicion de cinco mil hombres, repararon sus fortificaciones, arrasaron las casas del arrabal, y dieron muestras de quererse defender hasta el último trance. Asimismo enviaron al rey una diputacion de los vecinos mas respetables para suplicarle no ejerciera contra ellos hostilidad alguna. Los electores de Treves y Colonia, el duque de Cleves y otros príncipes vecinos, se unieron á ellos para encarecer á Enrique no echase en olvido el título que tan generosamente habia tomado, y no se convirtiese en opresor de Alemania, en vez de ser su libertador como lo habian anunciado. Secundáronlos igualmente con grande empeño los cantones suizos, solicitando á Enrique respetase una ciudad unida desde mucho tiempo con su república por la amistad y los tratados.

Por mas poderosa que fuese esta intercesion reunida, no hubiera bastado para que Enrique renunciára á tan importante conquista si se hubiese hallado en estado de conservarla. Pero ya que no podia otra cosa, quiso que sus aliados le debieran como un favor aquella retirada que no podia evitar, y manifestó á los Suizos que solo tomaba aquella resolucion por diferencia á

sus instancias. Mandó enseguida que todos sus caballos fuesen á beber en el Rihn en prueba de que hasta allí llegaban sus conquistas, y volvió á tomar el camino de Champaña.

Mauricio llegó á Passau el dia 26 de mayo para tener las vistas con Fernando, á las que asistieron en calidad de mediadores el duque de Baviera, los obispos de Saltzburgo y Aichstadt y los representantes de los electores y de las ciudades libres. Despues de haber relatado Mauricio todos los actos de despotismo contrarios á la constitucion del Imperio ejercidos por el Emperador, pidió la libertad del landgrave de Hesse, satisfaccion por las reclamaciones de los confederados relativamente á la administracion civil del Imperio, y libertad para los protestantes de ejercer públicamente y sin ser molestados su religion. Manifestando el Rey de Romanos mucha repugnancia en aceptar estas condiciones, los mediadores escribieron en comun al Emperador para suplicarle librase la Alemania de los horrores de una guerra civil, obteniendo al mismo tiempo de Mauricio una prolongacion de la tregua.

Dicha esposicion fué presentada al Emperador por unanimidad de los príncipes y Estados alemanes. El monarca por su parte tenia poderosos motivos para desear la paz, pues para sostener la guerra, tenia vacias las arcas, licenciadas las tropas, y los Españoles ya le negaban todo subsidio. Desplegaba asimismo Fernando mucho celo á favor de la paz, pues ya no le afligia ver enfre-

nar el poder de su hermano, y temia por otra parte que los Turcos invadiesen su territorio mientras estaba allí ocupado.

El carácter inflecsible del Emperador inutilizó en un principio todas las consideraciones que se le patentizaron para reducirle á un arreglo, empezando por rehusar llanamente las concesiones que se le pedian. Conociendo Mauricio la costumbre que tenia el Emperador de ganar tiempo negociando, sin hacer caso de las súplicas de Fernando salió repentinamente de Passau y fué á poner sitio en Francfort sobre el Mein, apretándole con tal vigor que por fin cedió la terquedad del Emperador, prometiendo todo cuanto se le ecsigia para seguridad de los confederados. Mauricio se inclinaba tambien á la paz, por conocer la dificultad que habia de mantener en union y obediencia los elementos de que se componia el ejército confederado; temia las tentativas que en Sajonia pudiera hacer el elector que Cárlos habia puesto en libertad, y sabia que el landgrave podia darle muerte el príncipe inflecsible que tantas crueldades con él ejerciera. Deliberó Mauricio sobre todos estos estremos con los aliados, y determinaron adoptar las condiciones que ofrecia el Emperador, aunque fuesen ménos ventajosas que las propuestas desde el principio. Regresó á Passau, y firmó el tratado cuyos principales artículos eran: el landgrave será puesto en libertad, reuniráse una dieta en el término de seis meses para tratar de evitar las

contiendas religiosas, gozando hasta dicha época los protestantes del libre ejercicio de su religion; y finalmente ninguno de los confederados podrá ser reconvenido por lo ocurrido durante la guerra. Tal fué el famoso tratado de Passau que estableció la religion protestante en Alemania sobre bases mas sólidas, y desvaneció todas las esperanzas de Cárlos para hacer la autoridad imperial absoluta y hereditaria en su familia.

Muy poca cuenta se tuvo, en las negociaciones, de los intereses del rey de Francia, el cual en esta ocasion esperimentó el trato que deben esperar todos los que prestan su nombre y ayuda á los autores de una guerra civil; pero por mas indignacion que le inspirára la perfidia de sus aliados, conoció que le interesaba correr en buena armonia con el cuerpo germánico, y muy lejos de vengarse de alguno de los que le habian ofendido, devolvió á Mauricio y los confederados los rehenes que de ellos recibiera, y continuó manifestando las mismas disposiciones en adelante y fingiendo el mismo celo por el sosten de la antigua constitucion y la libertad del Imperio.

LIBRO XI.

El landgrave de Hesse y el elector de Sajonia son puestos en libertad. — Se prepara el Emperador á la guerra de Francia. — Sitio de Metz. — Ruina del ejército imperial y generosidad de los vencedores. — Violencias cometidas por Alberto de Brandeburgo. — Muerte de Mauricio de Sajonia. — Muerte de Alberto. — Guerra de los Paises Bajos. — Casamiento de Felipe y María reina de Inglaterra. — Los franceses se apoderan de Mariemburgo. — Batalla de Reuti. — Guerra de Italia. — Batalla de Marciano. — Bizarra defensa de Siena por Montluc. — Dieta de Augsburgo. — Paz de la religion. — Marcelo II elegido Papa. — Su muerte. — Sucédele Pablo IV. — Su tratado con Francia. — Abdica el Emperador. — Conciértase una tregua, que se rompe luego en Italia.

Luego que estuvo firmado el tratado de Passau, Mauricio en cumplimiento de los compromisos contraidos con Fernando marchó hácia Hungría al frente de treinta mil hombres; pero las fuerzas superiores de los Turcos y otras cir-

cunstancias le impidieron llevar á cabo cosa alguna digna de su fama ó ventajosa al rey de Romanos.

Puesto en libertad el landgrave de Hesse, fué el mas tímido y circunspecto de los príncipes del imperio, así como antes fuera el mas osado y emprendedor. Tambien obtuvo libertad el elector de Sajonia, y se retiró á la parte de territorio que se le habia otorgado cuando Mauricio se posesionó de su electorado.

La pérdida de Metz, Tul y Verdun afligian vivamente al Emperador, pues dichas plazas formarian ahora una barrera terrible entre Francia y el imperio en el mismo lado por donde él siempre invadiera aquel reino. Consideraba su posesion como necesaria á su poder y honor, y en consecuencia resolvió reconquistarlas, á cuyo fin juntó un grueso ejército so pretesto de marchar hácia Hungría; mas los Franceses se habian sobradamente amaestrado á costa propia para no fiarse de sus artificios, y dejarle de observar con cuidado todos los movimientos. Pronto adivinó Enrique el verdadero objeto de aquellos grandes aprestos, y resolvió defender sus importantes conquistas con tanto vigor como pudiera usar el enemigo para arrancárselas. Previendo que todo el peso de la guerra caeria desde luego sobre Metz, y que de la suerte de esta ciudad dependiera la de Tul y Verdun, mandó para que la gobernase durante el sitio al duque de Guisa Francisco de Lorena, á quien la glo-

ria y la defensa de su propio señorío interesaban en sostenerla á todo trance. No podia hacerse eleccion mas acertada; aceptóla el duque con entusiasmo, y el deseo de señalarse llamó á sus banderas multitud de caballeros y aun algunos príncipes de la real familia. Un caudillo menos resuelto que el Duque hubiera retrocedido ante la dificultad de defender una ciudad estensa con grandes arrabales, débiles murallas sin fortificaciones, fosos angostos, y antiguas torres en lugar de baluartes, harto separadas unas de otras para defender el muro; mas todas estas faltas se repararon del mejor modo que permitió el tiempo, arrasáronse los arrabales, ni siquiera se perdonaron los monasterios é iglesias. Los sepulcros de reyes enterrados en estos lugares, los vasos sagrados y reliquias, fueron trasladados á la ciudad en procesion, á cuya frente iba el duque en persona. Derribáronse igualmente las casas demasiado arrimadas á las murallas por la parte interior; ensanchárronse los fosos; el mismo duque trabajó en las fortificaciones; siguieron su ejemplo oficiales y voluntarios, y los soldados viendo como sus gefes tomaban parte en sus trabajos soportaban gustosamente las mas duras fatigas, acudiendo á secundar al general hasta los mismos ciudadanos.

El Emperador luego que tuvo reunidas todas las fuerzas prosiguió su marcha sobre Metz, dando el mando de las operaciones al duque de Al-

ba, secundado por el marques de Mariñan. En vano le presentaron sus generales que la estacion estaba muy adelantada para principiar tamaña empresa; nada le pudo disuadir de mandar poner el cerco á la ciudad. Todas las miradas se fijaban entónces en Alberto de Brandeburgo, que era el único gefe protestante que no hubiese depuesto las armas despues del tratado de Passau, y permanecia en campaña al frente de veinte mil hombres talando indistintamente todos los paises por donde pasaba. Este gefe sin principios fluctuaba entre Cárlos y Enrique, resuelto á pasarse al partido que le ofreciese mejores ventajas; de improviso arrojóse encima de una division francesa mandada por el duque de Aumale, hermano de Guisa, derrotóla, hizo al príncipe prisionero y se unió con el Emperador delante de Metz; en consideracion á cuyo servicio Cárlos le perdonó lo pasado, y le aseguró la posesion de los territorios que durante la guerra habia usurpado.

Aunque sumamente afligido el duque de Guisa por la desgracia de su hermano, en ninguna manera aflojó el vigor con que se preparaba á defender la ciudad; antes bien molestaba á los sitiadores con frecuentes salidas, en las que rivalizaban sus oficiales para señalarse, hasta el punto de ser casi infructuosa toda su autoridad para contener su arrojo. Llegó á verse mas de una vez en la precision de cerrar las puertas de la ciudad y ocultar las llaves para impedir que los

príncipes de la casa real y la alta nobleza salieran á insultar al enemigo. Por su parte los imperiales atacaban la plaza por distintos puntos á la vez; mas como el arte de los sitios no habia aun alcanzado el grado de perfeccion á que llegó á fines del siglo decimosesto en la larga guerra de los Paises Bajos, habian ya trascurrido muchas semanas en las que se hicieron trabajos sin cuento, y muy poco habian adelantado los sitiadores. Las brechas que hacian durante el dia sus cañones, eran de noche reparadas, ó las nuevas fortificaciones que de improviso salian de entre las ruinas de las antiguas, les amenazaban con nuevos trabajos y peligros. Irritado el Emperador por tan obstinada resistencia, salió de Thionville, donde hasta entonces le detuviera la gota, y mandóse llevar en litera á su campo para alentar con su presencia á los soldados. Efectivamente, á su llegada estrechóse el sitio y redobláronse los esfuerzos.

Empero como ya se esperimentaba el rigor de la estacion, veíase el campamento ora inundado por las lluvias, ora cubierto de nieve; escaseaban los víveres, á causa de una division de caballeria francesa que andaba por aquellos alrededores interceptando los convoyes, ó cuando ménos estorbando ó retardando su llegada. Empezaron las enfermedades á postrar á los soldados, mayormente los Italianos y Españoles, por estar ménos acostumbrados á tiempos tan crudos. Por fin pareciendo ya practicables las brechas, resolvió

el Emperador intentar un asalto general, lo que tambien desaprobaron sus mejores oficiales, manifestando lo muy imprudente que era atacar con tropas flacas y desalentadas una gruesa guarnicion mandada por lo mas bizarro y valiente de la nobleza francesa. Adivinando el duque de Guisa el intento de los enemigos por el estraordinario movimiento que notó en su campo, aprestó todas sus tropas á recibirlos, las que al punto se presentaron en las murallas y brechas con tal denuedo y confianza, que aquellos en lugar de avanzar al toque de ataque permanecieron inmóviles, callados y abatidos. Al notar el Emperador el desaliento de su ejército, retiróse bruscamente á su tienda, lamentándose de verse vendido por soldados que apenas merecian el título de hombres.

Aunque profundamente afligido y humillado por tal afrenta, no por ello abandonó Cárlos el sitio, sino que mudando de plan, mandó cesar el fuego de artilleria, y resolvió servirse de la mina, cuya accion era mas lenta pero mas segura. Sin embargo, continuando las lluvias y nieves, tenian que sufrir mil penalidades los que estaban encargados de aquel trabajo, y el duque de Guisa, no ménos hábil que valiente, aventaba é inutilizaba todas las minas. Conoció Cárlos que no era dado luchar mas tiempo contra los rigores de la estacion, y contra enemigos á quienes no podia vencerse ni por fuerza ni por ardid. Veia ademas sus tropas víctimas de una

enfermedad contagiosa, que le arrebataba cada dia muchos oficiales y soldados, y forzado finalmente de ceder á las instancias de sus generales, que le suplicaban salvase los restos de su ejército por medio de una pronta retirada, dijo estas palabras: «La fortuna es como todas las mugeres; concede sus favores á la juventud, y menosprecia las canas.»

Inmediatamente mandó levantar el sitio, que le costára cincuenta y seis dias de trabajos, en cuyo plazo perdió mas de treinta mil hombres, ya de resultas de las enfermedades ya del fuego de los enemigos. En cuanto el duque de Guisa echó de ver el intento de los Imperiales, tomó las mas prontas medidas para inquietarlos en su retirada, destacando varios cuerpos de caballeria é infanteria para picarles la retaguardia y coger los rezagados. Verificóse con tal desórden la marcha del ejército, que era muy fácil atacarle sin riesgo y matarle mucha gente. Pero al salir los Franceses de la ciudad, el espectáculo mas espantoso se ofreció á su vista y trocó toda su furia en sentimientos de compasion: el campo de los Imperiales estaba cubierto de enfermos, heridos, muertos y moribundos y llenos todos los caminos de infelices que habiendo hecho vanos esfuerzos para escaparse volvian á caer de debilidad y perecian por falta de ausilios. Sus enemigos les hicieron todos los servicios que no podian prestarles sus amigos. Mandó el duque víveres para los hambrientos, y puso al cuidado de cirujanos los

heridos y enfermos, siendo llevados los unos á los lugares circunvecinos, y puestos los otros en los hospitales de la ciudad, por no hallarse en estado de ser trasladados á tanta distancia; y á medida que se iban restableciendo, los enviaba á sus casas con escolta y dinero para el viage. Semejantes actos de humanidad, tan raros en un siglo en que la guerra se hacia con mas encarnizamiento que en la época presente, llevaron á lo sumo la reputacion á que era tan justamente acreedor el duque de Guisa por la gloriosa defensa de Metz, y los mismos vencidos ensalzaron á aquel héroe tanto como sus compatriotas.

Este año fué el mas desgraciado del reinado del Emperador, pues todavia sufrió otras pérdidas en Italia. Para lograr que Cosme de Médicis le prestára dos cientos mil escudos, tuvo que cederle la comunidad de Piombino; al mismo tiempo recibió su ambicion otro golpe muy sensible con la pérdida de Siena, de resultas de una rebelion ocasionada por el mal gobierno de Don Diego de Mendoza. Mientras esto pasaba, las costas de Calabria eran taladas por una escuadra turca que venia á unirse con otra francesa para apoderarse de Nápoles, pero no habiendo acudido los buques franceses, los turcos se volvieron á Constantinopla.

(1553). Acostumbrado Cárlos á una larga serie de prosperidades, sintió vivamente aquellos reveses, y de Metz se retiró á los Paises Bajos; allí aquejado por los dolores de la gota, se

puso melancólico, intratable y muy amenudo incapaz de aplicarse á los negocios, dominándole únicamente una pasion, que era la de vengarse de Francia.

La turbulenta ambicion de Alberto de Brandeburgo produjo en este año graves trastornos en Alemania. Favorecido secretamente por el Emperador, con intento de oponer un rival á Mauricio, reorganizó su ejército y continuaba poniendo á contribucion los cantones católicos. Quejáronse éstos á la cámara imperial, que condenó á Alberto, y formóse contra él una liga para llevar á ejecucion dicha sentencia, poniéndose á Mauricio á la cabeza de las fuerzas que juntó. Constaban ambos ejércitos de veinte y cuatro mil hombres cada uno, y encontrándose en Sieverhausen del ducado de Luneburgo, trabóse una batalla muy encarnizada el dia 9 de julio, quedando por mucho tiempo incierta la victoria, hasta que la caballeria de Mauricio la decidió á su favor. Perdió Alberto cuatro mil hombres, el campamento, bagage y artilleria; pero pagó cara el ejército contrario esta ventaja, con la muerte de varios príncipes, y particularmente la de Mauricio, que recibió una bala de pistola en el vientre en el acto de cargar al frente de la caballeria, de resultas de cuya herida murió dos dias despues de la accion á la edad de treinta y dos años.

El impetuoso valor y prodigalidad de Alberto le hacian el ídolo de un tropel de aventureros

que seguian su fortuna, por lo que no tardó en tener recogidas sus fuerzas dispersas, y repitió sus deprecaciones con mas furor que nunca. Mas habiéndose puesto á la cabeza del ejército de los aliados Enrique de Brunswick, derrotóle otra vez y le dió caza hasta que se hubo refugiado en Francia, donde murió indigente y desesperado.

Tal fué el deplorable fin de Alberto de Brandeburgo, fundador de la monarquia prusiana; habia sido gran maestre de la órden Teutónica, y despues de haber derribado todos los privilegios de dicha órden, apropióse la mayor parte de las riquezas de los caballeros y enseñoreóse de la parte de Prusia que á la misma pertenecia.

Mientras esto acontecia en Alemania, proseguiase con ardor la guerra en los Paises Bajos, donde los Imperiales se habian apoderado de las plazas de Therouanne y Hesdin. Mucho sintió Enrique la pérdida de estas dos ciudades, y marchó al frente de un grueso ejército; Cárlos salió tambien de Bruselas, donde se hallaba desde mucho tiempo, pero las continuas lluvias impidieron á los dos monarcas ejecutar empresa alguna digna de ellos. Mantuviéronse los Franceses en Toscana, y apoderáronse de una parte de la isla de Córcega que pertenecia entonces á los Genoveses. Los asuntos de la casa de Austria no mejoraron en Hungría, pues habiéndose presentado Isabel á los nobles descontentos del asesina-

to de Martinuzzi, reconquistó su antiguo reino, al paso que las tropas de Fernando por estar mal pagadas no querian batirse con los Turcos.

Ocupábase Cárlos con ardor de un nuevo proyecto que habia imaginado para engrandecer á su familia. Eduardo IV de Inglaterra padecia una enfermedad de consuncion que daba pocas esperanzas de alargar su vida; y en cuanto lo supo el Emperador, concibió la idea de reunir la Inglaterra con sus demas reinos por medio de un matrimonio de su hijo Felipe con Maria, heredera del trono de Eduardo. Si bien esta princesa, de edad de treinta y ocho años, tenia once mas que Felipe, consintió Felipe sin vacilar en darle la mano. Luego que el trono estuvo vacante, envió Cárlos á Lóndres una lujosa embajada para felicitar á la nueva reina y ofrecerle la mano de su hijo. Recibió Maria favorablemente esta proposicion; mas recelosa la nacion inglesa de la altivez castellana, no se mostró tan bien dispuesta, y la cámara de los comunes presentó una esposicion fuerte contra semejante enlaze.

(1554) Ningun caso hizo Maria de aquellas manifestaciones, y concluyóse entre ella y Cárlos Quinto el tratado en que se estipulaban las condiciones de aquel matrimonio. Estalló una insurreccion, pero al punto quedó sofocada; Felipe desembarcó en Inglaterra, y celebró sus nupcias con la mayor pompa. Luego despues, Maria restableció la religion católica en sus estados, con

general disgusto del pueblo ingles, pero habiendo muerto sin posteridad tomaron los asuntos religiosos muy diverso giro.

Con gran recelo viera el rey de Francia efectuarse un matrimonio que habia de acrecentar el poderio de un enemigo ya sobradamente temible; y ya que no pudo impedirle, procuró conservar la paz con Inglaterra, y resolvió llevar con mucho vigor la guerra en Italia y los Paises Bajos para reducir al Emperador á firmar un tratado de paz antes que pudiese sacar ayuda de Inglaterra. Abrióse la campaña con la toma de Marienburgo, que ganaron en seis dias los Franceses, apoderandose enseguida de Bouvines y Dinant y metiéndose luego en el Artois. Felipe de Saboya tuvo traza de forzarlos á retroceder por falta de víveres, con lo cual se fueron á cercar la ciudad de Reutí. Avanzó el Emperador en persona para librar esta plaza, y lo consiguió á pesar de haber sido rechazadas sus tropas en el ataque. De allí se dejaron caer los Imperiales en la Picardía, y la pusieron toda á fuego y á sangre.

De mal en peor iban los asuntos de los Franceses en Italia. Queriendo Cosme de Médicis arrojarlos de Siena, confió el mando de las fuerzas que juntó á Medicino, marques de Mariñan uno de los primeros capitanes de aquel tiempo; Enrique tomó por general á un refugiado florentino llamado Strozzi, que por disensiones de familia odiaba mucho á los Médicis, eleccion

poco acertada, pues á impulsos de su resentimiento obró Strozzi sin alguna circunspeccion, como que estando á su favor la victoria si hubiese llevado las cosas con lentitud, fué causa con su precipitacion de que los Franceses sufriesen una derrota junto á Mariano. Despues de esta victoria, llevó Medecino sus tropas delante de Siena sin recelo de ver estorbadas sus operaciones, y no obstante la heroica resistencia que hizo la guarnicion francesa mandada por Montluc y secundada por los habitantes, convertido el sitio en bloqueo, y agotados todos los recursos, tuvieron que rendirse, aunque con muy ventajosas condiciones; pero no creyéndose obligados por esta capitulacion, Cosme de Médicis y el Emperador trataron á los Sieneses como un pueblo conquistado.

(1555) Habia el Emperador nombrado al duque de Alba generalísimo de Italia, con los mas amplios poderes; pero no correspondieron sus adelantos en un principio á sus conatos y pujanza, por oponérsele el mariscal de Brissac, que con mucha habilidad mandaba tropas francesas muy aguerridas y prácticas de aquellas tierras. Despues de haberse jactado el duque de Alba con su acostumbrada arrogancia que echaría los Franceses de Italia en algunas semanas, ni siquiera pudo conservar todas las posesiones cuya defensa le confiára su soberano.

Viéndose Cárlos imposibilitado de intentar empresa alguna de importancia, adoptó un ar-

did muy arriesgado, que si le hubiese salido bien le diera muchas victorias. Habia en Metz un guardian de Franciscanos llamado el padre Leonardo, que por mostrar grande aficion al partido frances se habia grangeado la confianza del duqne de Guisa, y luego la de Villevielle, á quien pasó el gobierno de la plaza. Abusando de la facultad que se le concedia de tener correspondencia con todos los que queria fuera de la ciudad, propuso á los generales del Emperador el ganarla por sorpresa, concertándose con ellos para introducir en su convento cierto número de soldados imperiales disfrazados, que á un momento señalado pegarian fuego á la ciudad y atacarian la guarnicion, al tiempo que las tropas salidas de Thionville acudirian para escalar. Empero Villevielle tuvo algunos indicios de esta conspiracion al mismo dia que debia estallar, sorprendió á los soldados ocultos en el convento, prendió al guardian, y luego fué á ponerse en emboscada, sorprendió las tropas de Thionville que se dirigian á Metz, y las desbarató.

Gozaba la Alemania de profunda calma, y Fernando abrió la dieta de Augsburgo, instándola para que tomara medidas definitivas á fin de terminar las disensiones que ocasionáran las controversias religiosas. Habiendo el Emperador dejado á Fernando el gobierno del Imperio despues del tratado de Passau, tenia este sumo interés en captarse la confianza de los príncipes alemanes y mantenerlos en paz; pues por una parte nece-

sitaba sus votos para llegar á la dignidad imperial á pesar de las miras secretas de su hermano, y por la otra hubiera deseado reunirlos contra los Turcos que amenazaban la Hungria. Hizo en consecuencia los mayores esfuerzos para conciliar los ánimos, y consiguió que ambos partidos adoptasen un convenio en virtud del cual cada provincia quedaba libre de observar la religion católica ó la protestante, sin que nadie pudiese en adelante intervenir en materias de religion con otros medios que los de la concordia y la persuasion por via dé las conferencias. Reconocióse á la potestad civil el derecho de establecer en cada Estado el culto y doctrina que tuviese por conveniente, y á los súbditos el derecho de retirarse con sus efectos á otro Estado, caso que no se conformasen con la religion adoptada por su príncipe. Tal fué el famoso estatuto que fundó en Alemania la paz religiosa, y sirvió de vínculo de union entre los Estados que siguieron diferente doctrina.

Mientras duraba esta dieta murió el Papa Julio II, y fué elegido en su lugar el cardenal de Santa Cruz Marcelo Cervino, que siguiendo el ejemplo de Adriano no mudó de nombre, y se llamó Marcelo II. Con intenciones tan puras como Adriano, superábale en la ciencia del gobierno; pero un pontífice tan respetable no brilló mas que un instante en la silla de San Pedro, pues murió veinte dias despues de su eleccion. Sucedióle Juan Pedro Caraña, decano del sacro

colegio, y de familia ilustre del reino de Nápoles: por respeto á la memoria de Pablo III que le habia hecho cardenal, tomó el nombre de Pablo IV. Era este pontífice de rara ciencia y mucha erudicion, y habia pasado casi toda su vida austeramente retirado en la órden de Teatinos de que era fundador: era de esterior severo, desplegó un vigor ageno de su edad, pues á la sazon tenia mas de ochenta años; en la ceremonia de su coronacion ostentó mucha pompa, y juzgó que debia manifestar todo el aparato correspondiente á un príncipe poderoso. Llamó junto á si sus dos sobrinos hijos de su hermano el conde de Montorio; al mayor le nombró gobernador de Roma, y al menor le creó cardenal, y mas tarde legado de Bolonia. El nuevo Papa consideraba á Cárlos Quinto como el mayor enemigo de la independencia de los Estados de Italia; así es que poco les costó á sus sobrinos para inducirle á que procurase tener alianza y amistad con Francia. El resultado de la dieta de Augsburgo que aseguraba á los protestantes una tolerancia ilimitada, contribuyó tambien á disponer el ánimo del gefe de la Iglesia contra el Emperador. De consiguiente, facilmente logró el cardenal de Lorena, enviado del rey de Francia, concluir con el Papa un tratado de alianza ofensiva, en virtud del cual ambos príncipes debian unir las fuerzas para atacar la Toscana y el reino de Nápoles.

Empero durante la negociacion de este trata-

do, cesaron de repente las alarmas que en apariencia le motivaban, con un acontecimiento que hacia superfluas sus medidas, y fué la resignacion que hizo el Emperador de sus Estados hereditarios á favor de su hijo Felipe, y su resolucion de renunciar para siempre á los cuidados del mundo y pasar lo que le quedaba de vida en el retiro y la soledad. No son menester profundas reflecsiones ni gran discernimiento para conocer que la dignidad real no está esenta de cuidados y penas, y que los mas de los hombres que suben al trono compran muy cara esta preeminencia que causa tanta envidia, con las zozobras, el hastio y los disgustos que de ella son inseparables; pero descender del puesto supremo á un estado de subordinacion, y renunciar al poder para buscar la felicidad, es una fortaleza que parece superior á la naturaleza humana. La historia ofrece sin embargo mas de un ejemplo de príncipes que abandonaron el trono para terminar su vida en el retiro; pero fueron ó bien hombres débiles que pronto se arrepintieron de una resolucion tomada con ligereza, ó ilustres desgraciados que despojados del cetro por un rival, muy á pesar suyo pasaban al estado de particulares.

La abdicacion de Cárlos llenó de pasmo toda la Europa. Tanto sus contemporáneos como los historiadores de su siglo se perdieron en conjeturas para adivinar los motivos que á ello le movieron, y á la verdad no podia esperarse una determina-

cion tan singular de un monarca cuya pasion favorita habia sido siempre el amor de mando, y que no teniendo mas que cincuenta y seis años, se hallaba precisamente en la edad en que la ambicion, ménos distraida y mas fuerte, persigue con mas ardor su objeto. Muchos autores han imputado semejante accion á causas frívolas y ridículas que no pueden ejercer influencia alguna en el corazon humano, y otros la han considerado como resultado de algun profundo misterio de política; mas otros historiadores mas perspicaces y mejor informados han opinado que era inútil recurrir á raros caprichos ó á secretos de Estado, cuando ecsisten razones sencillas y patentes para esplicar la conducta del Emperador. Cárlos padecia de la gota desde jóven, y á pesar de los desvelos de los médicos mas hábiles crecia el mal en violencia á medida que entraba en edad, y cada año eran los ataques mas frecuentes é insufribles. Los padecimientos, al paso que destruian el vigor de su complecsion alteraban cada vez mas las facultades de su alma. En semejante estado, el curso de los negocios de sus reinos era una carga demasiado pesada para él, y mucho menos aun podia llevar á ejecucion los vastos proyectos que concibiera en la fuerza de su juventud, ni sostener ese gran sistema político cuya cadena abarcaba todas las naciones de Europa y los complicados intereses de tantas cortes distintas. Acostumbrado de tiempo á pasar su vigilante vista por todos los ramos de la administracion,

y decidir él solo todas las operaciones; veia con pesar que el aumento de sus dolencias le forzaba á entregar á sus ministros la direccion de los negocios; por esto no dejaba de atribuir las desgracias y los accidentes que le sobrevenian, de cualquiera naturaleza que fueren, á la imposibilidad en que se hallaba de gobernar en persona. Quejábase de la suerte, porque en su vejez le oponia un rival en lo mas florido de la edad, que podia concertar y llevar á cabo él mismo sus proyectos, mientras él se veia reducido á confiar á manos agenas el cuidado de sus designios é intereses. Acometido antes de tiempo por las incomodidades de la vejez, creyó cuerdamente que debia ocultar al público su debilidad, y que fuera esponer su gloria y menoscabar su fama el obstinarse en no soltar las riendas del gobierno, que ya no podia llevar con firmeza ni manejar con arte.

Sin embargo hasta entonces muchas razones habian impedido al Emperador de ejecutar su intento, aunque muchos años habia que le revolvia en su mente, y le habia comunicado á sus hermanas las reinas viudas de Francia y Hungria, que lo aprobaron, y hasta le ofrecieron acompañarle en su retiro. No podia resolverse á encargar á Felipe el gobierno de sus Estados, antes de tener la edad y esperiencia necesarias para llevar una carga tan pesada; mas como ya este príncipe habia cumplido veinte y ocho años, y habiéndose acostumbrado temprano al trabajo manifestaba en

él no ménos aficion que talento, hubiérase podido atribuir á prevencion de padre el partido que entonces hubiese tomado de resignar en su hijo un trono que él queria abandonar. Mas real era el obstáculo que oponia su madre á su abdicacion; pues aunque esta princesa vivia en un encierro cerca de cincuenta años, en el mismo estado de enagenacion mental á que la habia reducido la muerte de su marido, suponiase siempre que ella gobernaba en España juntamente con el Emperador: insertábase su nombre en todas las reales órdenes al lado del de su hijo, y era tal la adhesion que le tenian sus súbditos, que hubieran tenido escrúpulo en reconocer á su hijo por su soberano sin que ella consintiera en asociarle al trono. Mas ¿como obtener su consentimiento en el estado en que se hallaba? Con su muerte, ocurrida en este año, se allanaron todas las dificultades, pues Cárlos quedó único dueño de la corona de España, y libre de disponer de ella á favor de su hijo.

Así fué que, no bien se le ofreció ocasion favorable para ejecutar su primer intento, quiso hacerlo con toda la solemnidad correspondiente á la importancia del suceso, é ilustrar su postrer acto de soberania con un esplendor que dejase profunda impresion en el ánimo de sus vasallos y de su sucesor. Llamó pues á Felipe de Inglaterra, donde era víctima del genio taciturno de la reina, agriado aun mas por no tener hijos, mientras por otra parte la envidia de los Ingleses

no le dejaba esperanza alguna de poderlos gobernar algun dia. Habiendo convocado los estados de los Paises Bajos en Bruselas para el dia 25 de octubre, vino á tomar asiento en ellos el Emperador por última vez en su trono, teniendo á un lado á su hijo, al otro su hermana reina de Hungria y regente de los Paises Bajos, y detras una brillante comitiva de grandes de España y príncipes del Imperio. El presidente del consejo de Flandes esplicó en pocas palabras la intencion que tuvo del soberano al convocar aquella asamblea estraordinaria, y leyó enseguida el acta de resignacion en virtud de la cual cedia el Emperador á su hijo Felipe todos sus señorios, su jurisdiccion y su autoridad en los Paises Bajos, declarando á sus vasallos libres de la obediencia que le debian y traspasándola á Felipe su legítimo heredero, para que le sirviesen con el celo y fidelidad que siempre por él manifestaron en el decurso de tantos años, que los gobernó.

Entónces, apoyándose Cárlos en el hombro del príncipe de Orange, por estar muy debil, levantóse de su asiento, y dirigiéndose á la asamblea, con un escrito en la mano para ayudar su memoria, recordó con dignidad, aunque sin ostentacion, todas las cosas grandes que habia emprendido desde el principio de su reinado. Dijo que habiéndose dedicado enteramente á los desvelos del gobierno, desde la edad de diez y siete años muy poco habia conocido el descanso y mé-

nos aun los placeres; que ya en tiempo de paz, ya con objeto de la guerra, habia pasado nueve veces á Alemania, seis á España, cuatro á Francia, siete á Italia, diez á los Paises Bajos, dos á Inglaterra, dos á Africa, y surcado once veces el mar; que mientras su salud le permitió cumplir sus deberes y sus fuerzas bastaron para llevar las riendas del gobierno de sus vastos Estados, nunca le arredró el trabajo ni se quejó de la fatiga; pero que agotado su vigor por las dolorosas crisis de una enfermedad incurable, veíase en la necesidad de retirarse del mundo; que no era tanto su afan de reinar que quisiese sostener el cetro con débil mano, cuando ya ni podia proteger á sus súbditos ni atender á su felicidad; que en lugar de un soberano agobiado de dolencias, á quien no quedaba mas que un soplo de vida, les daba un príncipe que reunia la fuerza de la juventud con la esperiencia y madurez que dan los años; que si el decurso de su larga administracion habia cometido algunas faltas, ó si en medio de la confusion y bajo el peso de los graves negocios que absorvian toda su atencion, habia sido injusto con alguno de sus súbditos, les pedia por ello perdon; que siempre mas les conservaria una profunda gratitud por su adhesion y fidelidad; que este recuerdo le acompañaria en su retiro como su mas grato consuelo y la recompensa mas halagüeña de sus trabajos, y finalmente que los postreros votos que dirigiria al Todo-Poderoso no tendrian mas

objeto que la prosperidad de sus pueblos.

Luego, dirigiéndose á Felipe, que puesto de rodillas le besó la mano, le dijo: «Si con mi «muerte no os dejára mas que esta rica herencia «que tanto he aumentado, ya debierais alguna «gratitud á mi memoria; pero cuando os resig- «no lo que todavia pudiera conservar, tengo «derecho para esperar de vos el mayor recono- «cimiento. Sin embargo os dispenso de ello, y «el amor que tengais por vuestros súbditos y los «desvelos que empleeis para hacerlos felices, «serán para mí las pruebas mas eficaces de vues- «tra gratitud. A vos toca justificar el testimonio «estraordinario de efecto paternal que os doy en «este dia, y á mostraros digno de la confianza «que en vos deposito. Tened inviolable respeto «á la religion; mantened la fé católica en su «pureza; sean sagradas para vos las leyes de «vuestro pais; no atenteis á los derechos ni pri- «vilegios de vuestros súbditos; y si llega un dia «en que desearéis como yo gozar del sosiego de «la vida privada, ojalá tengais un hijo que por «sus virtudes merezca le resigneis el cetro «con tanta satisfaccion como al cedérosle yo «siento!»

Así que hubo terminado este discurso, dejóse caer Cárlos en su asiento casi desmayado por tan grande esfeurzo. Mientras tenia la palabra, todos los asistentes se deshacian en lágrimas, admirando unos su grandeza de alma, enternecidos otros por las vivas espresiones del amor que

tenia á su hijo y á sus pueblos, y sintiendo todos profundamente la pérdida de un soberano que distinguiera siempre á su pais natal con muestras de particular afecto.

Levantóse Felipe, pues hasta entónces habia estado postrado á los pies de su padre, y con voz apagada y sumisa le dió gracias de la merced que recibia de su bondad sin igual, y dirigiéndose enseguida á la asamblea, manifestó lo mucho que sentia no hablar con bastante soltura el flamenco para espresar en ocasion tan interesante todo cuanto creia deber á sus fieles súbditos de los Paises Bajos, y rogó fuese permitido hablar en su nombre á Granvelle, obispo de Arras. Este ponderó en un largo discurso el celo de Felipe por el bien de sus súbditos, su resolucion de consagrar todo su tiempo y talentos á labrarles la felicidad y á imitar el ejemplo de su padre tratando á los Flamencos con señalada predileccion. Un abogado muy elocuente llamado Maës, contestó en nombre de los estados con protestas de fidelidad y adhesion á su nuevo soberano.

Entónces Maria reina viuda de Hungría, abdicó la regencia que por encargo de su hermano ejercia por espacio de veinte y cinco años. Al dia siguiente prestó Felipe en presencia de los estados el juramento acostumbrado de mantener los derechos y privilegios de sus súbditos; y todos los miembros de la asamblea, tanto en su nombre, como en el de sus representados, le juraron obediencia.

Algunas semanas despues, en una asamblea bastante solemne, abdicó Cárlos á favor de su hijo las coronas de España con todos sus señorios tanto del antiguo como del nuevo mundo, sin que de tantas y tan vastas posesiones se reservase para sí mas que una pension anual de cien mil escudos para los gastos de su casa y actos de beneficencia y caridad.

Escogió la España para su residencia, esperando que la salubridad del aire y el calor del clima le calmarian la gota, que se le habia agravado con la humedad y los frios de los Paises Bajos, y estaba muy impaciente por embarcarse, conociendo que le seria imposible desprenderse enteramente de los negocios mientras permaneciese en Bruselas; pero sus médicos le manifestaron con tanto ahinco el peligro que corria navegando en la estacion mas fria y borrascosa del año, que á pesar suyo consintió en diferir por algunos meses su viage.

Antes de salir de los Paises Bajos tuvo la satisfaccion de mediar felizmente para entablar la paz con Francia; cuya realizacion deseaba con fervor por la seguridad de su hijo, asi como por tener la gloria, al despedirse del mundo, de volver á Europa el sosiego que él le habia quitado por tanto tiempo.

En unas conferencias que tenian por objeto el cange de prisioneros se suscitó el proyecto de concluir una larga tregua, durante la cual cada uno conservará su posicion. No hubiera vacilado

Enrique en aceptarla, porque con ella hubiera quedado en posesion de importantes conquistas; pero los compromisos que tenia con el Papa, no le dejaban árbitro de aceptar aquel convenio. Sin embargo, ratificó la tregua, pero el Papa le envió á su sobrino para recordarle sus promesas, y el rey no pudo ménos que adherirse á continuar la guerra. Desde luego el Papa principió á manifestar disposiciones hostiles, en vista de lo cual el duque de Alba entró en los Estados Pontificios con un ejército de doce mil hombres, y se apoderó de varias plazas. Atemorizado el soberano pontífice viendo sus adelantos, entabló negociaciones, y concluyóse una tregua primero de diez dias y luego de cuarenta; pero convencido Pablo que el duque de Alba no tenia intencion de llegar á un arreglo definitivo, y alentado con la esperanza de recibir socorro de tropas francesas, dedicó todos sus afanes á aprovechar el tiempo de la tregua.

LIBRO XII.

Parte Cárlos á España. — El monasterio de Yuste. — El duque de Guisa conduce el ejército frances á Italia. — Sitio de San Quintin. — Derrota de los franceses. — Heróica defensa de Coligny. — El duque de Guisa toma el mando del ejército frances. — Apodérase de Calés, Guines y Ham. — Fernando electo Emperador. — Casamiento del Delfin de Francia con la reina de Escocia. — Batalla de Gravelinas. — Tratos de paz. — Muerte de Cárlos Quinto. — Su vida en el retiro. — Su carácter. — Muerte de la reina María de Inglaterra. — Conducta de Isabel. — Conclúyese la paz en Cateau-Cambresis. — Muerte de Enrique II. — Muerte de Pablo IV.

Mientras el Papa y Felipe estaban ocupados en aquellas operaciones, sacudió por fin el Emperador los lazos que todavia le unian á este mundo, y marchó al lugar de su retiro. Habia conservado hasta entónces la dignidad imperial,

no porque hubiese desistido de renunciar á ella, sino con el único fin de intentar en aquellos meses de retardo otra tentativa para ejecutar el proyecto que tenia formado en beneficio de su hijo. Empero Fernando, que se mostrára inflecsible sobre el particular cuando las instancias del Emperador iban apoyadas de toda la autoridad que asiste al poder supremo, con mayor indiferencia y desden acogió ahora las proposiciones de su hermano despues de la voluntaria humillacion á que se habia reducido. El mismo Cárlos se avergonzó de haber tenido la debilidad de pensar que en su estado actual podria obtener lo que antes intentó en vano, y por fin renunció á tan quimérico proyecto. Entónces se desprendió del gobierno del Imperio, y habiendo transferido á su hermano el rey de Romanos todos los derechos de soberania que tenia sobre el cuerpo germánico, firmó al efecto una acta con todos los requisitos que reclamaba un asunto de tamaña naturaleza. Puso dicha acta en manos de Guillermo, príncipe de Orange, autorizándole para presentarla al colegio electoral.

No quedando ya mas obstáculos que pudiesen diferir la partida de Cárlos para el retiro que tanto anhelaba, salió con direccion á Zuitburgo en Zelandia donde debia reunirse la escuadra. Pasó por Gante, pueblo de su nacimiento, donde estuvo algunos dias, y prosiguió su viage en compañia de su hijo Felipe, su hija la archiduquesa, sus hermanas, las reinas viudas de Francia y Hun-

gria, su yerno Maximiliano y una numerosa comitiva de nobles flamencos. Antes de embarcarse se despidió de todo su acompañamiento, dando á todos pruebas de estimacion y afecto, y á Felipe un abrazo con todo el cariño propio de un padre que ve á su hijo por la vez postrera, y se puso á la vela el dia 17 de setiembre escoltado de una gruesa armada compuesta de buques españoles, flamencos é ingleses.

Tuvo un viage feliz y agradable, y llegó á Laredo en Vizcaya once dias despues de su salida de Zelandia. Luego que saltó á tierra, prosternóse en la playa y besó la arena diciendo: « O madre comun de los hombres, desnudo nací del seno de mi madre, y desnudo volveré al tuyo. » De Laredo se trasladó á Burgos, ya llevado en una litera por sus criados, ya tirado en una silla, adelantando con sumo trabajo y padeciendo á cada paso agudísimos dolores. Halláronse en Burgos algunos nobles españoles para obsequiarle, pero eran tan pocos y tan frios sus homenages, que lo notó Cárlos, y por primera vez conoció que ya no era soberano. Despidió gran parte de su servidumbre por serle ya inútil ú onerosa en su retiro, y pasó á Valladolid para despedirse de sus dos hermanas, á quienes no quiso permitir le acompañasen en su soledad, por mas que ellas se lo rogasen con lágrimas en los ojos, á fin decian de tener el consuelo de contribuir con sus desvelos á aliviar sus dolencias.

De Valladolid continuó su viage hácia Plasen-

cia en Estremadura, por cuya ciudad habia pasado en otro tiempo, y habiale gustado en gran manera el monasterio de Yuste de la órden de San Gerónimo, situado á pocas millas de Plasencia, habiendo dicho á algunos de los que le acompañaban que era aquel un lugar donde Diocleciano hubiera apetecido retirarse.

Habiase grabado aquella impresion tan profundamente en su alma, que tomó la resolucion de fijar allí su retiro. Estaba situado dicho convento en un valle reducido, bañado por un riachuelo, rodeado de colinas y sombreado por altos y frondosos árboles: tanto por la naturaleza del terreno como por la temperatura del clima era la situacion mas saludable y deliciosa de España. Algunos meses antes de su abdicacion, habia mandado Cárlos al monasterio un arquitecto para construir en él una habitacion para su uso, con especial encargo de que este nuevo edificio en vez de corresponder á su antigua dignidad fuese mas bien adecuado al estado llano que queria abrazar. En semejante retiro, que á penas bastaba para alojar cómodamente á un simple particular, se metió Cárlos acompañado solamente de doce criados, sepultando en la soledad y el silencio su grandeza, su ambicion y sus vastos proyectos, que por espacio de medio siglo habian llenado la Europa de zozobras y desasosiego, y sucesivamente inspirado á todos los pueblos el terror de sus armas y el temor de ser sojuzgados por su poderio.

(1551) Al duque de Guisa, principal promotor cerca del rey de Francia de la continuacion de la guerra, se confió como deseaba, el mando del ejército destinado á llevar socorro al Papa, compuesto de veinte mil hombres de las mejores tropas de Francia. Este ejército atravesó los Alpes en una estacion rigorosa, y avanzó hácia Roma sin oposicion alguna por parte de los Españoles, que se limitaban á guardar las fronteras del reino de Nápoles. Entró en Roma el duque de Guisa en medio de una pompa triunfal, pero no halló los aprestos de guerra tan adelantados como lo esperaba; y aunque echó de ver que todo el peso de la guerra iba á cargar sobre él, no dejó por ello de avanzar hácia Nápoles, dando principio á la campaña con el sitio de Civitella, que se vió forzado á levantar al cabo de tres semanas. Fué enseguida á presentar batalla al duque de Alba, que constantemente la evitó; y reducido al estremo de no poder emprender cosa alguna de importancia por el decaimiento de su ejército y los escasos socorros que el Papa le suministraba, no tardó el duque de Guisa en suplicar á su rey diese órden para retirar sus fuerzas.

Mientras agotaban inútilmente los Franceses sus recursos en Italia, resolvió Felipe dar un vigoroso impulso á la guerra en los Paises Bajos, á cuyo fin, despues de haber logrado con el ascendiente de su esposa que los ingleses declarasen la guerra al Frances, confió el mando de

sus tropas al duque de Saboya, que supo engañar á los Franceses con singular habilidad y pericia en sus movimientos, y fué repentinamente á cercar á San Quintin. Pocos dias hubiéranle bastado para enseñorearse de esta plaza, si el almirante de Coligny, que gobernaba aquella provincia, no hubiese creido comprometido su honor en conservar un punto tan importante, y tomado la denodada resolucion de meterse en ella con todas las tropas que pudo allegar, como efectivamente lo hizo pasando al través del ejército enemigo, aunque quedando cortada una parte de su division.

Habiéndose reunido con el duque de Saboya los Ingleses capitaneados por el conde de Pembroke, proseguíase el sitio con la mayor actividad, pues un ejército tan crecido y tan bien provisto de todo lo necesario, llevaba los ataques con suma ventaja contra una guarnicion que por ser tan flaca ni siquiera podia verificar salidas para estorbar ó inquietar á los sitiadores. No ocultándosele al almirante el riesgo inminente que corria la ciudad, y la imposibilidad en que se hallaba de defenderla mucho tiempo, dió aviso de ello á su tio el condestable de Montmorency, que mandaba el ejército frances, indicándole al propio tiempo un medio para dar socorro á los sitiados. Conociendo el condestable la importancia de salvar una plaza perdida la cual tendrian los enemigos paso libre para el interior del reino, y deseando sacar á su

sobrino de la peligrosa situacion en que le habia puesto su celo por el bien público, resolviose á emprender la que Coligny le proponia, por muy peligroso que lo reputára. Avanzó al intento desde la Fere á San Quintin á la cabeza de su ejército, que no llegaba á la mitad del de los Españoles, y confiando una division escogida á d'Andelot, hermano de Coligny, y coronel general de la infanteria francesa, le dió órden de penetrar hasta la ciudad por un camino que el almirante habia dado por muy fácil, mientras él con el grueso del ejército atacaria por otro lado el campo de los enemigos para llamarles por allí toda la atencion. Ejecutó d'Andelot su comision con mucho mas arrojo que prudencia, precipitándose sus soldados desapoderamente sobre el enemigo; y si bien arrollaron la primera division que se les presentó, pronto se introdujo el desórden en sus filas, y habiendo acudido nuevas tropas á atacarlos y cercarlos por todas partes, los mas quedaron destrozados, logrando introducirse en la ciudad no mas que unos quinientos de los mas denodados y venturosos, juntamente con d'Andelot.

En tanto, para la ejecucion de su plan tuvo que avanzar el condestable tan cerca del campo de los sitiadores, que no le fué dado retirarse con seguridad delante de un enemigo que le era tan superior en número. Pronto notó el duque de Saboya la falta de Montmorency, y con los talentos y serenidad de un gran capitan trató de apro-

vecharse de ella; á cuyo fin formó acto contínuo su ejército en órden de batalla, y acechando el momento en que los Franceses empezarian á desfilar hácia la Fere, destacó toda la caballeria á las órdenes del conde d'Egmont para cargar su retaguardia, mientras él avanzaria al frente de la infanteria para sostener el ataque. En un principio se retiraron los Franceses en muy buen órden, pero viéndose cargados por un cuerpo tan formidable de caballeria cuyo choque les era imposible sostener, creyéronse perdidos sin remedio; lo que unido á la poca confianza que su general les inspiraba, pues hasta el último soldado conocia entónces su imprudencia, produjo una consternacion general en el ejército: principiaron los Franceses á precipitar su marcha, y las tropas de retaguardia empujaron de tal modo las que las precedian, que pronto se convirtió en fuga aquella retirada. La infanteria, que con su presencia y autoridad mantenia el condestable agrupada á sus banderas, continuaba la retirada con bastante órden; pero habiendo d'Egmont hecho avanzar algunos cañones que dirigió contra su centro, introdujo en sus filas el desórden y la confusion; repitiendo entónces su carga la caballeria, rompió los batallones y fué universal la derrota. Unos cuatro mil Franceses quedaron en el campo de batalla, en cuyo número se contaba el duque de Enghien, príncipe de la familia real, y seis cientos nobles. Viendo el condestable perdida toda esperanza de mejorar la suerte, no

quiso sobrevivir á tan funesto desastre ocasionado por su imprudencia, y se arrojó á lo mas compacto de los batallones enemigos para morir con la espada en la mano, fué gravemente herido, y estenuado por la pérdida de la sangre, rodeáronle algunos oficiales flamencos que le conocieron, y le salvaron del furor de los soldados, obligándole á rendirse. Ademas quedaron prisioneros los duques de Montpensier y de Longueville, el mariscal Saint-Adré, muchos oficiales de distincion, tres cientos nobles y cerca de cuatro mil soldados: todas las banderas de la infanteria, las municiones de guerra y la artilleria, escepto dos cañones, cayeron en poder de los vencedores, sin que estos perdiesen mas de ochenta hombres.

Esta batalla, no ménos fatal á la Francia que las antiguas victorias de Crecy y Azincourt que en el mismo terreno ganaron los Ingleses, se asemejaba á estas igualmente por la prontitud de la derrota, la imprudencia del general, el número cuantioso de gefes de distincion hechos prisioneros ó muertos, la pérdida insignificante de los vencedores y la consternacion que esparció por toda la Francia. Retiráronse atropelladamente en el interior del reino muchos vecinos de Paris, tan espantados como si tuviesen el enemigo á las puertas de la ciudad, mas el rey con su presencia y ecsortaciones procuró reanimar á los demas, y ocupándose activamente en mandar reparar sus fortificaciones, preparóse á defenderla del ata-

que que esperaba. Empero la cortedad de Felipe y la valerosa defensa de Coligny contribuyeron no tan solo á poner la capital al abrigo del peligro que la amenazaba, sino tambien á dar tiempo á los Franceses de reponerse del terror y abatimiento en que los puso aquel funesto é inesperado contratiempo, aprovechándose de él Enrique para proveer á la seguridad del reino con medidas enérgicas y dignas del soberano de una nacion guerrera y poderosa.

Inmediatamente despues de la batalla, pasó Felipe al campo de San Quintin, donde fué recibido con todo el aparato de un triunfo militar. Tales fueron los trasportes de júbilo que le ocasionó esta victoria, con la cual adquirió tanto esplendor el principio de su reinado, que fueron parte para que se ablandara por algun tiempo su genio altivo y severo, y tomára una finura de modales que no le era natural. Habiéndosele llegado el duque de Saboya con ademan de arrodillarse para besarle la mano, tendióle Felipe los brazos y apretándole con ternura, le dijo: «Yo soy quien debo besaros á vos las manos, que tan gloriosa victoria han alcanzado, y con tan poca sangre nuestra derramada.»

Terminados los regocijos y felicitaciones ocasionados por la llegada de Felipe, celebróse un consejo de guerra en que se deliberó sobre lo que debia hacerse para sacar de la victoria el mejor partido. El duque de Saboya, y con él los gefes mas esperimentados de la escuela de

Cárlos Quinto, fué de opinion que desde luego se abandonase el sitio de San Quintin, cuya rendicion no era un objeto digno de ocupar el ejército, y se marchase á cercar á Paris; pero ménos osado Felipe ó mas prudente que sus generales, prefirió una ventaja mas moderada, pero segura, á una espedicion mas brillante y de mas dudoso resultado, opinando que se continuára el sitio de San Quintin. Conformáronse sus generales tanto mas gustosos con su dictámen como que no dudaban ser dueños de la ciudad en pocos dias, y consideraban este retardo de poca trascendencia para la ejecucion de su proyecto.

El mal estado de las fortificaciones, el reducido número de tropas que componian la guarnicion, y la ninguna esperanza de socorros ni ayuda, justificaban al parecer los cálculos de los generales de Felipe; pero no tenian en cuenta como debieran el carácter del almirante de Coligny que mandaba en la plaza. Defendióla en efecto con tanto empeño y habilidad, supo inspirar á la guarnicion tanta paciencia y valor, que por mas apretado que llevára el sitio Españoles, Flamencos é Ingleses reunidos, cuyo ardor crecia á impulsos de emulacion nacional, duró sin embargo diez y siete dias, al cabo de los cuales se ganó la ciudad por asalto, y Coligny fué hecho prisionero en la brecha, agobiado por el número. En el entretanto habia el rey tomado las mas activas medidas para defender su reino, y

temiendo Felipe el entusiasmo que animaba á todos los Franceses, contentóse en lo restante de la campaña con poner los sitios de Ham y el Catelet, de que pronto se apoderó.

(1558) Mandado retirar el duque de Guisa á Francia con su ejército, vióse el Papa en la necesidad de hacer la paz con Felipe, y obtuvo de este príncipe condiciones mas ventajosas que no le era dado esperar atendido el estado de las cosas. El de Guisa fué recibido en Francia como el salvador del pais, y poniéndose desde luego al frente del ejército en medio del invierno, engañó á Felipe, pues en vez de ir hácia San Quintin, como era de creer, dirigióse á poner sitio á Calés, que desde la batalla de Crecy que tuvo lugar 210 años atrás, siempre habia estado en poder de los Ingleses. En ocho dias ganó esta plaza que pasaba por inespugnables, y por creerla tal no tenian los Ingleses en ella mas que 500 hombres de guarnicion. Luego despues se apoderó de Guines y Ham. Esta brillante espedicion dió á la Europa la mas alta idea del poderio de la Francia, y ecsaltó á lo sumo el resentimiento de los Ingleses contra su reina y sus ministros, por haber comprometido el reino en una querella que no le interesaba, y con su imprudencia privándole de la posesion mas preciosa que tenia fuera de Inglaterra.

El colegio de los electores reunido en Francfort habia recibido comunicacion de la abdicacion de Cárlos Quinto, y declarado á Fernando su

legítimo sucesor. Envió el nuevo Emperador un embajador al Papa, quien reprobó con tal aspereza la demision que Cárlos habia hecho del Imperio á favor de Fernando, sin participacion de la santa sede, que el nuevo Emperador, y todos sus sucesores, imitando su ejemplo, no han ido mas á Roma para ser coronados.

Aprestábase Enrique para la prócsima campaña, y negociaba al mismo tiempo con los Escoceses, de quienes no pudo conseguir tomasen las armas contra los Ingleses, pero concluyó el matrimonio de su hijo el Delfin con la jóven reina de Escocia, que le estaba desposada desde 1548, cuyo enlace fué celebrado con toda la pompa que competia á la clase de los dos esposos y á la magnificencia de la corte mas brillante de Europa. De este modo en espacio de pocos meses tuvo Enrique la gloria de recobrar una posesion importante que antiguamente perteneciera á su corona, y añadir á ella la adquisicion de un gran reino.

Puesto de nuevo el duque de Guisa al frente del ejército frances con poderes ilimitados, apoderose de Thionville despues de tres semanas de sitio. Al mismo tiempo el mariscal de Termes ganó por asalto á Dunkerque, y estaba á punto de tomar á Newport cuando el conde Egmont se presentó al frente con fuerzas superiores y le obligó á retirarse, alcanzando á los Franceses cerca de Gravelinas, que llevaban una marcha muy pesada á causa del botin que hicieron en Dun-

kerque, trabajóse la accion, y sostenianla con ventaja los Franceses, cuando subiendo por el rio Aa una escuadra inglesa les asestó su gruesa artilleria, y fueron completamente derrotados, quedando todos muertos ó prisioneros con su general.

Marchó á toda prisa el duque de Guisa contra el ejército victorioso con todas las fuerzas que pudo juntar, y concentróse de nuevo en él la esperanza de sus compatriotas, por ser el único general cuyas armas siempre habian triunfado; pero ambos reyes estaban dispuestos á la paz. Enrique encargó á Montmorency, que seguia prisionero, que aprovechase la primera ocasion favorable para negociar un tratado definitivo entre Francia y España; y hallándose por su parte inclinado el duque de Saboya á favorecer este arreglo, persuadió á Felipe que enviara á Montmorency bajo su palabra á tratar con Enrique de la negociacion, que pronto quedó entablada, eligiéndose para tener las conferencias la abadia de Cercamp é interrumpiendo todas las operaciones militares con una suspension de armas.

Mientras con estos preliminares se procuraba la conclusion de un tratado para volver el sosiego á toda Europa, Cárlos Quinto, cuya ambicion tantas veces la habia trastornado, terminó sus dias en el monasterio de Yuste. Al entrar en este retiro habia Cárlos adoptado un género de vida correspondiente á un simple gen-

tilhombre de escasa fortuna: su mesa era decente, pero sencilla, y no tenia sino muy pocos criados, viviendo familiarmente con ellos. Habia desterrado absolutamente para el servicio de su persona toda clase de etiqueta y ceremonial, como incompatibles con la comodidad y el sosiego con que queria pasar sus últimos dias. La benignidad del clima y la separacion de los negocios y cargos del gobierno, habian calmado de un modo sensible la agudeza de su gota y suavizado los acerbos dolores que tanto tiempo le atormentáran; en términos que en aquel humilde retiro gozó sin duda de una satisfaccion mas pura y perfecta que nunca le procurara su pasada grandeza. Borráronse completamente de su espíritu los pensamientos y miras ambiciosas que por tanto tiempo le ocuparon y agitaron, y léjos de volver á tomar parte alguna en los acontecimientos políticos de Europa, ni siquiera tenia la curiosidad de informarse de ellos, mirando al parecer aquella escena tumultuosa de donde habia salido, con todo el desprecio é indiferencia de un hombre que habia conocido su frivolidad y gozaba del placer de verse libre de sus lazos.

Otros eran los pasatiempos y objetos que en su retiro le ocupaban. A las veces cultivaba con sus propias manos las plantas de su jardin; otras, acompañado de un solo criado á pié, iba á pasearse por un vecino bosque montado en un caballito, que era el único que habia conservado. Como sus dolencias le detenian amenudo en su

aposento, privándole de aquellos activos recreos, recibia entónces á algunos nobles que moraban en las inmediaciones del convento, y los admitia familiarmente á su mesa, ó bien se dedicaba á obras de mecánica y á estudiar los principios de esta ciencia, por la cual habia siempre manifestado mucha disposicion y gusto. Habiendo logrado que le acompañara en su soledad Turriano, uno de los mas ingeniosos mecánicos de su siglo, trabajaba con él en la construccion de modelos de máquinas sumamente útiles, y en hacer esperimentos sobre sus respectivas propiedades, no siendo raro que las ideas del monarca sirviesen para perfeccionar las invenciones del artista. Distraíase algunas veces en obras de mecánica meramente curiosas y raras, y componia figuras que por medio de resortes ocultos imitaban los movimientos y gestos humanos, con gran sorpresa de los ignorantes religiosos que hasta llegaron á sospechar que Cárlos y Turriano mantenian relaciones con potencias invisibles. Gustábale particularmente mucho de fabricar reloges. Ademas de las restantes ocupaciones que llenaban su tiempo, dedicaba una parte del dia á ejercicios piadosos.

Semejante modo de vivir era digno de un hombre perfectamente desprendido de los cuidados del mundo, y dispuesto á pasar al otro. Así pasó el primer año de su retiro; pero unos seis meses antes de su muerte, volvióse á declarar mas violenta la gota, despues de ha-

berle dejado libre un periodo mas largo que lo acostumbrado. Aniquilada su constitucion, apenas tuvo suficiente fuerza para sostener tan recio ataque, que le dejó postrado de cuerpo y alma, disgustándose de toda especie de recreo y apoderándose de un espíritu tímido y servil supersticion. No queria mas sociedad que la de los frailes, y pasaba todo el tiempo cantando con ellos los himnos sagrados, y disciplinándose en secreto, de modo que despues de muerto se hallaron teñidas en sangre las cuerdas de que se servia. Llegó á tanto su desvario, que concibió la idea de celebrar sus funerales antes de morir, y esta ceremonia tuvo lugar con todo el aparato de la realidad. Sea que le fatigase la larga relacion de esta ceremonia, sea que el espectáculo de muerte que representaba se gravase profundamente en su alma, acometióle al dia siguiente la calentura, á cuyo ataque ya no pudo resistir su cuerpo estenuado, y falleció á 21 de setiembre, de edad de cincuenta y ocho años, seis meses y veinte y cinco dias.

Como en rango y dignidad fué Cárlos el primer soberano de su siglo, la parte que tuvo en los acontecimientos fué tambien la mas brillante, ora se considere la grandeza, la variedad ó el resultado de sus empresas. Solamente observando con atencion su conducta, y no consultando los elogios descomedidos de los Españoles ni las críticas parciales de los Franceses, puede formarse cabal concepto del in-

genio y capacidad de este príncipe. Tenia cualidades particulares que distinguen su carácter, y que no tan solo les señalan de los demas príncipes contemporáneos suyos, sino que esplican ademas la superioridad que siempre les tuvo. En todos los planes que formó, manifestó constantemente una discrecion y prudencia que le venia tanto de la naturaleza como del hábito. Nacido con talentos que se desarrollaron poco á poco y llegaron tarde á su madurez habíase acostumbrado á pesar todos los asuntos que le interesaban con atencion ecsacta y meditada. Dedicábase á ellos con toda la actividad de su alma y la mas seria aplicacion, sin que le distrajese placer alguno ni le entibiase ninguna suerte de diversion, meditando su objeto silenciosamente en su espíritu. Luego comunicaba el asunto á sus ministros, y despues de oir sus pareceres, tomaba su determinacion con una firmeza que raras veces se halla en los que son tan lentos en deliberar. He aquí por que todas las operaciones de Cárlos, muy diferentes de los arrebatos é inconsecuencias de Enrique VIII y Francisco I, parecian derivar de un sistema combinado en todas sus partes, cuyos efectos eran todos previstos, y en que hasta los accidentes estaban calculados. No era menos notable su prontitud en la ejecucion: consultaba con calma, pero obraba con actividad; y la sagacidad que tenia en elegír las medidas convenientes, corria parejas con la fecundidad de su ingenio en inventar los

medios necesarios para asegurar su resultado. No le habia dotado la naturaleza de espíritu guerrero, pues permaneció inactivo en la edad en que el carácter es mas fogoso y arrebatado; pero en cuanto se determinó á ponerse al frente de los ejércitos, hallóse tan adecuado su ingenio para dedicarse con energia á cualquier objeto que intentase, que pronto adquirió conocimiento del arte de la guerra y talentos para el mando, tanto como los mas hábiles generales de su tiempo. Poseia principalmente con toda perfeccion la ciencia mas importante para un rey, á saber, el conocimiento de los hombres, y el acierto en adaptar sus talentos á los varios empleos que les conferia.

Desde la muerte de Chievres hasta el fin de su reinado, no empleó ningun general, ministro, embajador ni gobernador de provincia cuya capacidad no fuese proporcionada al servicio que debian desempeñar. Aunque falto de aquella seductora amenidad de modales que distinguia á Francisco I y le grangeaba las voluntades de todos los que le trataban, no carecia Cárlos de las virtudes que aseguran la fidelidad y adhesion: tenia confianza ilimitada en sus generales; recompensaba con magnificencia sus servicios; no envidiaba su gloria, ni parecia zeloso de su poder. Casi todos los generales que mandaron sus ejércitos pueden colocarse en el rango de los mas ilustres capitanes, y los triunfos que obtuvo contra sus rivales son indudable-

mente debidos á los superiores talentos de los gefes que á los suyos opuso; esta circunstancia pudiera en cierto modo rebajar su mérito y su gloria, si el arte de escogitar y emplear los mejores instrumentos no fuese la prueba mas inequivoca del talento de gobernar.

Notáronse sin embargo en el carácter político de Cárlos defectos que deben aminorar en gran manera la admiracion que escitan sus talentos estraordinarios. Dominábale una ambicion insaciable; y si bien es poco fundada la opinion generalmente propagada en su tiempo, que habia concebido el quimérico proyecto de fundar en Europa una monarquía universal, es cierto sin embargo que el deseo de señalarse como conquistador le arrastró á continuas guerras, que abismaron y aniquilaron á sus súbditos, y no le dejaron tiempo para dedicarse á perfeccionar en sus Estados el órden interior y las artes, que son los objetos mas dignos de ocupar á un príncipe que encamina su gobierno al único fin de la felicidad de sus pueblos. Habiendo Cárlos reunido desde su juventud la corona imperial con los reinos de España y los señorios hereditarios de las casas de Austria y Borgoña, abriéronle tantos títulos y poderio una carrera tan vasta de proyectos ambiciosos, y engolfáronle en empresas tan intrincadas y espinosas, que muchas veces se convenció de que su ejecucion era superior á sus fuerzas. Apeló entónces á villanos ardides, indignos de la superioridad de su

ingenio, hasta se desvió algunas veces de las reglas de probidad de un modo muy deshonroso para un gran príncipe; cuya política insidiosa y pérfida era mas notable por el contraste que hacía con el carácter franco y confiado de sus dos contemporáneos Francisco I y Enrique VIII. Aunque semejante diferencia fuese efecto particular de la diversidad del carácter de estos príncipes, debe tambien atribuirse en parte á una oposicion en los principios de su conducta política, que en cierto modo disculpa este vicio de Cárlos, sin empero disculparle enteramente. Impulsados casi siempre por sus pasiones, arrojábanse Francisco y Enrique con violencia hácia el objeto que se proponian. Como las medidas de Cárlos eran resultado de una reflecsion fria y tranquila, presentábanse combinadas con arte y formaban un sistema regular. Los hombres del carácter de aquellos van naturalmente en pos del objeto de sus deseos, sin tratar de disfrazarlos ni valerse de astucia; al paso que los del carácter de Cárlos propenden, ora sea al concertar ora al ejecutar sus proyectos, á recurrir á sutilezas que tarde ó temprano degeneran en ardides y falsia.

La muerte de Cárlos Quinto fué un nuevo aliciente para que Felipe activara la conclusion de un tratado, porque con ella se aumentó la impaciencia que tenia por volver á España, donde ya no quedaba quien le fuese superior. Sin embargo, sobrevino un acontecimiento que, á

pesar de los deseos de todas las partes que se interesaban por la paz, ocasionó un retardo inevitable en las negociaciones. Como un mes despues de la abertura de las conferencias en Cercamp, falleció Maria de Inglaterra despues de reinar poco tiempo y sin gloria, y su hermana Isabel fué proclamada reina con universal alegria; y como los poderes de los plenipotenciarios prescribian con la muerte de Maria, no pudieron continuar las negociaciones sin recibir instruccion de su nueva soberana.

(1559) Tanto Enrique como Felipe conocieron lo mucho que les interesaba tener de su parte á la nueva reina, y á porfia emplearon los medios mas conducentes al efecto, llegando Felipe hasta ofrecerle la mano de esposo. En circunstancia tan delicada, obró Isabel con todo cuidado y con el discernimiento de sus propios intereses que siempre se ha notado en sus deliberaciones. Aunque en un principio habia convenido en tratar particularmente con Enrique, pronto interrumpió su correspondencia al saber que el rey de Francia habia permitido que la reina de Escocia su yerna tomase el título y las armas de reina de Inglaterra. Desde aquel momento calculó Isabel que debia unir estrechamente sus intereses con los de Felipe, y en consecuencia encargó á sus embajadores que en todo obrasen de concierto con los plenipotenciarios de España; y aunque estaba en la firme rosolucion de no casar con Felipe, dióle sin embargo una res-